



E L E N A S E V I L L A

# Yo zorra, tú niña bien

AUTORA DEL BESTSELLER *DE CHICA QUERÍA SER PUTA*



Grijalbo



E L E N A S E V I L L A

# Yo zorra, tú niña bien

AUTORA DEL BESTSELLER *DE CHICA QUERÍA SER PUTA*



Grijalbo

YO ZORRA,  
TÚ NIÑA BIEN

Elena Sevilla

**Grijalbo**

*Mariana,  
perdóname por haber nacido*

## A Mariana

Pecados incontinentes son aquellos que requieren el menor uso de razón al cometerlos. Por eso, lo que sientes por mí tal vez sólo sea eso, un pecado incontinente.

Te concedo todas las razones que tu corazón dicte para odiarme. Tienes todo el derecho de haber deseado mi muerte, mi inexistencia. De responsabilizarme de todas las cosas malas que te pasaron en la vida a partir de mi nacimiento. De ver en mí algo doloroso e insoportable. De tener la enorme responsabilidad de guiarme desde que eras pequeña.

Me salí de tus parámetros; me rebelé a tus deseos, a tus ideas, a tus juicios. Te amé profundamente. Fuiste, durante muchos años, mi ídolo; quería crecer y usar tu ropa, tus zapatos, tu lugar en el mundo. Aunque no lo creas, hice muchos esfuerzos para llenar tus expectativas con el fin de hacerte feliz, pero nunca pudiste verlos porque era más fuerte tu dolor de verme crecer.

Sí, crecí. No sabía el cómo ni el porqué, pero tenía que hacerlo. No podía quedarme a caminar en círculos. Crecí a pesar de ti. Amaba verte sonreír, quería hacerte feliz, pero nunca fui suficiente.

Y no me dejarás mentir, pues esas cosas se sienten, se huelen. Cuando nací te di en la madre, lo sé y me duele, pero no me fue posible cambiarlo. Esas cosas vienen de allá arriba. Tú sabes, el *hubiera* no existe. Sería increíble que existiera, ¿no? ¿Te imaginas? Vivir en la cuarta dimensión. Cambiar el mundo a nuestro antojo. Regresar y corregir lo que no nos gusta. Evitar situaciones, nacimientos, cogidas piadosas que acaban en embarazos no deseados... En fin, un putero de cosas.

Ahora, la cuestión sería, primero, aceptar abiertamente todo el rencor, el odio, el hartazgo y el fastidio que te provocó mi vida. Después, entender, o por lo menos tratar de darte cuenta, que ambas estamos aquí por razones diferentes. Sí, puedes decirme y reprocharme que me fui, que te abandoné. Y yo puedo contestarte que hubo momentos en que me cansé. Necesitaba respirar, alejarme de ti para sentirme viva, para encontrar mi lugar en el mundo.

De cualquier manera, nada de lo que hiciera podía satisfacerte; por lo

menos si me iba podía lograr algo por mí misma. ¿No crees?

Fue necesario abandonarte para encontrarme y, en el camino, entenderte.

Estoy aquí, limitada por tus ideas. Dispuesta a dar los pasos que me digas. No voy a dar ni un paso más del que me pidas, pues carece de sentido. Lo hago con mucho amor, un amor que no necesitas y que no quieres.

Lamento profundamente haber nacido y, con ello, ser un motivo de dolor en tu vida. No hace falta negarlo, así me lo hiciste sentir siempre. Lamento la cantidad infinita de detalles que te hicieron sentir menos, y quiero culpar al destino de todos los acontecimientos que nos rodearon.

Me hubiera gustado compartir contigo una larga caminata en Bosques o Viveros, así, sin razón alguna de por medio; abrazarte mil veces y demostrarte hasta las lágrimas cuánto te quiero. Nunca pude acercarme a ti: la rigidez de tu cuerpo, tu ser, tu voz, te hicieron impenetrable.

¿Dura tarea para una adolescente? Sí, pero no había alternativa. Ninguna de las dos tuvo la culpa. Ninguna.

Renata

La niñez y la adolescencia de mi madre estuvieron llenas de trabajo en el campo, pero ella tenía todo: una familia, techo, comida; no le hacía falta nada. Primero murió su padre, cuando ella tenía trece años; luego, a los dieciocho, murió su madre. Ahí empezaron los problemas. Ella era la mayor, todos sus hermanos tenían que obedecer sus órdenes. Al principio hacía las cosas como si sus padres estuvieran vivos, y por un tiempo todo pareció seguir igual. El primer problema fue cuando conoció a un muchacho de la ciudad de México que llegó a realizar su servicio social; estuvo algún tiempo en el pueblo y mi madre se enamoró de él. Nunca hablaron de casorio ni de ningún compromiso. Mi madre vio en él a un hombre en el que podía apoyarse para sacar adelante a sus hermanos, así que se le hizo fácil dejarlo vivir allí. Pero el muy jijo se metió en problemas en una cantina, se puso muy gallo con un sobrino del gobernador y lo metieron rapidito a la cárcel. La multa impuesta era muy alta; ni siquiera la familia de él pudo sacarlo.

Mi madre, con el temple de la Adelita que lucha por su Juancho, vendió todo para pagar su libertad; pensaba que cuando saliera de la cárcel trabajarían juntos y recuperarían todo lo vendido. Una vez liberado, el muchacho se fue a buscar a la novia de la que estaba enamorado en la ciudad de México y se casó con ella. Nunca le agradeció a mi madre el haberlo sacado de la cárcel. Creo que ni se acordó de su existencia y mucho menos de Mariana, que aún era un feto. Sí, ¡muy puto!

Ella y sus hermanos se quedaron con algunos metros de tierra, y cuando no había de dónde sacar más para comer, cada quien empezó a buscar por donde podía. Unos se fueron de arrimados con otros familiares, y las mujercitas se fueron con los hombres.

Embarazada, mi madre corrió a la ciudad de México, encontró acomodo en el cuarto de servicio de unos departamentos de la colonia Roma y buscó trabajo de costurera en una fábrica de ropa. Cuando se le empezó a notar la panza, dijo que el hijo del dueño de la fábrica la había violado. Obviamente no era cierto; era una mentira que en el momento le pareció la mejor para justificar un embarazo. Después resultó no ser tan buena justificación,

porque había hecho quedar muy mal al hijo del dueño. Las compañeras de la fábrica le aconsejaron que fuera a levantar un acta a la delegación. Una cosa era que mi madre quisiera hacerse la víctima de “alguien” que la había violado, y otra muy diferente, acusar a una persona inocente de algo que no había hecho. Así que lo mejor para ella fue renunciar a la fábrica. Mi madre, por miedo, nervios o para mantener la mentira, renunció a la fábrica y nunca volvió.

Parió a Mariana en un centro de salud pública del Distrito Federal. Le dijeron las vecinas que si no tenía Seguro Social, eso era lo más económico; aun así, tuvo que pedir prestado para completar lo del parto. Se daba de toques contra la pared: todo el dinero que había tenido en las manos, lo malgastó pagando la libertad de alguien que no merecía ni su mirada. ¡Qué poca madre! No había nada qué hacer; ni siquiera podía echarle la culpa a nadie. Ella fue la que no quiso ver que el tipejo no la quería, que fue una cogida sin sentido. Para él, ni siquiera fue una aventura. Le costaba entender cómo chingados fue que lo amó tanto, por qué se ennegueció. Cuando nos enamoramos, nos apendejamos. Es como si un tráiler te hubiera golpeado y quedaras en estado de *shock*. Estamos hambrientas de amor, de sexo, de sutilezas, y cuando llega “x” nos desbocamos y estamos seguras, segurísimas, de que es el indicado. Ellos nos “envían” señales que nos negamos a ver y a entender. Nos gusta pensar que con nuestro amor, el que le prodigamos, será suficiente para los dos, y que con el tiempo lo valorará y nos amará por siempre... ¡Ajá!

Se pendejeó mil veces por minuto, por día, por semanas, por meses, por años; todo se derrumbó a su alrededor, no había quién la ayudara. Estaba absolutamente sola. Encontró otro trabajo en una fábrica de costura; apenas le alcanzaba para comer y pagar la renta.

El rumbo de su vida había cambiado; ahora tenía una hija: Mariana. No existía ninguna certeza, ningún punto en el que apoyarse. No quería levantarse de la cama, pero lo hacía convencida de que tenía que ir a trabajar. Ya no pensaba en el mañana, sólo veía que amanecía y se decía a sí misma: “Un día más”. Pensaba que lo mejor para ambas era quedarse dormidas y ya no despertar. Si no era lo mejor, sí era lo más sencillo. Se le ocurrieron varias opciones para animarse a dejar esta vida, pero ninguna fue lo suficientemente buena.

Al amanecer la despertaba el dolor del cuerpo; era insoportable. Parecía que un camión la había arrastrado. El llanto de Mariana terminaba por



hacerla despertar. La acercaba a su pecho para darle de comer. No quería levantarse, ni bañarse, ni comer. ¿Qué sentido tenía la vida? Parecía que había sido ayer cuando tenía hectáreas de tierra sembradas de café, plátano, maíz; animales para el trabajo: mulas, bueyes, perros, y animales para comer: gallinas, becerros, vacas. ¡Mi reino por un pendejo! En las noches soñaba con el fulano, no podía olvidar sus gestos, su cuerpo; lo recordaba una y otra vez, con asco, con furia, con impotencia. Miles de veces lo imaginó frente a ella, y era ella la que tenía la oportunidad de gritarle todo, de desquitarse por su abrupto abandono. El amanecer llegaba con un nuevo día; ¡carajo!, sólo había sido un sueño. Una vez más, tenía que levantarse, buscar las fuerzas donde las hubiera y salir a cubrir una nueva jornada de trabajo. No había tiempo para los *hubiera*. La realidad, expresada en el llanto de Mariana, la despertaba con un sabor amargo.

A Mariana la dejaba encargada con quien podía. No sé si le importaba o no. No sé si sentía feo dejarla para ir a conseguir dinero, o si sólo trataba de ir sobreviviendo un día a la vez. Se juró a sí misma nunca enamorarse. NUNCA. Lloraba, lloraba mucho y veía a Mariana (flaquita y envuelta en vestidos hechos con retazos de tela); sólo podía notar el gran parecido que tenía con su padre. La forma de los labios delgados, la boquita pequeña, los ojos chiquitos y oscuros, la cabeza ovalada cual huevo; sí, ovalada, con mucho cabello, negro y rizado... La nostalgia invadía más a mi madre. Mariana no tenía nada de ella, ni la nariz, ni la forma de la cara, ni las orejas. ¡Nada! Parecía que lo único que tenían en común era que las dos respiraban y eran viejas. Ah, eso sí, Mariana era muy chillona, como mi madre, pero ésta se hartaba de escucharla y para entretenerla le daba un pedazo de tortilla remojada en caldo de frijoles. La cantidad de pañales y ropa que ensuciaba la niña eran un pesar para mi madre, quien trataba de ver algo positivo en tener una hija, pero sólo sentía una enorme carga en su espalda. El dinero era escaso y todo era para la niña, ese pedazo de carne que no dejaba de llorar. Mamá era un costal de depresión y desesperanza. No había un solo rayo de luz que asomara en su destino. ¿Qué iba a hacer?

No sé cuánto la quería, pero sí sé que la sentía más como una carga que como una bendición. Jaló con su niña por varios años. Quería que creciera para que no dependiera de ella; no le gustaba cargarla, y mucho menos hacerle mimos, como cualquier madre lo hace con sus retoños. La mirada y la vida de la autora de mis días eran distantes de Mariana. Mi madre me contó que una vez no tenía empleo y se llevó a Mariana a pedir trabajo o

comida a una colonia bonita, de dinero, pues. La niña, que tendría como tres años, empezó a quejarse porque ya no quería caminar; mi mamá también estaba cansada y como siempre desoyó el llanto de Mariana. Cuando llegó a su cuarto, Mariana como pudo se zafó los zapatos; le sangraban los piecitos: se le habían hecho ampollas en los talones y éstas habían reventado.

Hubo veces en que dejaba sola a Mariana. Le ponía un biberón en su cuna, hecha de cajas de verdura con trapos. Cerraba el cuarto con una cadena y se iba ocho o diez horas, según el trabajo. A veces encontraba a Mariana con su carita, las manitas, el cuerpo y el piso llenos de mierda, orines, mocos, llanto, muerta de hambre y de sed. El cabello de Mariana parecía pegado con gel. Fuera la hora que fuera, tenía que bañarla y además tenía que lavar todos los trapos y el piso. Era un olor de la chingada. El cuarto era chico, como de tres por dos metros. No tenía ni una triste ventana, y para colmo el calor estaba como a treinta grados. Mi madre jugaba con el desapego y el olvido. Como si el hecho de no pensar en ella la hiciera desaparecer como por arte de magia.

Cuando le daba el pecho, odiaba que Mariana se pegara con los dientes a su pezón. Le recordaba la pasión que le despertaron las caricias y los besos del estúpido imbécil que la embarazó. No tenía dinero para comprarle leche de fórmula. Una lata chica la tenía que hacer rendir un mes; era para emergencias. Así que, muy a su pesar, le daba de su pecho.

La pobre de Mariana se pegaba a él, como si fuera la última vez que comía; se atragantaba.

Mi padre siempre fue mujeriego, tenía mucha suerte con las mujeres. El clásico macho mexicano que tanto promovieron las películas de Pedro Infante. Guapo, alto, blanco, ojos grandes color miel, cabello negro; yo creo que lo mejor de él era su presencia. Tenía mucho porte, nunca pasaba inadvertido. Mi madre, aún con veintitantos, blanca, delgada, con unos senos frondosos y un par de piernas bien torneadas, atrajo la mirada de mi padre. Mi madre tiene un carácter fuerte, pero ante los encantos de mi padre, se dejó seducir. Mariana ya tenía cinco años.

Había mucha química íntima entre ellos; a mi padre le encantaba el sexo y a mi madre le gustaba él. Ella ya no quería tener un hombre más en su vida; con el padre de Mariana había sido suficiente. Pero con mi padre las

cosas eran distintas. Se desbordaban de pasión. Era la llama que encendía un volcán apagado. Mi madre se dejó llevar por él. Ésta era una nueva oportunidad para disfrutar la vida. Mientras él así lo quisiera, vivirían juntos. Le dio todo su ser, su amor, su cuerpo, su alma. Él era el hombre de su vida. No habría jamás nadie en la vida de mi madre. Cuando andaban en la calle los volteaban a ver; mi madre, orgullosa, lo tomaba del brazo. A ella nunca le gustó arreglarse mucho, pero para darle gusto a él se ponía medias, tacones altos y un poco de carmín en los labios. Su cabello era negro, quebrado, y lo dejaba suelto hasta la espalda baja.

Mi padre tenía un carácter festivo; le gustaba mucho bailar, hacer bromas; simulaba todas las expresiones de las personas más peculiares. Siempre andaba de excelente humor. Le gustaba cantar guitarra en mano. Era el alma de las fiestas y las reuniones. Mi madre era seca, fría, seria; no se sentía cómoda con extraños. No ingería alcohol, ni en las fiestas. La gente no entendía cómo, a pesar de ser tan diferentes, podían llevarse tan bien. Eran polos opuestos.

La vida de mi madre cambió positivamente. Al fin su existencia adquiría un matiz diferente. No sólo tenía una pareja, sino que era un hombre guapo y la quería. Sobre todo, estaba dispuesto a hacerse cargo de ella y de Mariana. Nos sacamos la lotería porque nos fuimos a vivir a Villa de Cortés, sí, en Tlalpan, para que mi mamá quedara más cerca de la fábrica de costuras donde trabajaba. Vivíamos en un pequeño departamento; ahora sí teníamos cocina, baño y también regadera.

Pero obviamente ni el juego del “olvido y el desapego”, ni ningún poder sobrenatural hicieron que Mariana saliera de escena. Ella seguía ahí. Era parte de la familia. Era alguien que a mi madre le significaba tiempo y atención. La educaba a punta de madrazos, sutilmente acompañados de improperios y groserías mayúsculas. Mi madre tenía un repertorio gigantesco dentro de su boquita. Le pegaba por todo y por nada. Mi padre le decía que no le pegara, que era mejor hablar porque, aunque fuera una niña, entendía. Así que, por consejo de mi padre, no le pegaba tanto, por lo menos cuando él estaba presente. Él le tenía mucho cariño a Mariana; siempre se acercó a ella no como un padre pero sí como un protector.

Mariana lo odiaba, no entendía su presencia en la vida de mi madre. No comprendía por qué ella cambiaba tanto su forma de ser cuando estaba con él. Se volvía zalamera, una perita en dulce. La mujer ruda y fría que ella conocía se transformaba en la inofensiva, amorosa y hasta sumisa amante

de ese hombre de ojos color miel. Cuando él estaba en casa, mi madre parecía una chicuela, una adolescente feliz; reía por todo. Sus ojos tenían un brillo que iluminaba todo lo que veía.

En las noches había comida para la cena, se hacía la sobremesa, mi padre acomodaba su guitarra en su regazo y se ponía a cantar. A mi padre le daba un poco de risa cuando Mariana se quedaba dormida en la silla. Volteaba a ver a mi madre, señalándole con los ojos cómo se iban cerrando de a poco los ojos de Mariana. “Mira cómo dejo a las mujeres... ¡muertas!”, decía, al tiempo que sonreía socarronamente. Mi padre la tomaba entre sus brazos y la acomodaba en la cama. Mariana se hacía la dormida; quería saber qué pasaba en las noches, quería escuchar bien, porque a veces pensaba que aquello no era real. Algo pasaba cuando ella dormía, pero no sabía qué. Generalmente el sueño le ganaba la batalla.

Una noche cualquiera, sin proponérselo, empezó a sentir, a escuchar esas fuertes inhalaciones. La pequeña trató de permanecer inmóvil en la oscuridad. Se oían murmullos. Apenas abrió los ojos para que nadie se diera cuenta de que no dormía; quería ver, quería saber, así que se estiró un poco y se puso de lado, de tal manera que pudiera dirigir sus ojos hacia donde se escuchaban los murmullos. De a poquito empezó a abrir los ojos. No veía nada, sólo seguía los quejidos acompasados, con ritmo; llevaban cierta simetría, aunque a veces se notaban espacios de silencio, y otra vez los quejidos. Y vuelta a empezar. Murmuraban cosas; uno al otro se decían susurros llenos de fuego que incrementaban el calor que sentían por dentro.

Sus ojos empezaron a distinguir a pesar de la oscuridad. La trenza de mamá caía en medio de su espalda, moviéndose cadenciosamente como si fuera una culebra. Sus cuerpos brillaban; no era que les salieran destellos, más bien era como si su piel estuviera cubierta de aceite dorado, porque sobresalía en la oscuridad. Estaban los dos, aunque parecían uno. Cerró los ojos, los apretó muy fuerte para que no se dieran cuenta de su mirada. Nada sucedía. Mariana sintió cómo la invadía una ola de calor. Tuvo miedo, no supo de qué se trataba.

Tal vez era un pecado, de ésos que decía la catequista de la iglesia, o una visión como la pintura que mamá tenía colgada, con el infierno lleno de personas encueradas quemándose. Esto era un secreto. Su secreto.

Jamás diría que los vio en el piso, recostados, desnudos, dándose besos, succionando sus cuerpos, devorando sus deseos. Nunca diría cómo cambiaron los pequeños quejidos por un par de espasmos que los dejaron

quietos, cansados. Recostados uno junto al otro, con una sonrisa de plenitud en sus caras. Nunca. Pero ahora lo sabía. Sabía por qué mi madre había cambiado tanto.

Sí, estaba muy claro. Él era el origen de ese cambio; había cambiado a mamá, entonces había que odiarlo. ¡Que se largue de la casa! ¡Que nos deje solas! Él era un extraño, un extraño que le había robado el corazón a mi madre. Y no sólo el corazón; también el cuerpo, todo el cuerpo, y creo que hasta el alma.

Nadie conocía mejor a mamá que ella. Sabía de memoria cada uno de sus gestos, el movimiento de sus ojos; tarde o temprano él tendría que irse. Nadie soportaría como ella los arranques de cólera de mi madre. Nadie sabía lavar los trastes como a ella le gustaba; nadie sabía cómo barrer, ni cómo limpiar la casa, ni cómo estirar la cama.

Así que Mariana se empeñó en hacer las cosas perfectas, como le gustaban a mi madre. Aunque eso era realmente difícil. Podían estar los trastes limpios y guardados, el cuarto barrido, sacudido todo, pero si habías dejado la escoba puesta a la entrada o aventada, eso merecía desde un jalón de orejas hasta tres nalgadas o una dotación de trancazos en la espalda. Aun así, nadie sería capaz de ser mejor que Mariana. Para mi madre, ella era una niña cochina, floja, perezosa. La ternurita de mi padre pensaba que era gracias a él, y a que ya no le pegaban tanto, que Mariana estuviera tan dócil. No podía imaginar que estaba en una competencia. ¡Ja!

Un mes después de que Mariana cumplió ocho años, su verdadera pesadilla comenzó. Llegué a su vida. Sí, la cruz de su calvario había nacido.

Me llamo Renata porque así se llamaba mi abuela, la madre de mi padre. Era una niña regordeta, con ojos grandes color miel. Siempre fui una niña con mucha suerte. Una suerte indecente. Heredé de mi padre el carácter vivaz, alegre, festivo. Además, parecía que había sido clonada de él. Tenía sus rasgos, sus gestos.

Le gustaba jugar conmigo, me dedicaba tiempo. Me sacaba a la calle y los vecinos al verme querían cargarme; me iba con todos, jamás fui una niña huraña. Mi madre, sabiéndolo, me mantenía muy limpia, muy arregladita, con grandes moños que combinaban con mi atuendo.

Era la niña a la que enfrente de los demás le dicen: “¿Cómo hace el perro?” “¿Cómo hace el gato?” “¿Cómo cantan los pollitos?” “Haz ojitos mecánicos, baila, canta.” Yo respondía a todo; no me daba vergüenza. Mientras viera la mirada de orgullo en mis padres, hacía lo que ellos pidieran. Él tocaba la guitarra y yo lo seguía. Era como los perritos, que oyen cantar a sus amos y aúllan. Yo también, aunque sólo dijera el final de la palabra.

En las reuniones le pedían que cantara y él no se hacía del rogar, y yo tampoco. Seguramente no sabía lo que hacía, pero me contaban que me sentaban en una sillita junto a sus pies, y según yo lo acompañaba en su *show*. Por ahí deben existir algunas fotos de esos tiempos. Tenía poco más de dos años. Bueno, no hay ninguna fotografía de los cuatro. Es decir, hay fotos de nosotros tres: mi madre, mi padre y yo. Pero no de Mariana.

Mi madre le decía a Mariana: “¡Cambia a la niña! Asómate a ver a la niña. ¿Qué no oyes que está llorando? Carga a la niña, ¿qué no ves que no trae zapatos? ¡Cambia el pañal de la niña! ¿Qué no ves que se va a rozar? ¡Pon atención a lo que haces! ¡Eres una buena para nada!”

Al pasar el tiempo, Mariana tenía que hacer lo que yo quisiera, para que no llorara. Me hacía caballito mientras yo me agarraba de su trenza. Mi papá me quitaba de su espalda y decía que eso no se debía hacer, porque a Mariana le dolía.

Por desgracia para todas, mi padre murió muy joven: tendría treinta y tres o treinta y cuatro años. Un accidente automovilístico. Parecía que la

mala suerte acompañaba a mi madre adondequiera que iba; más bien, sus dos intentos de amor, por una u otra causa, se vinieron abajo.

Otra vez sola. La casa nunca volvió a ser la misma. Le fue difícil levantarse. ¿Era un reto del destino? Pero tal vez si se hubiera quedado en el pueblo habría sido peor, porque ahí todos sabían su historia. Pasó de ser la hija de hacendados a nada, a la miseria. Eso cuchicheaban en el pueblo; también hablaban de la mala jugada que el padre de Mariana le hizo a mi madre. No había motivos para regresar; ya no había nada que hacer en ese pueblo. Por eso nunca, nunca, nunca regresamos, ni de visita.

La presencia de mi padre era importante para cada una de nosotras, incluso para Mariana (aunque no lo quisiera); era una figura masculina que equilibraba la relación entre mi madre y Mariana, mi madre y Renata, Mariana y Renata. Independientemente de eso, mi madre sentía un enorme apoyo. Le daba fuerzas, veía ante sí un futuro para ella y para nosotras; le daba seguridad. La alegría de la casa desapareció y nos dejó a las tres, suspendidas en el aire, expuestas al vacío.

Para salir adelante con mi hermana, a mi madre le ayudaron el coraje, el berrinche y el dolor de su ego contra el padre de Mariana. Pero con la ausencia de mi padre le dolía el enorme hueco que le dejó en el alma, en el corazón. La vida le quitó lo que más quería. Se sentía perdida, triste, sola.

Durante el día era difícil pero, por una cosa o por otra, se pasaba. Lo peor era en la noche; se había acostumbrado a su cuerpo, a sentir su calor, a estirar la mano y tocar su espalda, a acariciar su nuca. A acurrucar su cuerpo en el de él, para evadir el frío. En las noches o en las madrugadas él acostumbraba buscar los pechos de ella, sus caderas, su boca, para saciarse, para llenarse de un calor abrasador que los fundía, que los unía. Era placentero sentirse suya. Ahora no había ningún cuerpo a su lado. El frío atenazaba sus noches; despertaba varias veces, abría los ojos y no había nadie.

Las amistades que habían hecho como pareja empezaron a alejarse; aquellas reuniones y comilonas que se organizaban dejaron de suceder.

La figura de mi padre le daba carácter a la relación. Mi madre era una mujer bien atendida sexualmente; en lo económico, a su nivel, estaban bien. Consideraba que tenía una verdadera familia. Él fungía como pegamento entre las tres. Creo que lo más difícil fue encontrar el equilibrio entre nosotras. O más bien no hubo equilibrio alguno.

Yo creo que siempre fui una niña con buena estrella. Nunca hubo lujos, pero no eran necesarios. Siempre asistí a escuelas de gobierno. Mi escuela primaria está en Coyoacán. En la calle de Carrillo Puerto hay una academia de ballet frente a la que mi madre y yo pasábamos todos los días. Veía a las niñas de esa academia, con tutú, mallas y diadema de color rosa muy suave. Siempre deseé con el alma poder tener acceso a esa escuela. Así que cada vez que podía insistía en que me inscribieran. Mi madre siempre dijo que no, que eso era para niñas ricas. Entonces yo quería ser una niña rica.

Dos niñas de mi salón llegaban dos veces a la semana con su diadema rosa, peinadas con un chongo que guardaban en una red de color negro. No podía dejar de verlas. Estaba embobada; quería tener su piel blanca, el cabello claro, y estar en su lugar para asistir a esa escuela de baile. Al pasar frente al edificio se ve un balcón que da a la calle; yo trataba de caminar lo más despacio posible y quería detener el tiempo para ver a las niñas de mi edad hacer su *plié*, *chassés*. Alguna vez tuvimos tiempo de detenernos por unos minutos; entonces escuché las notas de un piano que marcaban los pasos de las niñas, mientras la maestra indicaba: “Brazos abiertos, primera posición, cabeza levantada hacia el techo y uno, dos, *plié*; uno, dos, *chassé*”. ¿Por qué no podía formar parte de ese grupo? ¿Qué me hacía diferente de ellas? Las miraba tanto que la señorita que daba las órdenes cerró el balcón... Unas lágrimas asomaron a mis ojos. Lo anhelaba tanto.

—¿Por qué te gusta tanto? —preguntó mi madre.

—No sé. Sólo sé que yo lo haría perfecto y la señorita nunca tendría quejas de mí —respondí, levantando los hombros.

—¿Qué sientes?

—Un dolor aquí —señalé el pecho.

—¿Tanto te gusta?

—Sí —contesté también con la cabeza—. Si alguna vez tuvieras dinero, ¿verdad que me inscribirías? —pregunté.

—Sí —dijo mi madre no muy convencida; más bien fue para que yo no me entristeciera más—. Vámonos.

La muerte de mi padre atrasó aún más mis sueños de ser bailarina profesional de ballet, porque no había condiciones económicas para solventar el pago de una escuela de esa naturaleza, y no fue sino hasta después de los doce años que empecé a embarnecer. A los dieciséis años me inscribí en danza moderna en una de las academias del IMSS, ubicada



detrás del Palacio de Bellas Artes.

Mencioné lo de la buena suerte porque tenía muy pocos meses de haber iniciado mis clases de danza moderna cuando una buscatalentos me vio en una clase y me invitó a un *casting* para una obra que se estrenó en el teatro Julio Prieto. Me quedé y empecé a estudiar cursos complementarios, como actuación, maquillaje, personalidad.

A menudo me detenían en la calle y me decían que si no quería ser modelo; algunas eran agencias reales y otras tantas sólo buscaban chavas que quisieran modelar desnudas para revistas porno. Por ello le pedía a mi madre que me acompañara: si era un *casting* para algo decente o real, no importaba con quién fuera; en cambio, si era para algo porno, pedían que la “entrevista” fuera a solas. En el medio artístico hay de todo, como en todos lados, sólo que aquí a la promiscuidad le puedes llamar “experiencia”; la frontera entre la actuación y el mero gusto por desnudarte son unos gramos de cocaína, unas pastillas de éxtasis, un pasón o hasta un desengaño amoroso, necesidad o valemadrismo.

Para una película o una telenovela tienes que aprender a besar; no es como te besas en la vida real porque se ve mal. Tienes que practicar una y otra vez, que se vea suave, romántico, sublime. ¡Tienes que impactar al público! Así. Sin más. ¡Exacto! Que se vea la pasión, el deseo contenido. Nada grotesco, que no se vea cómo le meten la lengua al otro hasta la garganta, ni que se le vean las incrustaciones o las amalgamas. Que no se te escurra la baba, ni que dejes al otro, o que el otro te deje, lleno de saliva. Es más, no sé si se han dado cuenta de que, cuando los actores se besan, el labial de la protagonista queda intacto. Cachondo, sugerente, pero no calientahuevos. James Bond se cae de un avión, se hunde en el agua, agarra una moto y sigue impecable en su *smoking*. Pedro Almodóvar en sus películas graba los besos y deja que el labial se embarre. Y el actor también se ensucia de labial. Sus películas resaltan cosas que suceden en la realidad, como el labial, como ir al baño y dejar la puerta abierta mientras continuas una conversación. Nada es un descuido, al contrario. Quiere identificar al público con sus personajes, que éstos hagan cosas cotidianas, supongo que para acercarnos a la historia que quiere contarnos.

Eso de las metidas de lengua, los ruidos de las bocas uniéndose, la baba escurriendo, lo vemos en los camiones, en los peseros, en el metro, no en la televisión, ni en el teatro, ni en el cine. Aunque no lo crean, para eso de los besos a veces los maestros de actuación y los directores de escena te ponen

en un rincón a estar bese y bese y bese a un actor, hasta que logres transmitir el “sentimiento” que ellos quieren. ¿Tú crees que eso no calienta? Yo digo que sí, que a cualquiera calienta, aunque uno diga que es puro profesionalismo; somos de carne y hueso. Seremos muy actores, pero también sentimos. Hay actores y personas de la vida real que nada más con un beso te llevan a la gloria y termina uno con los calzones mojados, ¿o no?

Los que crecimos con el esquema católico tenemos la consigna de resguardar nuestro cuerpo, es decir, de guardar la virginidad hasta el matrimonio. Cuando estás estudiando teatro, tu cuerpo es el conducto para transmitir a los demás cierto sentimiento o determinada condición. Tu ropa no es más que un accesorio, algo que te cubre. Lo importante es cómo utilizas tu cuerpo para expresarte. ¿Ok?

En la vida cotidiana, si le dices a alguien: “¿Qué puta madre estás haciendo?”, eres una verdadera pelada; pero si lo dices en el teatro no lo haces tú, sino tu personaje. Es decir, tienes que aprender a dar vida a un personaje, o a muchos, desde una puta hasta una dama de sociedad. Sin embargo, en ese contexto la vida cotidiana pierde sus límites, o más bien los límites ya no son los mismos. Lo que en un principio te parecía un pecado, como aparecer con los pechos al aire, en otro sentido es arte. Así es: arte, señores, AR-TE.

Una persona común puede ir a ver una obra de teatro en la que una mujer sale desnuda; la desnudez se justifica en ese momento, y al final esa persona, católica y fiel a su religión y a sus directrices, puede expresar: “¡Qué buena obra de teatro!”, y no tachará a la actriz de impúdica, pérfida, lúbrica (ja, ja, ja) por haber aparecido desnuda.

¿Cuántas veces esa mujer tuvo que enfrentarse consigo misma y con su religión o con su moral para poder hacerlo? ¿Cuánto tuvo que batallar en su inconsciente para olvidarse de la vergüenza e imaginar que el teatro lleno la vería? Lo único que quería dejar en claro es que en el medio artístico (sean católicos o no) ven la vida y la sienten de diferente forma; sus parámetros son distintos; no son como los de las personas comunes. Para mí siempre fue un conflicto alejarme más y más de mi ética en aras del éxito.

Por haber expresado estas ideas frente a mi madre, quien recién había

ingresado a la religión evangélica pentecostés, ella aseguraba (llegó a jurármelo) que me iría al infierno. La pobre me suplicaba que reaccionara, que aún podía redimirme ante el Señor. No quería que usara pantalones, que me cortara y me pintara el cabello o que me maquillara. ¡Uta!

Cuando las cosas se ponían feas, lo último que decía en mi defensa era: “¿Y de qué quieres que nos mantengamos? Es muy fácil acusarme; pero ¿por qué no te quejas de los alimentos que pongo en la mesa?” o “¿Por qué no te quejas de que tu casa tiene electricidad, agua, teléfono, de que no debes ninguna hipoteca, bla, bla, bla...?”

Alguien me preguntó que si para ser popular tuve que condescender. La respuesta fue: sí. Y no creo que sólo sea en mi profesión; ocurre en cualquiera. No sé qué suceda en el mundo de los hombres, pero en el mundo de las mujeres siempre pagamos un precio por cualquier estatus, económico, moral o social. O tal vez tenga un concepto equivocado o mal fundado cuando me refiero a “pagar” hablando de nuestro cuerpo, de nuestra compañía, de nuestro ser.

Tuve muchas dudas. Por supuesto. Por eso busqué a Dios en diferentes religiones, leía la Biblia, el Nuevo Testamento; no para aprender de memoria sus pasajes sino para encontrar respuestas.

En la Iglesia católica me aprendí los diez mandamientos, el “Yo pecador”, el “Padrenuestro”, el “Avemaría”, pero siempre me sentía llena de culpas. Todo lo que hacía en mi cotidianidad era pecado. TODO.

A veces sentía que hasta pecaba sin darme cuenta, y le pedía a Diosito perdón por adelantado. Incluso negociaba con él.

“Mira, Diosito, si firmo este contrato, te llevo un milagrito a la Villa, wey. ¿Cómo ves? Buen trato, ¿no? ¿Te late?”, le decía al Señor.

Le ofrecía premios a si me hacía tal o cual milagro. “Si llega el príncipe azul que quiero, ¡te mando decir diez misas, con dos obispos!”

¡Le pedía prestado! “¡Ay, Diosito, haz que me presten y te compro una veladora!” Él era como yo. Podía hablarle de tú, pedirle perdón por mis mentiras, solicitarle crédito, pedirle que los plazos se hicieran más largos o más cortos, según mi conveniencia. ¡Obvio! Sí, hasta ahí todo estaba bien, mientras nuestra relación fuera de trueque, mientras Él hiciera lo que yo necesitara, estaba bien. ¡Vaya! Le pedía hasta que no se me juntaran los novios. “¡Diosito, que no se me junte la ‘tarea’, porque me van a poner en la madre!” Gulp...

¿Dios qué tiene que ver en mis enredos? Él tiene que ver con mi

existencia, con mi alma, con mi ser. No con mis tarugadas, ni con mis malas finanzas, ni con mis malas decisiones.

Primero tuve que ser honesta conmigo y aceptar que Dios no está hecho a mi conveniencia, y que no debía, por ningún motivo, pedirle dinero. Puedo pedirle luz, inteligencia, equilibrio, sabiduría. No me había dado cuenta de la costumbre de encomendarme a Él cada vez que necesitaba dinero, hasta que decidí no hacerlo.

Las cosas, si quieres adelantarlas o atrasarlas, no van a funcionar. Las cosas suceden cuando deben suceder; nunca antes, nunca después. Y esto no tiene nada que ver con falta de ambición o conformismo.

Cada uno de nosotros tiene una tarea que cumplir, un destino, un sino. Mi destino era la actuación y el modelaje; mi sino, ser punta de lanza, la bala de un arma. No era que yo me lo propusiera; simplemente así era. En una obra de teatro en la que ya tenían elenco, guión, director, productor, todo, fui a ver por curiosidad los ensayos. Ese día no acudió a una lectura en voz alta la actriz principal, así que me ofrecí para que todos continuaran y no fuera nula la llamada; todos quedaron encantados y yo me quedé con el papel. A la otra pobre la llamaron en la noche a su casa para avisarle.

¿De qué manera te explicas que lo que para una es una desgracia (como romperse una pata, tener un accidente o algo nefasto), para la otra es la oportunidad de su vida?

A muchas otras, aún sin terminarse sus contratos, les pedían que ya no se presentaran, pues salían del programa. Y la contratada era yo. Sentía horrible, pero yo no pedía que corrieran a las otras, ¿verdad? O de plano me pasó que me presentaban a la que iba a suplir, y la otra ¡no sabía nada! A veces me entraba la angustia y pensaba que cuando fuera adulta me iba a pasar exactamente lo mismo. Nunca me alegré de que les quitaran a otras su trabajo para dármele a mí. Mi idea era que me daban el trabajo o el papel por ser más joven o porque encajaba mejor en el personaje. Lo mismo que les hacían a ellas por mi culpa, seguro lo pagaría con creces. Charros.

Pero en este mundo, en este ambiente (y yo creo que en todos), la cosa es así. Es una lucha de egos, soberbia, manipulaciones, odios, mentiras, codicia, envidia. Es la máxima expresión de la condición humana regida por la apariencia, el sexo, las drogas, el poder y el dinero. La cantidad exacta y perfecta para un coctel de los siete pecados capitales.

Hice del verbo “querer” el sentido único de mi existencia. “Querer.” No

hablo de ese sentimiento que nos sublima, que llena nuestra vida de sentido; hablo de una estúpida manera de pensar y hacer, sólo para salirme con la mía. ¿Cómo chingados no? Pensaba que al cumplir mis caprichos iba en el camino correcto para conseguir el éxito.

Supuse que el hecho de tener dinero significaba ser feliz. Si tenía un auto que no era del año, mi meta era reunir el dinero suficiente para comprar uno; si podía tener una sola prenda de marca, eso era mejor que tener diez imitaciones, o un reloj, o joyas, o zapatos, o lentes. Pero después no era una prenda, ni un reloj; ahora se traba de coleccionar, tener varios de diferente color o de diferente modelo.

En mi vida profesional tuve oportunidad de conocer a personas de diferentes clases sociales. Imaginé que todas las personas con recursos económicos eran cultas, bellas, educadas, amables, buenas. ¡Dios los había premiado dándoles lo mejor! Mi madre me enseñó a guardar no sólo respeto sino distancia de las personas que son tan diferentes a uno, así que supuse que el hecho de poseer dinero me iba a permitir pertenecer a la “gente bonita”.

Cuando vas caminando por una calle y todas las casas son tan hermosas y caras, te imaginas que las personas que viven ahí deben ser muy felices. No tienen problemas económicos, la vida les sonríe; ¿qué más pueden pedir? Con el tiempo aprendí que la belleza, el poder y el dinero siempre son valores subjetivos.

Así que, al inicio de mi carrera, firmé contratos por dinero. Siempre se necesita dinero, ¿o no? El dinero es una constante globalizada, así que siempre me fui por la vaca más gorda.

Hay revistas para caballeros que te pagan muy bien por una serie de fotografías de desnudos, pero son de doble filo: saltas a la fama de la noche a la mañana o dejan de buscarte para trabajos serios. En mi caso creo que me abrió las puertas... del paraíso.

Un 10 de mayo Mariana usó sus ahorros para comprarle a mi madre unas flores pequeñas de color blanco que se llaman ramas de nube y son económicas porque se utilizan para rellenar los ramos. También compró una tarjeta donde estaban una mamá y una hija. Sería su regalo para el día de las madres.

Entusiasmada, corrió a darle el regalo a mamá cuando llegó a casa. Mi madre, con gesto adusto, le dijo con un tono de voz muy parco: “Las flores se secan”. Acto seguido las llevó al bote de la basura. “Y los papeles no sirven”, siguió mi madre, haciendo pedacitos la tarjeta, que arrojó al mismo lugar donde las flores comenzaban a “dormirse”, entre cáscaras de plátano, pieles de manzana y latas de leche.

Mariana, que había estado juntando sus pesos con tanto cariño y tanto esfuerzo, cambió su carita de felicidad por tristeza. No pudo decir nada; sólo corrieron lágrimas por sus mejillas. Es mi mamá, pero la neta, ¡qué cabrona! El dolor de Mariana debió haber sido tan fuerte como el de un apéndice a punto de reventar. ¡N’hombreeee! ¡Peor! Esas cosas no se olvidan. El dolor físico se acaba un día. Como sea. Pero el emocional... ¡Está cabrón!

Mi madre dio la vuelta y fue el fin del tema; esperaba haberle dado una gran lección a mi hermana. No se inmutó ante el dolor que le había causado.

Según mi madre, no podía con las dos niñas, así que dejó a Mariana en una casa para que hiciera los mandados. Tenía ocho años. A cambio tendría techo y comida. Mi padre había muerto y mi madre tenía que volver a empezar. Hizo las maletas y, cuando mi hermana llegó de la escuela, tomó nuestras cosas y le dijo que se quedaría en casa de la señora Carmela. También le dijo que nosotras iríamos a un mandado y regresaríamos por ella después.

Mariana intuyó algo, pero no tenía remedio; ni siquiera podía oponerse. Nos vio irnos con su carita llena de lágrimas; ahí se quedó parada con su manita agarrando la mesa del comedor... Tenía que sostenerse de algo para no caer. La tierra se abría ante sus pies. Un miedo infinito le recorrió todo

el cuerpo; una vez más, las palabras se le quedaron atoradas en el pecho. Siguió llorando. Y siguió. Y siguió. Y siguió. Cuando se le cansaron las piernas, se sentó en el suelo ¡y volvió a llorar! Sentía alivio de que se le saliera tanto dolor.

Llegó la señora Carmelita y le dijo que no llorara, que iba a estar bien, que se fueran a su casa. Mariana le dijo que no, que su mamá había ido a un mandado y que iba a regresar; que iba a hacer el quehacer para que cuando regresara encontrara todo limpio. Carmelita, con mucha pena, le dijo que se fueran a su casa, que allá iban a cenar, que ya había comprado pan y que tenía natas. Le dejaron un recado en la puerta a mi madre, a insistencia de Mariana: “Mamita, estoy en la casa de la señora Carmelita, fui a cenar pan con café”.

Mi madre ya no regresó. La dejó cuatro largos años. Carmelita era una señora como de sesenta años; tenía un marido con embolia, que no podía levantarse de la cama para nada, así que Mariana se fue haciendo responsable de darle de comer. Lo acomodaban con muchas cobijas dobladas para sentarlo en la cama y así le daba cucharada tras cucharada la comida, siempre sin sal y sin grasa.

El marido tenía más años que Carmelita y eran pocas las cosas que podía mover, como la boca, los ojos, un poco las manos, la cabeza y creo que nada más. Estaba encantado de contar con la presencia de Mariana, aunque daba miedo el viejito, porque tenía los ojos grandes, grisáceos, siempre viscosos y saltones. A veces su boca no contenía todo lo que cabía en la cuchara, y la comida salía por las comisuras, por lo que Mariana debía tener siempre un paño para limpiarlo; era un poco asqueroso, al principio. Mariana tenía que hacer uso de las puntas de sus pies para alcanzarlo; su pequeño cuerpo se recargaba en el cuerpo del señor para acercarse.

A manera de broma, el viejito se recargaba de más del lado contrario de Mariana, para que su cuerpo se pegara más al de él. Mariana fue creciendo y ganando más estatura; llegó el momento en que podía sentarse frente a él, pero de lado, para darle la comida directamente. El viejito mañoso subía una y otra vez el vestido de Mariana; apenas alcanzaba la bastilla, aunque él se hacía ilusiones de que veía más de lo que debía. Mariana ni siquiera se molestaba. Le daba un pequeño manazo y el viejito se zurraba de risa. Otras ocasiones Mariana metía su vestido muy apretado entre las piernas, y con sus escasas fuerzas el señor no lograba levantar la prenda ni un milímetro. Entonces era Mariana la que se moría de risa.

En la casa de Carmelita, además del marido vivía un sobrino como de treinta años que había tenido tres hijos con tres mujeres diferentes, y ninguna lo quería. Este muchacho era un bueno para nada; no tenía trabajo, se desaparecía durante varios días y a veces regresaba un poco golpeado. Carmelita decía que andaba en malos pasos.

No era feo, tampoco guapo; medía como un metro ochenta, flaco pero con panza. Ni siquiera atlético, el wey. Era el responsable de bañar al viejito, porque era el único que tenía fuerzas suficientes para cargarlo. La señita Carmelita le mandó hacer a su esposo una cama de madera a la que se le quitaba el colchón, y como tenía llantitas se podía mover hasta el baño. En el lugar de la regadera había un mecate forrado con tiras de algodón, para amarrar al viejito por la espalda, debajo de los brazos, para poder bañarlo bien. Varias veces se cayó el viejito porque el pendejo de su sobrino no lo aguantó; todo era por sus “malos pasos”. De la casa de Carmelita robaba lo que podía, para mantener su vicio. No debía ser mucho lo que encontraba, porque regresaba rápido. Sabía que por lo menos comida y techo no le faltaban.

Una vez Carmelita salió a la farmacia; como estaba cerrada, se fue a la de la otra colonia, porque tenía que ser de descuento. El sobrino ya había empujado la cama de madera hasta el baño, pero no puso la cubeta que detenía las llantitas; giró la llave de la regadera cuando tocaron a la puerta. Mariana corrió a abrir, pues pensó que era Carmelita. Y nel. Eran los amigos del huevonazo. Mi hermana fue al baño para avisarle a éste, quien salió en chinga loca y ¡dejó al viejito a medio enjabonar! ¡No mames! Mugroso e irresponsable. El pobre viejito se resbaló y quedó medio colgado; el mecate le jaló la piel... O sea, ¡un desmadre, pero desmadre!

Mi hermana escuchó el chingadazo y corrió al baño para ver qué había ocurrido. Claro, se encontró al señor en cueros, ¡y en el piso! Mariana, toda asustada, fue a buscar al sobrino de Carmelita, a quien encontró chacoteando con sus cuates, muy quitado de la pena, con un vaso lleno de cerveza en una mano y en la otra su churrote. Mi hermana entró en pánico y como pudo le avisó al “sobri”. Fue en chinga a ver a su tío. Le pidió a Mariana una sábana para cubrirlo. El pobre don estaba temblando. Aquello era un verdadero desmadrín. ¡Neta!

“Vas a valer madres si dices algo, pinche mocosa”, le espetó el sobrino muy enojado a mi hermana, mientras le lanzaba una mirada desafiante. Ella movió la cabeza negativamente. La pobrecita tenía mucho miedo.



El viejito siempre lanzaba un quejido; como que su respiración siempre iba acompañada de un quejido, así que Carmelita no se dio cuenta hasta que la herida había cicatrizado y se había convertido en una enorme costra. Le preguntó a Mariana qué había pasado y ella le contó, pero le dijo que por favor no le fuera a decir nada al sobrino, porque “iba a valer madres”.

Sea lo que fuera esa sentencia, sonaba fuerte y fea. Por eso Carmelita puso cintas y cintas de una vieja sábana alrededor del mecate, para que no se volviera a lastimar su viejito.

Mariana hacía los mandados, y el tal sobrino no podía incorporarse en la mesa ni para agarrar la sal.

“Pásenme la sal”, decía. Se la tenían que dar en las manos.

“Mariana, sírveme agua.” Mientras su vaso permanecía en su lugar, ella tenía que ir a espaldas del sobrino, tomar la jarra y servirle.

Una vez servido, y justo cuando Mariana iba a sentarse, decía: “¡Marianita, con hielos! Así no me sabe”. Mariana iba al refrigerador, sacaba los hielos, les ponía un poco de agua para que se le facilitara sacarlos, buscaba un vaso para ponerlos, volvía a poner agua en el recipiente de hielos, lo metía al congelador, cerraba el refrigerador, iba por el vaso con hielos, buscaba una cuchara y le ponía tres hielos en el vaso al sobrino.

Aún no terminaba cuando el pinche huevón volvía a chingar: “Calienta más tortillas, éstas ya se enfriaron”, gritaba.

Mariana se levantaba a calentar más tortillas, y se las tenía que llevar a su lugar, porque si no venía la siguiente frase: “No alcanzo, mugrosa”.

“Ve a comprar bolillo porque el que hay es de ayer y a mí me gusta recién hecho”, decía el huevón borrachales mantenido. “Mira, escuincla, cómo está duro el bolillo”, decía mientras aventaba el pan a la cabeza de Mariana.

El huevón borrachales mantenido sólo le daba el avión a Carmelita. De cualquier forma, siempre lograba entretenerla para seguir chingando a Mariana: “Esas plantas ya están bien secas; échenles agua, no sean así”, “La cocina está sucia, ¿por qué no limpian? No sé cómo pueden vivir así. Esta casa está bien asquerosa; cuando consiga trabajo me voy a largar de aquí; a mí me gusta vivir como la gente decente, como gente de bien”, “¿Por qué no hacen de comer cosas diferentes? Aquí se come dos o tres días lo mismo. Mejor dénsela a los perros, no es comida para humanos, me cae”, eran las frases que seguido lanzaba el huevonazo. Hijo de su reputa

madre.

Carmelita hacía como que no lo escuchaba, pero a Mariana le hervía la sangre. Semejante lagartón, bueno para nada. Ellas eran las que lavaban su ropa y atendían sus necesidades.

Mal vivían con la pensión del viejito, que alguna vez trabajó en una compañía dedicada a los traslados. Mariana y Carmelita iban con una credencial a formarse a un banco; les daban un cheque, lo cambiaban y Carmelita se guardaba una parte del dinero en el brasier, otra en la cartera y otra en la media. Luego pasaban a la tienda del ISSSTE, donde la señora le dejaba escoger a Mariana algo que quisiera; ella siempre elegía una mermelada de fresa o una cajeta chica, porque eran muy caras. Ése era su premio, una vez al mes. Lo podía guardar con sus cosas. Dos vestidos, tres calzones, un par de zapatos, listones para sus trenzas, un fondo y dos mandiles. Todo era guardado meticulosamente en una vieja bolsa de mandado raída, que tenía colgada junto al catre donde dormía. También tenía una estampita de la Virgen de San Juan de los Lagos que sacaba de vez en cuando para pedirle que le dijera a su madre que regresara por ella, que iba a tratar bien a su hermana y al hombre que trajera a la casa, quienquiera que éste fuera. Lloraba al recordar a su madre diciendo: “Al rato venimos, vamos a un mandado”. ¿Se habrían muerto? ¿Alguna vez regresarían por ella?

Mariana iba a la escuela a veces, cuando se podía. Casi nunca hacía la tarea; a Carmelita no le importaba y Mariana prefería apurarse a hacer los quehaceres para en las tardes poder sentarse a ver la telenovela *Cuna de lobos*, durante la cual hasta el viejito guardaba las quejas, para oír los diálogos.

Carmelita le compró un peinecito en el mercado, dizque porque era bueno para quitar las liendres. Mariana se acostumbró a rascarse; hasta tenía granos porque eran costras sobre costras. Luego le dieron un remedio a Carmelita para acabar con los insectos. Le dijeron que comprara petróleo, que se lo untara en la cabeza a la niña, que la amarrara con un trapo y que se durmiera con él; al otro día se lavaba el pelo y ya todas las liendres estarían muertas.

Se lo puso, aunque fue difícil para Mariana dormirse con ese olor tan penetrante. Yo creo que no se le murieron todas, porque Mariana siempre se rascaba; tenía granos con costra, y sobre esa costra, otra costra.

Cuando Mariana cumplió once años, seguía en la casa de Carmelita. Ésta, para festejarla, le compró un delantal nuevo, bordado con flores en el frente y con los mismos motivos en las bolsas. Mariana se bañó ese día, se hizo sus trenzas y estrenó su delantal. Cuando llegó el sobrino, se dio cuenta de lo arreglada que lucía Mariana y dijo:

—Pinche mugrosa, cuando te bañas y te peinas hasta bonita te ves. ¿Qué se festeja hoy?, o ¿adónde van a ir?

—Es el cumpleaños de Mariana —dijo Carmelita.

—Ah, ¡oralesssssss!... ¿Y cuántos años cumple nuestra muchachita? —preguntó el huevón borrachales mantenido.

—Once —dijo Mariana.

—¡Uta! Ya vas para quinceañera, o ya casi... —dijo el sobrino.

A partir de ese día, cada vez que podía rozar la mano de Mariana, con cualquier pretexto, lo hacía. Mariana no decía nada, sólo quitaba su mano rápidamente; ni siquiera volteaba a verlo. Cuando se quedaba con ella unos momentos, le decía: “Tú vas a ser mi novia, mi novia chiquita, ¿sí?” La tomaba de la barbilla para que Mariana lo viera a los ojos. Él intentaba ponerse serio, para que Mariana le creyera. Un día, muy inspirado le dijo:

—Mira, ando buscando trabajo. Cuando seas más grande nos vamos de aquí; te voy a comprar una casita y vamos a ser muy felices. ¿Qué dices, Mariana?

Ella no supo qué contestar. El sobrino tenía los dedos gruesos, sucios; olía a pegamento. Sólo pensó en salir corriendo en cuanto esos dedos ásperos tocaron su mentón. Odiaba sentir el aliento a caca de pollo sobre su cara; pero su miedo era más fuerte, así que apenas contestaba un audible “sí” y procuraba no verlo a los ojos, para jalar aire y no aspirar su jadeo.

—¿Sabes por qué, Mariana? ¿Sabes por qué quiero que estés conmigo? Porque eres pura; estarás mugrosa por fuera, pero eres virgen, y allá afuera todas las viejas son bien putas. Y uno se cansa, se harta de estar en este pinche mundo tan jodido, tan lleno de mierda; cualquier vieja me dejaría metérsela por un churro. ¡No mames! ¡Por un puto churro! Así, como te lo digo. Yo quiero ser un hombre de bien, derecho... Pero para eso necesito a alguien a mi lado, alguien que valga la pena, como tú —decía, alargando las últimas palabras de cada frase—. Todavía existen buenos hombres como yo, que están dispuestos a partirse la madre por defender a una mujer.

El “sobri” tomó aire y siguió con su largo monólogo:

—Hay dos clases de mujeres: las que te hunden y las que te apoyan. Y yo creo que he tenido mala suerte, porque me han hundido. Todas me han usado. ¿Y sabes qué, Marianita? Yo soy un buen hombre; me quito la camisa para dársela a quien la necesite. Por ésta —y besaba la cruz que hacía con sus dedos—. No me han sabido valorar —prosiguió; estaba inspirado—, nadie me ha motivado como debe ser. Mira, Marianita, yo sé que tal vez piensas: ¿cómo el sobrino de mi patrona se va a fijar en mí, que soy una bastarda?

Mariana puso cara de no entender y movió la cabeza negativamente. No, la pobre no podía articular una sola palabra. Estaba asustada. Sólo apretaba su delantal con sus pequeñas y lindas manos, maltratadas por tanto lavar trastes y limpiar.

—¿Sabes qué es una bastarda? —ella negó con la cabeza—. Bueno —continuó el huevón borrachales mantenido—, bastarda es una persona como tú, que no tiene padres. Digamos como una huérfana, para que me entiendas.

—Sí tengo madre. No soy huérfana ni bastarda —al fin pudo contestar Mariana con un tono seguro, mientras seguía apretando un pedazo de tela de su delantal con sus manos y levantaba la cara dejando ver su cuello delgado. Su pose era la de una mujer a la que le han querido mellar la dignidad.

Con un poco de enfado, el sobrino hizo un mohín y trató de continuar con la plática:

—Lo que quiero decir es que tú eres menos que yo; yo tengo categoría, nivel, soy hijo de familia, y tú no eres nadie. A pesar de eso, soy capaz de ofrecerte un futuro, un futuro como nunca lo has soñado.

El huevón borrachales mantenido no pudo continuar. El ruido de la cerradura de la puerta asustó al pocos huevos. El sonido se debía a que doña Carmelita entraba cargando varias bolsas. El sobrino fue a ayudarla y Mariana también.

La chiquilla dio gracias al cielo por la llegada de la doñita. Era molesto soportar la presencia del sobrino bueno para nada, tratando de congraciarse con Mariana, sobre todo cuando inútilmente engolaba la voz, enderezaba la espalda, arreglaba su cabello sucio y grasoso, largo hasta por debajo de las orejas y estiraba el cuello luido de la camisa, con grandes franjas de mugre, como quien se prepara para un evento. De su cuerpo emanaba un fuerte olor a sudor rancio. Sus ojos adquirían un brillo lleno de orgullo al

hablar de sus proyectos.

Una que otra vez, el huevón borrachales mantenido se bañaba y se rasuraba, se ponía una loción Old Spice, peinaba su cabellera hacia atrás y buscaba la mirada de Mariana:

—¿Cómo ves a este muñecote, Marianita? ¿Te gusto o no te gusto? Nada más salgo a la calle y hasta las señoras de edad voltean a verme —sonreía mientras se veía al espejo—. No sé por qué, pero siempre he tenido suerte con las mujeres; a lo mejor me viene de nacimiento, ¿no? Ora sí que es de genética, o como se diga. Voy a ver qué tiene la vida para darme; al rato regreso —dijo, y salió creyéndose la gran nalga.

Conforme pasaba el tiempo, el sobrino de Carmelita era más asiduo a la presencia de Mariana. Carmelita se daba cuenta de las intenciones de su sobrino; le preocupaban un poco, porque, por un lado, Mariana la ayudaba mucho con los quehaceres de la casa pero, por otro lado, le costaría más trabajo tratar de sobrellevar la vida sin su sobrino, porque era el que la apoyaba con su marido. Así que prefería fingir que no se daba cuenta de nada.

Al viejito lo tenían que llevar periódicamente al ISSSTE para que le dieran sus medicamentos. El sobrino iba con Carmelita, quien se refería a él como su “sobri”. Decía: “Ay, pobrecito de mi ‘sobri’, la vida no le ha sonreído mucho”. (Para Mariana más bien era el “sobras”).

Otros días, cuando no había que presentar al viejito, Carmelita se hacía acompañar por Mariana. En fin, la doñita alternaba: el “sobri” o Marianita.

Una de tantas veces, Carmelita fue sola a recoger los medicamentos y Mariana se quedó en casa a preparar la comida. De regreso, Carmelita perdió el monedero; tuvo que pedirles a los peatones que encontraba a su paso que por favor la ayudaran, de modo que tardó mucho en conseguir lo necesario para regresar a su casa.

Mariana entretuvo el hambre con una tortilla con sal. Se ocupó de darle de comer al viejito. Recién había terminado de hacerlo cuando llegó el sobrino. Buscó a Carmelita. Mariana le dijo que había ido a recoger los medicamentos al ISSSTE, pero que ya se había tardado.

El sobrino llegó más estúpido y mandón de lo acostumbrado; le dijo a Mariana que le sirviera de comer. Ella calentó comida y tortillas; estaba de espaldas a la mesa que ocupaba el sobrino.

Por atrás de su cuerpo el sobrino puso el suyo; con el brazo derecho le tapó la boca y empezó a tocarla. Mariana se retorció. Con el brazo izquierdo, el sobrino la tomó de la cintura y la cargó hasta llevarla a la mesa del pequeño comedor. La pobre muchacha no sabía qué hacer para zafarse. No podía gritar ni moverse. No podía hacer nada. Las fuerzas del “sobri” eran demasiado contra las de una chiquilla como ella.

La puso sobre la mesa tirando lo que estaba en ella: platos, vasos, un recibo de luz y un frutero medio vacío; le tapó la boca con un trapo para que no se escucharan sus gritos, pero Mariana no podía con el miedo que sentía por dentro, así que, pese al trapo, seguía gritando, pujando, a todo pulmón. El “sobri”, sin soltarla, agarró un cuchillo que como mandado hacer estaba sobre la mesa y no se había caído.

—Cállate, Marianita; cállate o vas a valer madres —decía el hombre, a quien ya le escurría sudor de la frente de tanto esfuerzo que había hecho entre cargar a Mariana, ponerle el trapo y soportar la tensión, el deseo y el miedo.

Mariana no sintió pánico por el cuchillo que él blandía, sino por lo que pudiera pasar. Sus delgados huesos y sus músculos estaban agarrotados, entumidos. El “sobri” se montó sobre de ella, jaló su cinturón y con él amarró las manitas de Mariana a una pata de la mesa; el peso del cuerpo del sobrino sofocaba a la muchacha, que no podía respirar. De todos modos no dejaba de retorcerse con todas sus fuerzas.

Sintió cómo la manaza de aquel hombre le atravesaba el rostro, haciendo girar su cabeza varias veces.

—Eres una perra, eres una perra caliente; pero antes que cualquier otro te manche, vas a ser mía. ¿Sabes qué? El día de mañana me vas a suplicar por más, aunque hoy finjas que no te gusta, ¡pinche escuincla caliente! Vas a ver lo que te voy a hacer por andarme provocando.

A lo lejos se escuchaba el viejito. Se quejaba desde su cuarto, como siempre. Sin embargo, nadie hacía caso. Después de todo, eso era el pan de cada día, y en el comedor la batalla campal estaba en la meseta.

Un dolor intenso en su entrepierna hizo cerrar los ojos de trancazo a Mariana; eran como piquetes, pero lo peor estaba por venir. Algo la rompió por dentro; sintió que su cuerpo reventaba en mil pedazos; sus entrañas se estremecieron. La rompió por dentro, la desgarró; sentía cómo era atravesada por una estaca. Cerraba los ojos, porque el dolor le parecía insoportable. Estaba bañada en sudor y lágrimas. Él metía y sacaba una y

otra vez su asqueroso miembro duro, bañado de sangre. Bufaba como animal, empapado de sudor rancio. Mariana escuchaba una respiración tosca y fuerte, y un jadeo que no podía soportar. En un momento abrió los ojos y miró los del sobrino; estaban fijos, con un brillo horroroso que la llenó de miedo. Apestaba a tierra, a cigarro, a cemento, a hierba, a caca. De repente empezó a escuchar todo muy lejano, como si hubiera eco; su psique se nubló y la cubrió el silencio. Su cuerpo quedó inerte.

Harto de su hazaña, el sobrino miró a Mariana, tendida en la mesa con su ropita hecha trizas y las piernas llenas de sangre. Miró el cuchillo y se tocó la frente. Estaba asombrado. Era como si no entendiera lo que había hecho. Aventó el cuchillo y salió corriendo a la calle, diciendo:

—Ora sí creo que la cagué, la cagué gacho. ¡Putá! —decía mientras tiraba de su cabellera larga y grasosa, al tiempo que caminaba rápido, rápido, sin saber cuál era su rumbo. Iba en chinga a ni él sabía dónde chingados.

Cuando Carmelita llegó, no pudo hacer otra cosa que llevarse las manos a los cabellos canos que, por inercia, comenzó a jalarsé. Encontró a Mariana sobre la mesa, inconsciente, desnuda, con las piernitas abiertas, cubiertas de sangre.

—¡Inocente muchachita! ¿Qué te pasó? —exclamó al ver el cuchillo en el suelo. Tocó su carita, pero la niña no respondía; pegó la oreja a su nariz, para ver si aún respiraba.

Zafó las manitas del cinturón que las amarraba. Fue por alcohol y un trapo; se lo dio a oler a la niña, quien poco a poco fue recobrando la conciencia. No podía moverse; fue difícil arrastrarla unos cuantos metros.

Carmelita la ayudó a incorporarse. Mariana se recargó en la señora para llegar a su catre. Una vez ahí, la viejita le puso unas cobijas para que estuviera arropada. A lo lejos se seguían escuchando los quejidos del viejito, pero nadie lo atendía. ¿Cómo? Si lo que acababa de suceder había desplazado la enfermedad del señor, el olor a comida quemada, consumida y convertida en chicharrón, pues la lumbre de la estufa había hecho de las suyas durante la travesura del “sobri”.

Una vez que Carmelita fue a la cocina, apagó la lumbre y limpió todo para después hacer lo mismo en el comedor, volvió con Marianita. Le acarició la carita, que ya había empezado a hincharse; uno a uno le quitó los mechones de cabello que le cubrían el rostro, tratando de no lastimarla.

“Llegué demasiado tarde”, se decía a sí misma. Se reprochaba una y otra

vez. Trataba de quitar de su cabeza las imágenes de su sobrino sobre el pequeño cuerpo de Mariana. Permaneció hincada acurrucándola durante largo rato para consolarla y de paso consolarse a sí misma. Le dolía la culpa. Permaneció así hasta que los sollozos de la niña se apagaron para dar lugar a un sueño profundo. En ese viejo catre se quedó tirada más de tres días. Despertaba y el dolor en la vagina, los labios y la entrepierna le recordaba el ataque de ese animal estúpido, huevón borrachales mantenido. Sentía asco, pena, impotencia; las lágrimas se negaban a secarse en sus mejillas. La sangre ya se había hecho costra...

No quería vivir, le dolía todo. Despertaba y la realidad era un asco. Anhelaba con el alma quedarse dormida para siempre. La viejita le rogaba que comiera un poco, pero ella no quería hacerlo; no tenía hambre. Carmelita pensó que la muchachita se iba. La encomendó a san Juditas Tadeo. ¿Qué iba a hacer si se moría la niña? ¿Qué mentira le iba a decir al médico? ¿Que se murió así porque sí? ¿Cómo explicarle la cara golpeada, las heridas en las piernas, la desvirgación? Nadie le iba a creer; todo mundo conocía a Mariana, pero también a su sobrino, quien en la colonia tenía fama de drogadicto y ratero. Los vecinos, por llevar la fiesta en paz, trataban de ignorarlo, pero lo que le hizo a Mariana no tenía nombre. Lo único que faltaba agregar al rosario de adjetivos que ya colgaban de su cabeza era “¡asesino!” Tan sólo de pensarlo, Carmelita no encontraba otra alternativa que soltarse a rezar, darse golpes de pecho y encomendarse al Señor.

Cuando Mariana se animó a comer el plato de sopa, la vida le volvió al cuerpo a Carmelita, que ya estaba pensando en los gastos del entierro.

La niña se levantó para ir al baño; se sentía como perro atropellado. La orina hizo que le ardieran las heridas. Trató de limpiarse pero le ardía todo. Carmelita la escuchó quejarse y le preguntó si necesitaba ayuda. Puso agua caliente en una cubeta y se la llevó al baño. Le dijo a Mariana que se aseara lo que pudiera. Ese día se quitó lo que quedaba de su fondo, las tiras del delantal, un pedazo de calzón.

La señora le llevó una silla de plástico para que se bañara sentada. No había una parte de ella que no le doliera. Tenía hematomas en todo su pequeño y esbelto cuerpo. Las muñecas las tenía negras, la boca reventada, un ojo totalmente cerrado y otro apenas abierto.

Sólo cuando el agua y el jabón hicieron su trabajo, Mariana se dio cuenta de las cortadas que tenía en su entrepierna, muy cerca de los labios



vaginales. Dos tasajeadas grandes y una pequeña, del tamaño del dedo índice. Llamó a gritos a Carmelita. La señora fue a verla y Marianita le enseñó sus heridas.

—¡Jesús bendito! Mira nada más —le remordía la conciencia, le dolía ver a Mariana en ese estado—. Fue mi sobrino, ¿verdad, Mariana?

Ella movió la cabeza afirmativamente, mientras se le salían las lágrimas otra vez. La señora, apurada, fue a la cocina, calentó agua, le puso un chorro de vinagre y granos de sal, buscó un trapo limpio y se lo llevó a la niña. Le enseñó a meter el trapo en el agua; lo exprimía un poco y se lo ponía en las heridas.

Mariana brincó al sentir el calor; le ardía, pero sentía alivio. Mientras tanto, la señora puso a asar trozos de sábila en el comal. Aún calientes se los llevó y le dijo que se los pusiera en las heridas, que se fuera a acostar y que reposara con ellos; que si podía amarrárselos, mejor. En la noche la señora conminó a Mariana a volver a hacer el mismo rito del agua con vinagre y la sábila.

Mi hermana empezó a sentirse mejor, aunque las heridas tardaron en cerrar; como cicatrizaron solas, dejaron sus piernas marcadas para siempre. Aunque su mente quisiera olvidar aquel incidente, cada vez que fuera al baño sus cicatrices serían fieles recordatorios de ese suceso durante el resto de su vida.

De manera providencial, una comadre de Carmelita se encontró en el mercado a mi madre, que me llevaba de la mano. Entre el tumulto y los gritos de las marchantas, la saludó con un cálido beso en la mejilla derecha. La arrinconó junto a un puesto de frutas y le preguntó que cuándo iría a recoger a Mariana. Mamá se puso nerviosa y le dijo que ya no le faltaba mucho, que había atravesado por momentos difíciles, que... La señora no pudo contenerse y le dijo:

—Deberías ir por tu hija, la violó el sobrino de Carmela.

Mi madre sintió que un balde de agua fría la bañaba. Ni cuenta se dio de que yo estaba pellizcando unas uvas que colgaban de un puesto. Mamá estaba atónita; se le atoraron las palabras. Tuvo que recargarse en el puesto de frutas junto al que estábamos paradas.

—¿Cuál sobrino de Carmela? —dijo mi madre.

—¡Ay Dios! ¿A poco no te acuerdas del sobrino ése, el bueno para nada,

que nada más se dedica a los vicios? —dijo la comadre.

—Pues no —respondió, tratando de hacer memoria—, no me acuerdo...

—¿Cómo no te vas a acordar? Era el que cada vez que ibas con Carmela a su casa te ofrecía café con piquete.

—¡Ah! Ése... ¡ése! ¿Violó a Mariana?

—Ese mero —dijo la comadre—. No me creas mucho, pero creo que hasta la picó...

—¡No!

—¡Sí!

—¿La mató? —preguntó mi madre, asustada.

—No, pero estuvo cerca. Yo que tú, iba ahora mismo. Pero bueno, cada quien, ¿verdad? Cada quien sabe... —dijo la comadre.

—Gracias, voy a ir por ella.

—No sé si sabes que la doñita se cambió... —dijo la comadre.

—¿Ya no vive en el mismo lugar? —dijo mi madre.

—No, hace mucho que se cambiaron... Ahora vive por allá por la salida a Pachuca —dijo la comadre.

—¿Tan lejos? —dijo mamá.

—Te voy a apuntar la dirección, no vaya a ser que te pierdas —ofreció la comadre.

—Muchas gracias, comadre; gracias por avisarme.

—De nada, de nada. ¡Que Dios te acompañe y te lleve con bien! Ojalá encuentres bien a Mariana. ¡Inocente muchachita en manos de ese desgraciado!

—Gracias —dijo mamá.

Ya no acabamos de hacer el mandado; mi mamá andaba como ida.

Mi madre no pudo dormir las noches siguientes; su conciencia parecía una niña que no dejaba de brincar. No sabía cómo iba a hacer para mantenernos, pero no podía seguir dejando a Mariana abandonada a su suerte.

Un Domingo de Ramos me arreglaron muy bonita, con mi vestido ampón y mis zapatos de salir. Mamá se puso medias, zapatos con tacón de aguja y un saco negro que combinaba perfectamente con una falda del mismo color y una blusa estampada de flores coloridas. Se pintó los labios de color rosa, engrosó sus pestañas. Luego metió sus cosméticos en su bolso, que era negro con un broche plateado. Se miró al espejo un rato y después me dijo que íbamos a salir. Fuimos a la casa de Carmelita. No sé

cuántos camiones tomamos, pero llegamos muertas de cansancio.

Ese día Mariana y yo nos quedamos mirando, mientras mamá le explicaba a Carmelita por qué había tardado tanto tiempo en recoger a mi hermana.

Mariana veía mi ropa, mis zapatos de charol con taconcito princesa, mis calcetas con encaje en las orillas y los dos enormes moños que adornaban mi cabeza. En las mejillas un color rosado me hacía parecer muñeca de porcelana. Tenía como cuatro años y ella casi doce.

La vi muy flaquita, con sus trenzas largas agarradas con una cinta de algodón raída; zapatos de hule con hoyos por los que asomaban sus dedos sucios de uñas largas. Su piel lucía reseca, llena de manchas blancas que mi madre llama jiores y que, según decía, salen cuando las personas no comen bien. Sus hombros lucían un tirante del fondo. Su ropa parecía una copia fotostática, porque toda estaba muy gastada, ni color tenía. Mariana no podía quitarme la vista de encima; sólo la voz de Carmelita la sacó de sus pensamientos cuando le dijo que fuera por sus cosas, porque ¡se iba con su mamá!

La carita de Mariana se llenó de luz y se fue sonriente a recoger su bolsa de mandado de plástico. Metió su catre debajo de la cama de Carmelita y tomó la estampa de la Virgen de San Juan de los Lagos, a la que agradeció en secreto por haber hecho ese maravilloso milagro. Su mirada ya no era la misma: ahora tenía esperanzas.

Mariana no sintió el regreso a casa; para ella el sol era espléndido experimentar en su piel era un regalo del cielo. Caminaba como entre nubes, no quería despertar, estaba feliz.

Llegando a la casa, mi madre tiró lo que había en la bolsa de mandado raída. Calentó agua y ayudó a mi hermana a bañarse; le cortó las uñas de las manos y de los pies, le puso un poco de aceite de ricino en el cabello y se lo dejó suelto hasta que se le secara para poder trenzarlo. Le dio un tarro de crema Teatrical para que se pusiera en las piernas, los brazos y la cara.

La primera noche no pudo dormir. Nada más había una cama grande para las tres, y ella no había dormido en colchón. Pero no importaba: cuando se daba cuenta de que estaba en la casa, sonreía y trataba de conciliar el sueño.

Al otro día, mi mamá le explicó cómo tenía que hacer de comer; le dijo que nos iríamos y que volveríamos en la tarde. Le ordenó que se tomara una cucharada diaria de emulsión de Scott (aceite de hígado de bacalao)

para que se le quitaran los jiores. ¡Sabía a madres! No, eso es poco decir: sabía de la chingada! Luego le compró pastillas de levadura de cerveza. A mí me llevaban a la guardería, de las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. Y si mi madre no iba por mí, una amiga le hacía el favor y me llevaba a su casa; pero ahora, como estaba Mariana, me podían encargar con ella. Así ocurría la mayoría de las veces.

Siempre que mamá regresaba de trabajar, Mariana me acusaba de cualquier cosa: “Tu hija hizo esto, tu hija hizo aquello”. Algunas veces, mi madre me daba nalgadas o un pellizco, ante el beneplácito de Mariana. Raras veces me tocó la vara de castigo.

Me gustaba jugar a que era una arquitecta, de esas que ponen una placa afuera de las casas que construyen de mucho prestigio. A veces lo hacía con lodo y otras con yeso, dependiendo de lo que encontrara. Otras veces me entretenía vistiendo a mis muñecas o recortando ropa.

En las papelerías vendían plantillas, una especie de monografías: una hoja con una muñeca y varios vestidos, algunas veces con bolsos, sombreros y mascotas que podías recortar para jugar a cambiar atuendos. También les hacía ropa a mis muñecas. Mi madre me regalaba retazos de tela con los que confeccionaba prendas muy modernas. Podía estar entretenida horas y horas. No hacía ruido.

Cuando mi madre necesitaba sus cosas empezaban los problemas:

—¿Quién se robó mis agujas? ¿Quién agarró la tela que tenía ahí guardada? ¿Quién chingados cambió mis hilos de lugar? ¡Putá madre! ¿Quién hizo pedacitos la tela de...? ¡Ay, carajo! —mi madre era muy creyente de Diosito y de todos los santos, pero tenía adentro de la boquita una cantina con todo y borrachos que salían a relucir cuando alguien la hacía enojar.

Mariana, muy oronda, muy limpia de culpa, le contestaba:

—¡Ahí está tu hija! ¿Por qué no le preguntas?

Mi madre volteaba a verme inquisitivamente. Me le quedaba viendo con mis ojotes, como diciendo: “¡Ay, mamacita! No me vayas a pegar”. Agarraba mi muñeca vestida con la tela que ella andaba buscando y la ponía detrás de mi espalda, para que no la viera. A mi madre, nada más de verme la cara, se le llenaban los ojos de ternura y me decía:

—¿Qué le hiciste a la tela que estaba aquí? —fingía que seguía enojada.

Yo, con la voz chiquita, decía:

—Nada más agarré un cachito, chiquito —juntaba los dedos índice y

pulgar, y asomaba un ojo entre ellos—. Así de chiquito. Sólo fue para hacerle un vestido a Renatita —sacaba mi muñeca de detrás de mi espalda y le enseñaba mi hermoso diseño—. Es que Renatita ya no quería ponerse el mismo vestido de siempre, me dijo que parecía uniforme. Y entonces le hice un vestido... y una bolsa y unos zapatitos...

—¡Muy combinada! —decía mi madre.

—Sí, muy combinada —respondía yo.

—¿Eso le hiciste a tu muñeca? —preguntaba ella.

—Sí... Porque cuando sea grande voy a hacer ropa muy bonita para ti, para Mariana y para Renatita...

—¿Tú la vas a hacer?

—Sí. Y cuando sea grande voy a tener mucho dinero, y también voy a comprar muchas telas, muchos hilos, muchas agujas, y toda la gente va a ver que somos muy bonitas.

A mi madre se le llenaba la cara de dulce y olvidaba su enojo. Mariana nos veía de reojo y parecía decir: “¡Ridículas!”

Mi madre me llevaba a la fábrica cuando estaba de vacaciones en la escuela. Yo conocía a todas sus amigas, y como no podía entrar a la fábrica, me iba a la cocina; ahí estaban muchas mujeres que en diferentes horarios tomaban su desayuno, su almuerzo, su comida o su cena. Les ayudaba a lavar sus trastes, limpiaba la cocina, me iba a la recepción a asearla. ¡Chinguiza!...

Mi madre decía que adonde fuera tenía que granjearme a las personas; que si uno es solícito y amable, donde sea lo van a querer. Así que en eso me entretenía. Había unas cacerolas muy percutidas, y yo llevaba mi piedra pómez y me empeñaba en dejarlas relucientes. Cuando no había nada que hacer, la señorita de la recepción me ponía a hacer planas, y a mí me gustaba que siempre me ponía diez de calificación.

Antes de llegar a la fábrica mi madre me decía que, sin importar mi estado de ánimo, siempre debía sonreír, porque a nadie le gusta estar junto a personas que se la pasan quejándose o de malas. Pensaban que yo era muy risueña. Todas las amigas de mi madre me querían; me mandaban regalos en Navidad o el Día de Reyes.

Esos días llegaba a la casa cargada de regalos. Mariana me volteaba a ver con desprecio y fingía que no le importaba. Yo sacaba mis regalos para enseñárselos, orgullosa, pero ella no hacía caso. Prefería darle un reporte a mamá de lo que había sucedido en el día.

Las vecinas a veces le decían a mi mamá que habían visto a mi hermana platicando con Rafael, un vecino veinteañero; ella apenas tenía catorce o quince años. Mi madre se ponía verde; llegaba corriendo a la casa, sacaba su vara de castigos (una vara que tiene escritos proverbios bíblicos) y la atizaba a golpes. Como siempre, Mariana no decía absolutamente nada; yo era la que lloraba y le gritaba a mi mamá para que dejara de pegarle.

Mariana, con los ojos inyectados de odio, la cara bañada en lágrimas y una voz apenas audible, que contrastaba con su rostro suave, como si disfrutara cada sílaba, llena de furia decía: “Cállate, escuincla”. Mientras, mi madre caía fatigada en una silla, tratando de jalar aire porque se quedaba sin fuerzas. No entendía por qué mi hermana no agradecía mi intervención, si la estaba defendiendo.

Una vez me atravesé en medio de las dos y mi madre me abofeteó. Me caí del fregadero y gritaba: “Mi ojo, mi ojo; me pegaste en el ojo”. Mi madre pensó que yo hacía aquello para que desistiera de pegarle a Mariana, pero cuando se cansó de zurrarla yo seguía agarrándome el ojo, aunque ahora sí por mero drama. Me revisó. Tenía el ojo hinchado y rojo por dentro. Me tuvo que llevar al Centro Médico de División del Norte, donde me recetaron unas gotas durante una semana. Se quejó mucho por el precio de las gotas. Muy alegre, yo le decía que cuando me quejaba era por algo real; no le mentía.

En las tardes Mariana me cuidaba. Después de ir a la secundaria 35 de Coyoacán, ella pasaba por mí a la primaria; tomábamos un camión para que nos llevara a casa. Hacía la comida y recogía la casa; ella mandaba y yo tenía que obedecer. Era horrible no saberme las tablas o las consonantes; si bien nunca me pegó y ni siquiera me dio un pellizco, su mirada y su actitud eran temibles. Sufría. Tampoco me dejaba jugar con mis muñecas o mis juguetes, porque hacía tiradero, y cuando no obedecía, me dejaba de hablar. No me hablaba en días y días; yo le pedía llorando que por favor me hablara, que ya no volvería a ser desobediente, que por lo menos me mirara. No se movía ni un ápice; me servía la comida, hacía su tarea, recogía la casa, ignorándome. No existía para ella.

Cuando mi madre llegaba de trabajar, yo corría a abrazarme a su pancita. ¡Qué alivio! Me refugiaba en ella mientras veía la mirada de Mariana; sus ojos eran como filosos cuchillos llenos de destellos fugaces.

Prefería mil veces hacer enojar a mi madre que a mi hermana. Mi madre tenía un carácter muy fuerte y agrio. Cuando yo la llenaba de besos, decía:

“Qué niña tan encimosa, déjame en paz”. Pero yo le contestaba: “¿Por qué te voy a dejar en paz si eres tan hermosa? Eres la mamá más hermosa y calientita del mundo”.

No sé desde cuándo me interesé por la moda. No podía comprar revistas, pero en las esquinas las exhibían y yo las veía sin pagar. Las analizaba todas: los colores en la ropa, los bolsos, los accesorios, la forma de pararse de las modelos. Siempre grababa en mi cabeza qué ropa y con qué iba combinada, la mirada de las mujeres que posaban. Cuando mi madre quería hacerme una falda, me dejaba elegir la tela, los botones, de qué lado iba el cierre. No fueron pocas las veces que la llevé caminando cuerdas y más cuerdas hasta el puesto de revistas, para enseñarle cuál era el modelo que quería.

Esa falda podía pasar días, meses, incluso años, esperando por el suéter, las mallas o el calzado que le combinaran. No había prisa: la falda no se iba a echar a perder; lo importante era parecerme a las chicas de las revistas.

A mi madre le gustaba que le contara historias que iba inventando en el camino, porque a ella muchas de mis ideas la llenaban de risa; en cambio, a Mariana no podía dirigirle la palabra así como así, ni hacer juicios de valor sobre cualquier cosa. No. Podía castigarme.

Cansada de tantos chismes de las vecinas que veían a mi hermana con Rafael, mi madre la metió a trabajar en una panadería, como cajera. Salía a las nueve de la noche. Mamá y yo íbamos por ella a la parada del camión. Si algún muchacho le ofrecía a Mariana ayuda para bajar del autobús, o se le acercaban tantito, en cuanto ponía un pie en el suelo mi mamá la agarraba a cachetadas: “¿Con quién vienes? ¡Contesta! No te hagas pendeja, a mí no me vas a engañar. ¿Quién era ése?” Y así hasta llegar a la casa. Mariana abrazaba su bolsa, escondía la cabeza entre sus hombros y se dedicaba a caminar; no decía ni pío.

A mi madre le daba pavor que Mariana saliera embarazada de un bueno para nada, así que se dedicó a buscarle ocupaciones. La inscribió en un internado; por las mañanas, antes de irse, dejaría todo limpio, y en las tardes, después de recoger lo que le asignaran, podría usar una máquina de escribir para hacer sus tareas. De esa manera no tendría distracciones de los muchachos que la merodeaban en la casa. Y por lo menos tendría una carrera técnica.

Los sábados yo podía visitarla. Algunas veces me quedaba a dormir con

ella hasta el domingo. La ayudaba a asear y a preparar el desayuno. Con Mariana se puede convivir sólo de una forma: hay que hacer las cosas como ella diga y cuando ella diga. Punto.

La quería, pero no podía acercarme a ella. Mariana estaba metida en un laberinto rodeado por barreras de contención de concreto, como las del segundo piso del Periférico, nuestro *free way* mexicano.

Mi madre no sabía peinarme de otra forma que no fueran trenzas; así que cuando había festivales en la escuela le pedía a Mariana que me peinara. Lo hacía como siempre que se trataba de mí. Con mucho cariño, por supuesto. Me sentaba en una silla y me escarmentaba el pelo; luego me ponía limón para que no se me levantara un solo cabello. Me jalaba tanto que yo gritaba. Y Mariana me decía: “Si vuelves a gritar, dejo de peinarte y te vas a tu festival con trenzas”.

Entonces no me quedaba más que taparme la bocota con las manos, para que no se me salieran los gritos, a lo que ella se apresuraba a decir: “¡Tampoco quiero que hagas gestos!”

Por mucho que me doliera, tenía que aguantarme para que me hiciera una cola de caballo, lo que me encantaba porque me hacía sentir muy bonita... y porque así peinaban a las niñas del ballet. Por lo menos el peinado me acercaba un poquito al ballet. Mariana me dejaba los ojos de china, estirados, estirados; me apretaba con una liga que generalmente se quedaba con mucho de mi cabello.

Un 10 de mayo, mi madre y yo fuimos al festival del día de las madres. Ese día me tocó bailar. Me veía muy linda, con mi boca pintada y mis chapitas.

Si podía participar en dos bailables, mejor. Cuando bailaba podía olvidar todo. Era muy feliz.

Después de los bailables cantamos las mañanitas y las maestras nos dieron los regalos que habíamos preparado para nuestras madres. En mi salón hicimos unos pañuelos que bordamos con la inicial del nombre de cada niño y la inicial del nombre de la mamá. F&R, ése fue mi bordado. Lo envolví muy bonito porque era para la mujer más calientita del mundo: mi mamá. Yo quería ponerle hilo de colores, pero la maestra dijo que no, que tenía que ser del mismo color de la tela.

Mi madre lo recibió como si le hubieran regalado una lavadora



automática. Me abrazó y me llenó de besos. También dijo que era muy buena bailarina. De regreso a la casa, Mariana preguntó cómo nos había ido. Yo dije:

—Muy bien, cuando bailé no me equivoqué en ningún paso, como otras niñas.

—Mmmhhh —hizo Mariana—. ¿Y qué les regalaron a las mamás?

—¡Un hermoso pañuelo bordado! —contesté llena de júbilo.

—Mmmhhh... a ver.

Mi madre le enseñó el pañuelo; ella se le quedó viendo, me dirigió una mirada fría y dijo:

—Está bonito —me lanzó una mirada retadora y fría, y le dijo a mi madre en un tono bajito, como si fuera una sentencia—: Ojalá sirva para algo...

El hielo se sintió entre las tres, así que mejor me salí a jugar. Mi madre no contestó nada.

Mariana tuvo fiesta de quince años y también fiesta de graduación. En ambas ocasiones la peinaron en el salón y le compraron vestidos muy bonitos. En las fotos está feliz, rodeada de sus amigas, de las que no se ha despegado aun en estos días. Yo aparezco en una que otra foto, flaquita, traviesa y no muy aplicada; más bien burra.

Cuando cumplí quince años no había dinero, porque con lo que ganaban Mariana y mi madre apenas alcanzaba para construir nuestra casa. A fuerza de ahorro y de aguantarnos mucho los antojos, mi madre compró un terrenito en el que hizo un cuarto, y aún con los castillos puestos y el cemento húmedo tuvimos que irnos a vivir ahí. Los gastos eran muchos, pues cuando no era la grava, era el cemento, las ventanas, el azulejo; todo para la casa, así que por eso no tuve fiesta de quince años.

Mi madre obligó a Mariana a pedir un préstamo en el banco. No le importó cuántos años tendría que trabajar para pagarlo, ni tampoco si quería pedirlo o no: ¿acaso no veía las condiciones en las que estábamos?: un cuarto con las vigas apuntalando el techo, sin piso, sin ventanas, sin puertas, sin baño. A mi madre se le ocurrió desdoblar tres tambos grandes de lámina, les pusieron vigas y con eso construyeron nuestra puerta para dormir.

Mariana no poseía mucha ropa. Tenía una falda tableada que usaba tres veces a la semana, muy limpia y planchada; procuraba cambiarse de blusa y ponerse otros zapatos para que no se notara. No podía gastar su dinero con sus amigas, y mucho menos llegar a la casa con alguna blusa, falda, aretes o zapatos nuevos; todo debía ser para la casa. Ella no era dueña de su dinero.

Un 10 de mayo se le ocurrió comprarle a mi madre un refrigerador. Pidió permiso en la oficina y se lo llevó a la casa. Mariana iba trepada en el camión de la mudanza, orgullosa de entrar a la colonia con un refrigerador enorme. Volteaba a ver a los vecinos y los saludaba con la mano. También le compró unas pantunflas rositas con todo el interior aborregado.

Llegó a la casa muy contenta, indicándole al señor dónde debía colocar nuestro refri; mamá sólo la veía. Al final, se le acercó con una bolsa de Liverpool donde había guardado las pantuflas. Muy sonriente, le dijo a mi madre: “Esto también es para ti”. Le dio un beso en la frente y se salió en chinga porque tenía que regresar a su trabajo, así que se subió nuevamente al camión de las mudanzas.

Mi madre abrió la bolsa y sacó las pantunflas. Salió hecha un demonio. Alcanzó a Mariana en la camioneta y se las aventó.

“¡Estos zapatos no son para mí, regálaselos a tu abuela!”, le gritó. Sí, mamá se enojó porque consideraba que éstos eran zapatos para una persona mayor, no para ella.

Me sentí mal por Mariana, porque había gastado su dinero en un refrigerador, y no obstante mi madre le aventó los zapatos frente al señor de la mudanza. Le pregunté a mi madre que por qué era tan grosera. Según ella, no había hecho más que lo que debía hacer.

En todo ese tiempo Mariana no había tenido novio, por el gran temor al carácter de mi madre. Hasta que conoció a un médico: Francisco Martínez.

Hubo una fiesta en el ex convento de Churubusco, cuando la iglesia aún estaba a cargo del padre Gonzalo. Era la celebración de la Pascua, en la que participaban otras iglesias cercanas. Mi hermana estaba afiliada al coro de jóvenes en una de esas parroquias. El doctor Francisco Martínez asistía al padre Gonzalo, porque era su médico de cabecera, de modo que empezaron a verse en el ex convento.

Eran los noventa cuando se estuvieron tratando como amigos, durante más de un año. Hasta que el doctor Francisco Martínez fue llevado a mi casa para ser presentado como novio oficial de Mariana. Iba con su bata blanca y un gafete del Hospital General. Olía rico. Mi madre se sentía orgullosa por la elección de mi hermana. Al cumplir cuatro años de novios, decidieron ponerle fecha a la boda.

Fernando, mi casi cuñado, era hijo único, dueño de los excesivos cuidados que podían prodigar un par de tías solteronas catequistas, además de sus amorosos y católicos padres.

Cada vez que había visitas, las tías se encargaban de platicar una y otra vez las monerías de mi “cuñis” cuando era niño. Una le decía a la otra: “¿Te acuerdas, Josefina?” Y la otra, con la carita llena de arrugas, cual ciruela pasa, movía la cabeza afirmativamente. Y las visitas fingían disfrutar de las graciosas escenas que describían ellas. Las dos mujeres estaban entregadas a la Iglesia, al padre y al niño Fernando. Ninguna trabajaba. Sólo el papá de Fernandito.

Cada tía tenía varios terrenos en los que habían construido departamentos; algunos en Churubusco, otros en Las Águilas, otros en San Ángel y en Coyoacán. Ellas vivían en la misma casa que los padres de Fernando. Y sólo cobraban las rentas de esos departamentos. Una vez a la semana, el padre Gonzalo, diácono de la iglesia del ex convento de Churubusco, comía con las tías. Fue él quien bautizó al niño Fernando.

Le ponían camisas con los cuellos bordados a mano y pantaloncitos cortos con peto, y calcetines y zapatos de botita blancos, para que se

fortalecieran sus tobillos. En la sala había fotos del niño Fernandito a los tres años, con ese atuendo y el bracito recargado en una mesa de teléfono.

Las dos tías eran señoritas, pues nunca se casaron (y, por ende, no tuvieron sexo; ¡nunca supieron qué es el placer! ¡Zas!). Se dedicaban a bordar todo lo requerido para el altar de la iglesia, para cada una de las celebraciones. Eran tan puras y tan perfectas, que el padre les enviaba niños para que les dieran clases de catecismo. Así que, si alguien quería hacer su primera comunión, iba con las tías. Ay de ti si no te sabías el “Avemaría” o el “Yo pecador”. Sus ojos te penetraban el cerebro y te daban ganas de echar a correr. Te sentaban frente a ellas y te decían: “Dime el ‘Yo pecador’”. Si te atorabas en alguna frase, te cagaban. Y tenías que repetir *todo* otra vez. Para no equivocarte era mejor ver al techo o al suelo, porque sus ojos grises eran como inexistentes. No era un gris bonito sino opaco, como de ciego. Si por alguna razón te agarraba la risa, te decían: “¡No te rías! Es el diablo que no está dejando que te concentres”.

El padre Gonzalo dio a las tías la dicha de que Fernandito, al cumplir ocho años, fuera elegido por la congregación para ser preparado como monaguillo de la Asunción de Nuestra Señora del Carmen. Felices, las tías le llevaron al padre los dulces de leche que tanto disfrutaba. También se apresuraron a confeccionarle el alba a su sobrino; ya lo podían imaginar como ángel, subiendo al cielo con sus hermosos pelos de puercoespín, parados, color chocolate, prieto; tan angelical. El paso siguiente era lograr que el niño Fernando dedicara su vida al sacerdocio. Por hacer tanto bien a la sociedad, las tías irían directo al cielo cuando el Señor las llamara.

Fernandito fue un poco difícil a la hora de aprenderse el catecismo, pero era tanta la ilusión de las tías, que le contagiaron su entusiasmo al niño. Todos los domingos Fernando se vestía de monaguillo para asistir a la misa, en la mañana y en la tarde. Las tías lo veían embobadas, con una sombra beatífica pintada en sus rostros. Fernando percibía cómo afectaba esto a sus tías, quienes se mostraban aún más serviciales con él; le hablaban con diminutivos, con la voz chiquita, como si siguiera siendo un bebé. Y Fernando vio que estas tareas eclesiológicas no le significaban mucho esfuerzo, así que se empeñó en asistir a la iglesia puntualmente.

El niño Fernando fue instruido en las formas de tratar la casulla y el cíngulo, así como en la forma de doblar la estola y dónde debía guardarla. El rito antes del rito. Uno de los sacerdotes, el padre Andrés, acogió con mucho cariño al niño Fernando.

Él era quien le tenía más paciencia para enseñarle, por lo que a menudo el niño debía quedarse un rato más que los otros. El padre Andrés salía con Fernando de la mano para entregárselo a las tías y de paso contarles de los avances de su discípulo. De camino a casa, Fernandito tomaba de la mano a una de sus tías y le explicaba con su dulce vocecita:

—¿Ya sabes, tía, que para comulgar tienes que estar en ayunas desde la víspera y tener la absoluta certeza de no estar en pecado?

La tía, en pleno orgasmo de felicidad, le contestaba:

—¡Fernandito!, ¿ves? Tus buenas acciones nos van a llevar al cielo.

Fernando, viendo la alegría de la tía, se apresuraba a decirle:

—¡Tía! ¿No se te está olvidando algo importante?

La tía ponía cara agria, sin saber a qué se refería Fernando:

—No sé...

Fernando se dirigía a la salida de la iglesia, metía la punta de los dedos en la pila de agua bendita; como no alcanzaba, se levantaba de puntitas sobre los pies, y al llegar al agua apenas la tocaba y se persignaba.

“¡Ojalá sus padres vieran esto, Padre!”, se repetía la tía por dentro. Su felicidad era infinita. Si hubiera podido detener el tiempo y tomar una fotografía instantánea del niño persignándose solito... ¡Ah! Dios. Era digno de una postal.

Si tal fotografía hubiera existido, seguramente lo que habríamos visto serían los ojos de un lobo asomados en las pupilas del niño.

Pasado algún tiempo, el padre Andrés les dijo a las tías que no se preocuparan, que él mismo llevaría a Fernando a su casa. No cabía duda, el Señor las estaba viendo. Por eso las premiaba.

Al niño Fernando el padre Andrés le enseñó no sólo los menesteres de la eucaristía; también los sacramentos de la iniciación cristiana, “VI. El banquete pascual 1382”, que reza: “La misa es el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor...” Todo lo tenía que aprender de memoria. Las tías lo hacían repetirlo con beneplácito. Estaban orgullosas de cómo se estaban dando las cosas para el niño Fernando, quien, por hacerse de la admiración tanto del padre como de sus tías, aprendió esta frase: “Edde mihi, Domine, stolam immortalitatis, quam perdidisti in praevaricatione primi parentis: et, quamvis indignus accedo ad tuum sacrum mysterium, merear tamen gaudium sempiternum”.

Obviamente, nunca supo qué significaba ni le importaba; el chiste era

tener la mirada de los otros sobre sí. Fernandito era protegido del padre Andrés. Las tías le llevaban detallitos, pasteles, dulces de cajeta envueltos en carpetas bordadas a mano; también le bordaban con hilo de oro sus iniciales en la estola, con ramilletes de flores, como muestra de agradecimiento por la condescendencia que el sacerdote mostraba por el niño. Fernando sentía una gran devoción por todo lo que dijera el padre. Era más importante la opinión de éste que la de su progenitor.

La primera vez que el padre Andrés le enseñó una revista pornográfica, a Fernando se le salieron los ojos y las orejotas se le pusieron negras. El padre sonrió.

—Fernandito, esto es lo más natural del mundo. Esto es sexo —dijo.

Fernando apenas movía la cabeza. No pudo emitir palabra.

—Fernando, eres mi mejor discípulo, siempre te he enseñado más a ti que a nadie. ¿Cierto?

—Sí —respondió Fernando.

—Entonces, tú y yo, a partir de ahora, tenemos un secreto. Nadie debe saber que hablamos de sexo; nadie, ni tus padres, y mucho menos tus tías. Porque papá Diosito te va a castigar. Y tú no quieres ir al infierno... ¿verdad?

—No, padre.

Cuando Fernando llegó a su casa, sentía duro el pirrín. No podía olvidar lo que había visto. Todo era un torbellino tan caliente como el sol.

Así las cosas, el padre Andrés le enseñaba una revista y otra y otra. Después le decía con tono travieso:

—¿Vamos a ver revistas?

—Sí —respondía Fernando, cada vez con más confianza.

El padre Andrés tenía intenciones serias con Fernando; lo estuvo preparando durante meses. Le decía que había dos tipos de mujeres: las putas, a las que les gusta el sexo, y las santas, “como tu madre y tus tías”.

—Cuando seas grande —afirmaba—, para casarte vas a tener que buscar a una mujer virgen, que no haya tenido sexo con nadie; con ella podrás tener sexo, pero no como en las revistas. Yo te voy a enseñar cómo. Y con las putas podrás hacer todo lo que tú quieras...

“Lo que yo quiera”, pensaba Fernando.

Fernando no quería faltar a ningún servicio. Las tías estaban entusiasmadas porque su niño querido estaba sintiendo el llamado del Señor. Habían pasado los meses suficientes preparando a Fernando, así que

el padre Andrés se dispuso a enseñarle cuáles eran las cosas que podía hacer con las putas.

Le dijo al niño que cerrara los ojos, lo acostó en su cama y poco a poco le quitó la ropa. Fernando trató de cubrir sus partes, con vergüenza. Amorosamente, el padre le dijo:

—No te preocupes, recuerda que esto es normal.

Lo puso boca abajo, hizo que metiera su cara en la almohada y lo penetró sin más. No hubo un beso, ni un precalentamiento; el padre Andrés tenía prisa por meter su miembro. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de hacerlo, así que debía aprovecharla... Además, Fernandito le había costado más que cualquier otro niño, porque estaba demasiado consentido, demasiado cuidado. El padre Andrés estaba deseoso de sentir placer; no sabía si era por lo difícil de la situación con la familia de Fernando, o sólo porque estaba muy caliente. Cuando lo hizo, sintió el estrecho conducto por el que se adentraba su pene; no pudo resistir mucho tiempo esa presión sanguínea, así que después de unos segundos el estallido del placer llegó. Se quedó quieto, inmóvil, hasta que volvió en sí. Había presionado la cabeza de Fernando contra la almohada para ahogar sus gritos. Una vez concluida la penetración se recostó junto a él y empezó a acariciar su cabeza. Fernando tenía lágrimas en la cara. El padre Andrés le dijo que no llorara, que ese dolor sólo se sentía la primera vez; que el placer llegaría después. Cuando el niño se calmó, le dijo:

—Esto es lo que le puedes hacer a una puta. Nunca a la que vaya a ser tu esposa. Jamás, porque eso es pecado.

Para Fernando, aun en medio de su dolor, el hecho de que el padre Andrés estuviera junto a él, consolándolo, era no sólo gratificante, sino que lo hacía congratularse por ser digno de su atención. El padre le dijo que le había dado hambre, así que levantó la carpeta que adornaba una canasta de la cual sacó un riquísimo pastel de natas; se lo puso frente a la cara y le dijo que comieran, así, sin cubiertos ni platos. Los dos estaban desnudos, sentados en la pequeña cama del sacerdote, degustando el delicioso pastel.

El padre llevó a Fernando a su casa. El muchacho no dijo nada. Los calzones que manchó porque le sangró el ano los escondió en la mochila y los tiró en un bote de basura de la escuela, cuidando que nadie lo viera. Había cierto orgullo en este aprendizaje, porque sólo él sabía cómo se trataba a una puta. Esa noche, a pesar de haberse tragado casi todo el pastel de natas con el padre, Fernando no pudo negarse a cenar en su casa, con sus

padres y sus tías.

Por su parte, el padre Andrés durmió acariciando su miembro; hacía tanto tiempo que deseaba penetrar a ese muchachito. Lo mejor estaba por venir: tenía muchas cosas que enseñarle. Se quedó dormido con una sonrisa; imaginaba la boca del niño recibiendo su miembro golosamente, como si fuera un succulento postre. En adelante las cosas sólo mejorarían...

Cuando llegó a la iglesia el domingo siguiente, Fernando se llevó una gran sorpresa: el padre Andrés ya no estaría nunca, pues había sido transferido a otro estado. “Fue a guiar a otras almas del Señor por el sendero del bien”, fueron las palabras del padre Gonzalo. El niño se quedó atónito; bajó la cabeza con tristeza. No sabía qué iba a suceder ahora; no podría volver a ver revistas pornográficas y tampoco habría nadie que le enseñara cosas que son normales para los adultos.

Ese día, el niño acólito cometió varios errores en la misa. Estaba distraído, desangelado. Para él, ya nada sería igual. No sin el padre Andrés.

Con el nuevo padre todo era diferente. Él ya no era especial, sino como cualquiera de sus compañeros. Así que habló con las tías y les dijo que ya no quería ser monaguillo. Parecía que las mujeres hubieran enterrado a alguien; hicieron oración para que el niño recapacitara, pero no hubo poder humano que lo persuadiera. Hasta ahí, muy a su pesar, llegaron los deseos de tener un sacerdote en la familia.

Fue a una edad muy temprana cuando Fernando se hizo adicto a la pornografía y a la comida. Alguna vez, cuando aún era adolescente, una de sus tías encontró una revista con mujeres desnudas debajo del colchón de la cama del niño. Se armó la de san Quintín.

Como todas las semanas, el padre Gonzalo fue a comer, y a la hora del café, con mucha vergüenza, con llanto, con golpes de pecho, las tías le comunicaron la pecaminosa falta de Fernandito. Pensaban que era mejor decirlo ahora, cuando aún podían doblegar el espíritu del muchacho, que estaba con un pie en el infierno. Al padre Gonzalo casi se le atoró el pedazo de galleta de almendras que tenía en la boca; fingió un tosido. Por dentro se zurraba de la risa, por la beatitud de las tías. Para tranquilizarlas les dijo que no se preocuparan, que él se encargaría de platicar con el muchacho. Las tías estaban muy angustiadas, sobre todo porque seguramente el diablo hacía de las suyas con la pobre alma de Fernando.



Imaginaban al demonio azotando a su pobre niño, llenando sus oídos de baba verde, con palabras que significaban cosas sucias, clavadas en el corazón de esa criatura inocente... ¡Padre nuestro, ten misericordia de nosotras! ¡Apiádate, Señor, de estas almas que no hacen otra cosa que adorarte! ¡Cristo bendito, óyenos!

El padre Gonzalo habló con Fernando:

—Querido Fernando, me platicaron tus tías que encontraron una revista con mujeres desnudas debajo de tu colchón. Obviamente están muy preocupadas por tu perversión y piensan que, de continuar por este camino, Dios te va a condenar y vas a ir a parar al infierno.

—Padre Gonzalo, no encontraron una revista como tal...

Fernando, preocupado, sintió cómo el sudor bajaba desde su nuca hasta su cuello. Y como era de color serio (es decir prieto) se puso morado, en lugar de rojo.

—¿No? ¿Entonces qué fue lo que encontraron? —preguntó el padre Gonzalo.

—Son sólo dos páginas que conforman el póster de una actriz...

—¿Desnuda? —inquirió el padre, con cierto tono morboso.

—No, padre... bueno... está en bikini —precisó Fernando.

—Mira, Fernando, tus tías te adoran y lo único que quieren es protegerte, pero eso no es posible, tienes que conocer el mundo... Y el hecho de que a tu edad te interesen los cuerpos femeninos es muy natural; eres un adolescente, casi a punto de convertirte en hombre, así que te voy a recomendar...

—Sí, padre —dijo apurado Fernando.

—El hecho es que estás creciendo, y lo único que te recomiendo es que tengas cuidado con lo que llevas a casa; tus tías te lavan la ropa, la doblan, la guardan, así que... ellas saben o se dan cuenta de cuando tú... ya sabes... ¿Has tenido sueños húmedos?

—Sí, padre.

Fernando está hincado frente al padre, en postura de confesión. Piensa que en cualquier momento el padre le va a soltar un fregadazo. Sus músculos se contraen, esperando lo peor.

—Ahí tienes. Es mejor que te hagas cargo de tu ropa, para que tengas un poco más de independencia... ¿Me entiendes?

—Sí, padre —responde el muchacho, atribulado.

—Nada te cuesta, muchacho, lavar tu ropa interior cuando te bañas. Así

te evitas la pena...

—Sí, padre.

—Qué bueno que estás despertando a tu sexualidad. Ojalá tuvieras un tío o un pariente que te llevara a un lugar con mujeres “malas”, para que te desfogaras.

—Sí, padre.

—Para tranquilizar a tus tías, diles que te di una penitencia muy severa, pero que no puedes decirles cuál es. Que es un secreto de confesión. Por otro lado, no lles revistas de mujeres desnudas a tu casa, y cuando lo hagas, escóndelas muy, pero muy bien —aconsejó el padre con una sonrisa de complicidad.

—Sí, padre.

—Ahora ve a comer como Dios manda y quédate tranquilo, hijo, que no hay nada de malo en lo que haces.

Fernando besó la mano del sacerdote, se persignó y salió hacia su casa. Sus tías lo recibieron con cara de pasmo; no sabían qué castigo le había impuesto el padre Gonzalo al joven Fernando. Pero ellas no preguntaron nada y Fernando tampoco dijo nada.

A Fernando le quedó muy claro que lo que le había enseñado el padre Andrés, tiempo atrás, era cierto. Mientras llegaba la oportunidad de asistir a una casa de mujeres “malas” para hacer cosas ricas, se ufanaba de decir a sus amigos de la secundaria, y luego de la preparatoria, que sabía muy bien cómo cogerse a una puta. Sus amigos al principio se quedaban boquiabiertos por el lenguaje que utilizaba Fernando. “Es un chingón”, decían. A esas alturas muchos de ellos no sabían nada de sexo; andaban en el aprendizaje de los besos y las masturbadas. Cuando le contaron a Fernando lo que sus papás decían de la masturbación, Fernando, como todo un hombre, se cagó de risa.

—Me cae, wey, te salen pelos en la mano por andarte jalando la chingadera.

—¡No mames! —dijo Fernando.

—A mí me dijeron que se me van a llenar las manos de ronchas. ¡Y es cierto! Mira mi mano, wey —dijo otro.

—¡Pobre pendejo! —exclamó Fernando.

—Me cae, wey, mira mi mano.

—No tienes ni madres —aseguró Fernando—. ¡Estás bien pendejo! Mira mis manos, wey. Llevo años, años, haciéndolo, y nunca me ha salido un puto grano.

—¿Te cae?... Lo que pasa es que a ti te salen los granos en la jeta. ¡No mames, cabrón! Estás todo “empedrado”.

—A mí los granos se me van a quitar algún día, pero a ti lo pendejo, nunca.

Todos estallaron en carcajadas.

—¡Ahora sí te pasaste, Fernando!

—Me cae, les voy a decir algo mejor: no se imaginan quién me enseñó...

—¿Quién? Ya dinos, wey...

—Un padre.

—¿Tu padre?

—No, pendejo. No. Mi padre no. Un padre, un sacerdote de la iglesia —dijo Fernando con aires de machín.

—¿Un sacerdote? —dijo otro.

—¡Yep! Así es, chavos... —dijo Fernando muy orondo.

—¿El padre se sacó su chingadera y te dijo: “Mira, así se hace”? —preguntaron.

—No mames. Cómo son weyes. ¡Claro que no! —dijo Fernando.

—¿Entonces? ¿Cómo te enseñó?

—El padre Andrés primero me dijo que esto del sexo es algo muy normal, que todos lo hacen...

—¿Todos? —interrumpió el más joven.

—Sí, todos. Menos las señoritas, las que nunca han...

—Ya, ya te entendimos —dijo otro.

—... que con las putas haces lo que se te dé la gana —completó Fernando.

—¿Te cae? —dijeron asombrados.

—Yep. Así es —dijo Fernando con aire de superioridad.

—Oye, pero las putas cobran, ¿no?

—Claro, putitos, claro que cobran.

—Oye, Fer, ¿y tú ya has ido con una puta?

—¡A huevo! Si no, cómo les estaría contando todo esto... Todos guardaron silencio por unos segundos.

—¿Y cuánto cuesta ir con una? —le preguntaron.

—Pssss... eso depende... —dijo sin perder el aire de superioridad.

—¿De qué?  
—Pssss... ya saben, depende...  
—¿De qué depende, wey? —insistieron.  
—Cálmense, cálmense. Depende de lo que tengas de billete...  
—¡Ah! —fingieron entender.  
—Sí; si tienes poco billete, vas con una barata, y si tienes más billete, vas con una cara...  
—¡Ah! Pues sí... —dijeron.  
—Sí, pues como todo, ¿verdad? —razonó otro.  
—¿Como todo qué, wey? Ni sabes y nada más hablas por hablar...  
—Digo que es como todo, que hasta en los peseros hay rutas...  
Todos soltaron una carcajada. Fernando les llevaba la delantera a todos, ya se había echado a varias putas y sabía mucho de las diferentes posturas sexuales. Tenía a su grupo cautivado, era el líder. Era el gordo Fernando. Cuando él decía que mataran clases, todos mataban clases. Si el fumaba, los otros también. Se juntaban en una esquina; Fernando usaba una chamarra de cuero negra, muy al estilo James Dean (región 4), sacaba su cajetilla de cigarros, encendía uno, inhalaba el humo y colocaba la planta de un pie en la pared. Desde la esquina veían pasar a las muchachas en la calle; él era quien hacía el análisis, después del cual soltaba aseveraciones basadas en axiomas:  
—Mira, wey, esa vieja tiene el monte de Venus gordito.  
—¿Y eso qué es? —decía el otro.  
—¡La panocha, pendejo!  
—¡Ah! ¿Y qué, que la tenga pachona?  
—¡Que ésas son las más calientes! —decía Fernando.  
—Mira, wey, ahí viene la licuadora...  
—¿Por qué la licuadora?  
—Porque muele todo lo que le entra.  
De la pobre que tenía piernas de charro, decía:  
—A ésa ya le dieron fuego... Mira cómo la dejaron...  
Anhelaba probar y probarse con una puta.

Un día que mi madre no estaba, y cuando los preparativos de la boda habían dado inicio, Mariana y Francisco empezaron a discutir. No se dieron cuenta de que yo estaba en la habitación contigua, escuchando:

—Hay algo que tengo que decirte... —dijo Mariana. —¿Qué? —dijo mi cuñado.

—Es que...

—¡Dilo ya, carajo! Me tienes en ascuas.

—Es que...

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—Lo que te quiero decir es...

—Me lleva el carajo. ¡Dilo de una buena vez!

—Es que... te lo tengo que decir, pero me da miedo...

—¡Dilo! Porque ya me estás hartando.

—Si te lo digo, ¿te vas a enojar?

—Dilo, dilo...

—Es que... lo que te quiero decir... es que... ya no soy virgen.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que ya no...? ¡Putá! Entonces... —decía mi cuñado, mientras se agarraba la cabeza con ambas manos—. Todo este tiempo... tú...

—¡No! No es que yo... —replicó Mariana.

—¡Entonces tú me has estado engañando! —dijo Fernando que, furioso, agregó—: Sí, ah, sí; ¡todo este tiempo me has estado viendo la cara de pendejo!

—No, no es eso; en realidad yo... te lo puedo explicar...

—No necesito explicaciones de una... ¡puta!

—No digas eso, por favor. Nunca he sido una... de esas...

—¿Ah, no? ¿Entonces? Cómo te explicas... entonces... ¿Qué pretendías?, ¿explicármelo hasta que estuviéramos casados? ¿Eso querías?

—No, claro que no... por eso...

—¿Sabes qué? Hasta aquí llegamos, no quiero casarme con una... —respondió con furia Fernando, mientras caminaba hacia la salida.

—¡Déjame hablar! —Mariana levantó la voz y se le puso enfrente.

—Está bien. Te escucho —dijo mi cuñado con aire de prepotencia.

—Mi madre fue por mí a casa de Carmelita, ¿te acuerdas que te conté eso?

Mi cuñado Francisco movió afirmativamente la cabeza, aún resoplando su furia. Mariana continuó:

—Mi madre me recogió porque el sobrino de Carmelita me violó... y me cortó con un cuchillo... la entrepierna... —a los ojos de Mariana se asomaron dos grandes lágrimas y su voz se quebró—: Puedo enseñarte... si

deseas... —acto seguido, se levantó la falda.

Mi “cuñis” vio las cicatrices de las tasajeadas que le habían hecho. Pareció creerle. La miró de reojo, primero; luego se arrodilló y vio la entrepierna de Mariana.

Conmovido, le tomó la mano y le dio un beso. Con la cabeza agachada y sin decir nada, salió de la casa de mi madre y cerró la puerta. Escuchamos cuando echó a andar el motor de su auto y se fue, dejando a Mariana hecha una bola de tristeza. Mi hermana se fue a llorar a su cama. Ella nunca supo que yo escuché esa conversación.

Mi madre llegó y le preguntó:

—¿Qué tienes?

—¡Nada! —dijo enojada Mariana.

—Cómo que nada. Nadie llora por nada. ¿Qué pasó?

—Se lo tuve que decir... —dijo Mariana aún con la cara metida en la almohada.

—¿Decir qué? ¿A quién? —preguntó confundida mi madre.

—Le tuve que decir a Francisco que ya no soy virgen —dijo mi hermana con la cara bañada en llanto.

—¡Pendeja! ¡¿Por qué se lo dijiste, pendeja?! ¿Qué no te das cuenta? Ahora ya no se va a querer casar, estúpida.

—¡¿Y qué querías que hiciera?! ¿Lo crees tan pendejo que no se iba a dar cuenta?

—¡Claro que no se iba a dar cuenta! Han pasado tantos años que seguro ya se volvió a cerrar.

—¡Mamá! Es médico, ¿lo recuerdas?

—Ya lo sé. Pero si sólo sucedió una vez, eso —dijo señalando la vagina de Mariana— ya se cerró. Créeme.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo le iba a explicar las marcas de mi entrepierna?

—Pues no sé... ¡Diciéndole que te caíste y te cortaste!

—Ajá. Qué fácil... ¿Y sobre qué me tengo que caer, según tú, para hacerme semejantes cortadas? —dijo Mariana, enojada.

—Pues no sé... mmmhhh.

—Tenía que decirle la verdad.

—¡Pero es hombre! No te iba a decir nada porque no se iba a dar cuenta. Los hombres casi nunca se dan cuenta de nada.

—¿Y si ya no vuelve? Me quedaré solterona para siempre —dijo Mariana, volviendo a meter la cara en la almohada.

—¡Ni Dios lo quiera! —se persignó mi madre.  
Entré a escena para enterarme bien del chisme:  
—¿Qué te pasó en las piernas, Mariana? —pregunté.  
Sorprendidas, Mariana y mi madre se me quedaron viendo.  
—¿De qué hablas, mensa? —dijo mi hermana, empleando su máxima expresión vulgar.  
—¿Cómo que de qué hablo? De las cortadas de las que estaban hablando... —respondí.  
—¡No estamos hablando de ninguna cortada!  
—¡¿Ah, no?!

—Renata, estamos hablando de cosas que no te incumben. Déjanos solas —ordenó mi madre.  
—Ah, pensé que hablaban de las cicatrices que tiene Mariana...  
—¿Cuáles cicatrices?... ¡escuñcla! —dijo Mariana encabronada.  
—Las que tienes ahí, cerca de ya sabes dónde... —dije.  
—Tu hermana no tiene nada, nunca le pasó nada. ¡Salte ya de aquí! —dijo mi madre.

Las cosas de las que hablaban parecían serias, así que, antes de que siguieran enojándose conmigo, me salí y las dejé solas. De cualquier manera, lo sabía. Sabía qué, cómo y quién.

Pasaron más o menos diez días. Mariana, cada vez que llegaba del trabajo, se aventaba a su cama a llorar y llorar. Mi madre ya no le decía nada, porque era peor. Hasta que al fin mi “cuñis” hizo acto de presencia en mi casa y habló con Mariana y mi madre.

—Buenas noches —dijo Fernando.

—Buenas noches —contestaron mi hermana y mi madre.

—Vengo a hablar con las dos —mi cuñado adoptó un tono de voz que me pareció sepulcral—. Mariana, señora, he estado pensando mucho acerca de mis sentimientos. Soy un hombre recto, de palabra, católico —al decir esto miró al cielo y se persignó—, y creo que lo que le pasó a Mariana fue un accidente. Un accidente del que no tiene la culpa. Por eso he tomado la decisión... —mi hermana tenía el estómago hecho nudo; el corazón de mi madre palpitaba más y más fuerte— de continuar con el proceso de la boda.

Mi hermana y mi madre soltaron un suspiro de alivio; sus caras se iluminaron. Solemne, mi cuñado volteó a ver a Mariana fijamente:

—Mariana, te perdono —dijo con voz quebrada—. Te perdono porque

eres lo que más amo en el mundo.

—¿La perdona? —dijo mi madre.

—¿De verdad? —dijo Mariana con cara suplicante y al punto de las lágrimas.

—Sí. Te perdono... con una condición... —se hizo un silencio que pareció eterno—. Te perdono, pero nadie debe saber este secreto; absolutamente nadie. ¿Quedó claro? —dijo, con cara de perdonavidas.

—¡¡Sí!! —dijo Mariana.

—¡¡Sí!! —dijo mi madre.

Así que, gracias al buen corazón de mi “cuñis”, que pudo perdonarle la “falta” que había cometido, mi hermana Mariana se casó de blanco... Y fueron felices para siempre... ¡Ja!

¡Qué escena! Digna de una obra de teatro; pero no de cualquier teatro: ¡tendría que ser de Shakespeare! No me quedaba muy claro ese asunto. ¿Hasta que uno se casa tiene permiso de coger? ¡Zas! ¿Y todas las demás, qué carajos hacemos? ¡¿Eh?! ¡No podemos vestir santos! Mejor, ¡desvestimos hombres! ¡Ja!

La tranquilidad volvió a mi hogar. Mariana se embarazó y tuvo una hija que se convirtió en la luz de mis ojos. Adoraba a su bebé. Cuando entré a trabajar me desvivía por comprarle regalos cada día de pago.

En una ocasión en la que fui de visita a la casa de Mariana, llegué a ver a mi sobrina: tenía como ocho meses y trataba de dar sus primeros pasos; esa vez sólo traía un pañal puesto. La llamaba del otro lado con un juguete para que diera la vuelta a la cama. Mi “cuñis” empezó a discutir con mi hermana. Mariana usaba su técnica de no existes, no te hago caso, no te contesto. Mi “cuñis” iba subiendo más y más el tono de su voz para que Mariana lo escuchara, y ella seguía haciendo sus cosas. Así que de un momento a otro, sin que lo esperáramos, le dio una nalgada a mi sobrinita. La niña soltó el llanto. Mariana volteó a ver a su maridito. Enojada, le dijo:

—¿Por qué le pegas a la niña?

—¡Porque no me haces caso, te estoy hablando! —vociferó mi cuñado.

Volteé a ver a la niña, la tomé entre mis brazos, me paré frente a mi cuñado y le dije gritando:

—Eres un estúpido, mil veces estúpido. ¿Cómo te atreves a pegarle a la niña? ¡Idiota! ¡Pendejo! ¡Mal nacido! —no pude quedarme ahí por el



coraje, así que salí a la calle con la niña.

Mi hermana estaba boquiabierta: nadie en su casa le había contestado así a mi cuñado. Me miró con cara suplicante.

Consideré que no podía seguir en la vida de ambos; odiaba con toda mi alma a ese idiota. Mi bebé era sólo eso, una inocente. ¿Qué más le podría hacer este animal a mi sobrina? Debía alejarme poco a poco, primero para no sentir. Al estar en su casa, de alguna forma los mantenía al tanto de mi vida. Dónde trabajaba, cuánto ganaba. Si estudiaba otra cosa. Con quién andaba.

Yo era responsable de recoger toda la ropa que dejabas para ir a trabajar. Te ponías los vestidos y los botabas en la cama; casi siempre eran más de tres, todos los días. De acuerdo con el vestido era la bolsa, así que debía acomodar todas tus cosas en la bolsa correspondiente.

Al llegar a casa, siempre revisabas lo que yo había limpiado. Parecías institutriz, con cara de gendarme mal pagado. Pasabas el dedo índice por los muebles para verificar que hubiera sacudido bien. Revisabas los trastes y los pisos. Y si encontrabas polvo o si algo estaba sucio, me llevabas delante de mi madre para acusarme. Mi mamá se enojaba si despostillaba algún traste; peor si era de cerámica, porque eso significaba que no hacía las cosas con cuidado o que las hacía al aventón. Dependiendo del estado de ánimo de mi madre, me tocaba una zurra, una regañiza o un jalón de orejas. Me hacía como a los perros: cuando se hacen pipí, les metes la nariz en su orina y les dices que eso no se hace al tiempo que les das con un periódico en el trasero. A mí me ponía delante del plato testereado y al mismo tiempo me pellizcaba la oreja con dos dedos; a veces me sangraba. Fungías más como celadora que como hermana.

Una temporada estuve tomando una moneda o dos de tu alcancía todos los días, para comprar pepino o jícama al señor que pasaba por la calle en las tardes. Era un verdadero deleite comerse las frutas con chile y limón. Pero te diste cuenta de que la alcancía estaba más vacía, en lugar de más llena. Me acusaste; estabas indignada, furiosa. Tenías quince años.

Mi madre me dio una regañiza horrible, con un largo discurso acerca de la honradez. La cereza del pastel: debía pedirte perdón y besarte los pies, en señal de arrepentimiento. ¡Guácala!

Me pareció inmundo y asqueroso. Lloré, berreé. Pensar en besarte las patas sucias y apestosas, guácala y más guácala. Fue muy desagradable. Lo hice muy rápido, porque además no tenía alternativa. Me limpié la boca con el suéter; relamía mi boca y otra vez volvía a limpiarla, no podía creerlo. Esa noche lloré, lloré y lloré por semejante ignominia. Tú te dejaste besar los pies; estabas contenta con ese castigo.

A pesar de todo, quería estar junto a ti. Cargaba tu odio, que llegó a no

pesarme, es decir, me acostumbré a ser una carga para ti. Me acostumbré a tu frialdad. Creí que así eras y que así debía amarte. Por esta razón, durante muchos años no lo objeté.

Hasta ahora caigo en la cuenta de que Mariana tuvo todas las celebraciones sociales rigurosas. Mi madre se las pagó: quince años, graduación y boda. Yo, en cambio, ni quince años ni graduación, y menos boda.

Los quince no me acuerdo dónde fueron; bueno, la misa fue en la iglesia de Coyoacán, la del centro, frente a la fuente del coyote. No teníamos muchos recursos, y la Iglesia tenía y tiene tarifas establecidas; no hay descuentos ni por ser pobres ni por ser ricos; tampoco hacen rebajas nocturnas y mucho menos reciben pagos chiquitos, así que seguramente mi madre le empeñó al diablo hasta la camisa con tal de conseguir el dinero para pagar aunque fuera la misa.

Con Diosito uno puede tener arreglos financieros, pero con la Iglesia nomás no. Porque llevan un sistema multinivel. ¿No saben qué es eso? Nosotros pagamos por cualquier servicio (misa de bautizo, quince años, boda, difunto, *whatever!*), más las limosnas y las donaciones. Se junta todo el dinero y se tiene que reportar a otra iglesia que es la que controla a varias iglesias, y ésta a su vez reporta a otra, así hasta llegar al Vaticano. Y de eso viven los padres. Con eso viajan, compran autos, camionetas, ropa, joyas... todo. Con las monjas es diferente, porque ellas venden galletas de rompopé, rentan los salones con todo y desayuno, bla, bla, bla. Es decir, trabajan para subsistir.

La fiesta de graduación sí la recuerdo. Mi mamá le hizo a Mariana un vestido de fiesta, de satén, entubado, azul pastel; encima tenía encaje blanco. Se veía muy caro. A los zapatos les pusieron las mismas florecitas que tenía su tocado, una pequeña diadema llena de piedritas brillantes. Mariana fue al salón de belleza para que le hicieran su peinado, lleno de laca. Mi mamá se puso un traje de saco y falda color azul eléctrico, blusa blanca, medias y zapatos. Nada era nuevo. A mí tampoco me compraron nada, ni calcetines ni moños; únicamente me dejaron ponerme los zapatos y el suéter de la escuela. No me llevaron a peinar al salón de belleza; mi madre sólo tuvo tiempo de hacerme unas trenzas. Fue en un salón de fiestas. Mi madre y mi hermana nada más pudieron comprar dos boletos; a mí me pasaron de contrabando. Como yo no tenía boleto, no tenía derecho

a cenar. Pero yo no sabía, y cuando llegó la comida, aplaudí entusiasta. La comida siempre ha sido una celebración para mí. Me da mucho gusto cuando me sirven. Ignoro a qué se debe la euforia, pero siento bonito cuando en la mesa hay comida. Mi hermana y mi madre cruzaron miradas. Percibí algo, pero estaba feliz. Además, habían bajado las luces del salón, tocaron una marcha y entraron todos los meseros levantando los brazos, con sus charolas y un centro de fuego. Uno tras otro, en fila india, dieron una vuelta por todo el salón. ¡Guau! Como si fuera un *show*. ¡Sí! La cena ha llegado. ¡Sí!

En cuanto llegó mi turno sirvieron la sopa; estaba muy buena. Luego hubo una pequeñísima ensalada. Lo mejor fue el pollo con crema, que también fue muy poco. De repente vi a mi hermana que revoloteaba en una mesa y en otra; me miraba de un modo extraño, pero yo no sabía por qué; además, mientras estuviera saboreando la comida no podía poner atención a nadie. Las amigas de mi hermana también me veían con un dejo de “pinche escuincla”. Cuando hube terminado la gloriosa cena le dije a mi mamá:

—¿Por qué no se sienta mi hermana?

—¡Cállate! No digas nada —ordenó, poniendo un dedo sobre sus labios —. Ssshhh.

—¿No va a cenar? —dije en voz alta, incrédula.

—Sssshhhhh. Cállate, niña —insistió mi madre, ya un poco incómoda.

—Ella me dijo que se moría de hambre. ¿Por qué no se sienta?

Los demás comensales que estaban en la mesa, a los que no conocíamos empezaron a prestar atención.

—Se le fue el hambre. Déjala —dijo mi mamá seria, con intenciones de meterme un pellizco.

—¡Ah! —dije—. Conocía muy bien esas señales, así que dejé en paz la cena de Mariana.

En ese momento empezaron a repartir el pastel. ¡Yea! Esto de las graduaciones es genial. También le hice los debidos honores; no dejé ni una sola migaja. A eso le siguió el baile. Estuve sentada viendo a las parejas chistosas: el flaco que se siente Resortes, la gordita sabrosa que mueve sus caderas al son de una cumbia. Observé a todos; llegaría a casa a remedarlos.

Cuando salimos, nos fuimos en un taxi con una amiga de Mariana y su familia. Para pagar menos. Como era niña y estaba flaca, me fui sentada en

las piernas de no sé quién. Al fin llegamos a casa. Yo estaba un poco adolorida por tantos apachurrones, de modo que me estiré todo lo que pude.

Y que empieza la regañada...

—¿Sabes por qué no cené, escuincla? —preguntó Mariana.

—No —contesté con miedo. Sabía que se avecinaba una tormenta. Mi madre se hizo a un lado.

—¡Porque sólo compramos dos boletos!

—¿Y? —dije, aún sin entender.

—¡Que sólo teníamos derecho a dos cenas! Una te la tragaste tú y la otra mi mamá.

—¿Y por qué no las dividimos entre tres?

—¡¿Cómo íbamos a hacer eso delante de la gente que estaba en la mesa?! ¡Grandísima burra! —dijo Mariana, muy molesta.

—Ah, yo te hubiera dado mi sopa y mi ensalada... No estaban tan buenas...

—¡Ya cállate! No me hagas enojar más.

Lo grandioso de la graduación se me hizo hiel en la panza. Hubiera querido vomitarla, pero no sabía cómo. Me arrepentí horrores por no haberme dado cuenta de aquello, pero ya no pude hacer nada. Esa noche me dormí con lágrimas en los ojos y pasé toda la semana tratando de no hacer enojar a Mariana para obtener su perdón. Obvio, nunca me perdonó. Es más, sus amigas, que ahora son abuelas, todavía recuerdan el incidente.

Estudiaba tercero de secundaria cuando me hice novia de Marcos, mi primera pareja. Tenía como una semana de haberle dado el sí, así que, como corresponde a un novio, me tomó de la mano y sentí que se me erizaba la piel, tal vez por los nervios o por la calentura.

Un día, al llegar a mi casa me tomó de la punta de los dedos de la mano y me dijo que camináramos otra cuadra. Ilusionada lo acompañé, pero no fue una cuadra, sino como cinco. Nos detuvimos debajo de un árbol, acercó su cara y puso sus labios encima de los míos. Creo que hacía frío, porque sentí levemente la humedad y la calidez de algo que me pareció que era su lengua. Sentí muy rico; estaba sorprendida porque no esperaba experimentar eso. Vas porque algo te incita, pero no sabes a qué vas. Abrí los ojos después de sentir su lengua; esperaba que lo volviera a hacer

porque quería saber si realmente era su lengua. En lugar de eso me tomó de la barbilla y puso sus labios en mi mejilla. No recuerdo si dijo algo, pero aún puedo sentir esa tibieza, esa humedad. Apenas si entró su lengua en mi boca; no la metió hasta la garganta ni me hizo limpieza dental. Fue sutil; los hombres deberían ser como él, pues a las mujeres nos gustan las cosas suaves y de vez en cuando un leve mordisco que nos haga sentir deseadas.

No hubo muchas oportunidades de aprender a besar con Marcos. Los días pasaban y no sabía nada de él. Era un poco vago y desmadroso. Cuando lo veía caminábamos y nos deteníamos en la puerta de una casa que tenía una banqueta; me subía en ella y practicábamos un poco. Sentía rico, bonito. Seguramente tenía una larga lista de novias a las que visitaba.

Dos años después conocí a otro chico; no era muy guapo pero sí muy interesante; de ojos verdes y risueños. Con él los besos eran más frecuentes; nunca tan ricos como con Marcos, pero eran besos al fin y al cabo. Con éste más bien eran cosas más cachondas. Al principio me puso la mano en un seno, como si hubiera sido accidental; me sorprendió, pero sentí muy rico. Él se excusó y yo fingí no haberme dado cuenta. Por dentro moría por que lo volviera a hacer.

Tuve que esperar a que nos volviéramos a ver. Me besaba y ya no sentía su boca. Tenía prisa por sentir sus manos en mis senos; se me acalabraba el pubis. Lo hizo. Eran olas y olas de placer; después el placer se fue haciendo más grande y más grande, porque empezó a meter su mano por debajo de mi sostén. Toqueteaba mis pezones mientras yo me ocupaba de meter la punta de mi lengua en su oído.

Nunca alcancé a entender por qué algo tan placentero era pecado. Si mi madre, por el solo hecho de usar pantalones, cortarme el cabello y maquillarme aseguraba mi estadía en el infierno, por dejarme tocar los senos y estudiar afanosamente los besos, sin dudarlo me mandaría al final de los finales del infierno.

Busqué información en la *Divina comedia*:

Nueve son los círculos del Infierno, nueve las terrazas del Purgatorio, nueve los astros que conforman el Paraíso. Lo que nos aleja de Dios es el conocimiento. Mientras más conscientes seamos del grado de dolor que causamos en el otro, más lejos nos encontramos de su entorno. Dante dice que del primero al quinto círculos están los pecados de autoindulgencia, limbo, lujuria, gula, avaricia y prodigalidad, ira y pereza. Sexto y séptimo círculos: herejía y violencia. Octavo y noveno círculos: fraude y traición.

Es decir, que yo estaría destinada al segundo círculo, el de la lujuria, por sentir un deseo sexual desordenado e incontrolable. La lujuria se puede expresar a través de variadas conductas sexuales, practicadas en forma exclusiva o en conjunto: masturbación, producción y consumo de pornografía, prostitución, fornicación, adulterio, incesto, violación, pedofilia, parafilias de diversos tipos, y, en general, toda conducta con contenido sexual desordenado e incontrolable.

¡Zas! El hecho de conservar mi virginidad aún no me iba a servir de nada; las cosas ahora eran peores. Porque mientras no tuviera el conocimiento de causa, no había tanta bronca. El problema era que si lo volvía a hacer ya no era algo que desconocía. Sabía que el placer de la agarrada de las bubis tenía nombre: lujuria. También, que estaba asignado a un círculo del infierno: el segundo. ¿Cabría la posibilidad de que Diosito se olvidara de este pecadillo, si me metía de monja?

Eso era realmente un conflicto.

Todo México sabe que tenemos dos grandes televisoras, un duopolio. No hay más. Y claro, todo México sabe que conseguir trabajo en alguna de ellas es sinónimo de éxito. Así que, armada con mi currículum, mi *book* de fotos y una enorme suerte para entrar, fui a pedir trabajo.

Tienes que conocer a alguien; ese alguien debe saber que vas a ir, debe avisar que lo visitarán y luego salir por ti. Y eso no es todo: a cambio de tu identificación oficial te dan un gafete de visitante. Nadie quiere aventarse la bronca de dejar pasar a una actriz para que deje su currículum, pero yo estaba decidida a hacer mi mejor esfuerzo. Tenía que tocar mil puertas, y una de ellas seguramente se abriría.

Me vestí chulísima: pantalones blancos muy embarrados, blusa tipo *halter* color mamey, cabellera ondulada, cara maquillada y con unos lentes espectaculares de colores degradados que se pueden usar en interiores, con brillitos y un logo resaltado en dorado. Un atuendo derritehuevos. Las zapatillas eran las más altas que tenía (llevé *flats* para cuando tuviera que regresar a casa). Cuando ando trepada en tacones me siento divina; el encanto se acaba a la hora de bajarme de ellos.

Llegué muy amable. Dije que iba a dejar material; agarraban mi hoja sin verla, la colocaban en una montaña de papeles de gente como yo, que inocentemente creemos que algún día nos van a voltear a ver. Cuando estás preparando tu *book* de fotos y posas frente al fotógrafo, piensas que estás en la cima, que vas a ser descubierta y que, de la noche a la mañana, tu nombre será símbolo de éxito. Me acuerdo aún de mis poses mirando a la cámara, de mis cambios de ropa: sentía que cada poro de mi piel exudaba encanto y belleza.

Hubo un momento en el que sentí una mirada que me hizo voltear. Me escaneaba de arriba abajo. Coqueta, sonreí cuando esos ojos se toparon con los míos. Era un tipo común, con aires de grandeza, bien vestido.

—¿Quieres dejar de comer nopales? —fue la frase que usó como saludo.

—¿Cómo? —pregunté, algo turbada.

No había entendido su comentario.

—¿Quieres trabajar? ¿Te urge? —dijo mientras revisaba sus uñas, que



parecía que acababan de pasar por una sesión de manicura.

—Ah, sí. Claro —respondí un poco confundida, mientras seguía posando.

—Bueno, pues entonces ya sabes cómo —dijo sin dejar de mirar sus uñas.

No quise entender lo que me estaba diciendo, así que contesté:

—Creo que prefiero seguir comiendo nopales antes que tener que cogerme a alguien como tú —se lo dije con la misma sonrisa y en el mismo tono con que se había dirigido a mí. Al mismo tiempo le lancé una mirada retadora. Me puse los lentes y fingí entretenerme acomodando mis fotos. La sesión había terminado.

En otra ocasión, mi madre me dijo que le habían hablado de un señor que trabajaba en una de las televisoras grandes, que lo llamara. Así lo hice. Lo llamé en innumerables ocasiones. Sí, sí. Lo llamé durante diferentes días a diferentes horas, hasta que lo encontré. Me pidió mi teléfono y estuve esperando su maldita llamada día tras día. ¡Cómo emputa y cómo desespera eso! ¡Esperar, esperar y esperar hasta que a los weyes se les hinchen los huevos y te llamen! Neta que dan ganas de agarrarlos a latigazos para que aprendan quién es su madre. En serio que emputa. Más cuando estás en esas condiciones, el tiempo se hace más lento. Ves y ves y ves y ves el pinche teléfono, como si tuviera vida y con tu mirada fuera a despertar y a sonar... ¡Ni madres!... Cuando al fin suena crees que es esa llamada, y no. O es alguna amiga que está ansiosa por contarte sus historietas fogosas o alguien que se equivocó. O alguna pinche esposa engañada y mal cogida que anda viendo si su maridín no tiene que ver contigo. ¡Que se jodan! Una esperando una llamada importante y la gente con sus pendejadas. Esa llamada era como ganar la lotería, o no sé... Al menos así me pasó. No quería salir a ningún lado por si me llamaba. Si tenía que salir, le encomendaba a mi madre que por favor no se despegara del teléfono. Al regresar veía el aparato como si fuera una persona que me podía contestar si habían llamado o no.

Ya habían pasado suficientes días, así que empecé a desanimarme y, ¡chanclas!, fue justo cuando me llamó el fulanito. La llamada que esperé durante semanas duró menos de un minuto. Me citó en su casa.

Llegué despampanante, con mi “curri” y mis fotos. Me recibió un señor completamente normal a la vista, como de unos cincuenta años. Con pantalones de mezclilla, camisa tipo polo, o sea, un don arregladito, pero

cero *glam*; “equis”. Me llevó a su sala. Me senté en un sillón en el que me hundí y casi levanté las patas al techo. Dentro de mí dije: “¡Ay, cabrón!”

Con una sonrisa estúpida me incorporé y traté de continuar con la plática. Le dije a aquel hombre lo que había hecho, las cosas en las que había estado trabajando hasta ese momento... De repente sacó una pipa y la relleno de mota; como quien ofrece un vaso de agua o una soda, me la ofreció. Sonreí y le dije que no. Los gestos de su cara se endurecieron y me dijo:

—¡No me digas que no le entras, si eres actriz!

Para no negarme la oportunidad o cerrarme una puerta, sólo dije:

—No es que no le haga; es que en este momento no me apetece.

De esa manera no se sintió agredido por mi actitud, así que siguió hablando, inspirado por su vasta experiencia. Cuando los pulmones le daban un poco de aire para hablar, lo hacía, porque contenía el aire para sentir el golpe de la marihuana. De repente, de tanto sostener el aire, le daba tos; apenas se volteaba para toser y continuaba hablando del mar de Colima, de sus amigos de la prepa, de sus hijos, de la bruja de su ex esposa, etcétera. De todo, menos de mi carrera. ¡Hijo de su reputísima madre!

Así que después de tres horas decidí decirle que me tenía que ir. Me dolían las nalgas, ya no sabía en cuál lado recargarme. Tal vez porque estaba a la defensiva, no sabía si de un momento a otro se aventaría sobre mí. ¡¿Qué tal si me pedía que le hiciera sexo oral?! Después de todo, ese tipo y yo estábamos solos. ¡Ay, no, qué horror! Lo imaginaba desnudo y me entraban las náuseas, con su pirrín guango.

En esa casa enorme, aunque gritara, seguramente no se escucharía. Me fijé si existía algún adorno del que pudiera hacer uso en caso de llegar a necesitarlo. Lamenté no traer una navaja, algún instrumento con el que pudiera defenderme. Por fortuna no fue necesario. Me levanté de mi lugar para decirle que tenía un “llamado”. Me dijo que sentía mucho que nos hubiéramos desviado un poco de la conversación y me pidió que regresara el siguiente viernes.

Salí a respirar el aire, a sentir el sol. No podía creer lo que acababa de pasar, pero aún tenía la ilusión de que, tal vez, ese hombre podría ayudarme, así que regresé el viernes. ¿Cómo chingados no? A veces la liebre brinca donde menos esperas.

Esta vez trataría de ser yo la que llevara la conversación. Y lo primero que le preguntaría sería sobre lo que podría hacer por mí. Ajá.

Esta vez, desde que abrió la puerta el wey ya tenía la pipa en la boca. “¡No puede ser!”, pensé. Así que sólo inhalé fuerte y me armé de paciencia. Hablamos, mejor dicho, habló él... ¡Uta! Me contó que había sido marinero, me habló de sus libros favoritos, de sus películas predilectas, de la bruja fea, su ex esposa... Hasta que llegamos al tema de ¡mis chichis!, que si estaban operadas o no, que si tenía pecas en los hombros entonces seguramente también las tenía en las chichis. ¡Putas! ¡Pinche viejo!

En ese momento decidí levantarme e irme. Ya me había tomado dos yakults porque no acepté la copa de vino, ni el tequila, ni el ron ni el whisky que me ofreció.

Este pobre ciudadano lo que necesitaba era un interlocutor, y si era mujer, ¡mejor! Y si le metía a la yerba, ¡aún mejor! Y si se aventaba a jugar “al papá y a la hija”, todavía más. A mi madre no le platiqué todo el pedo; sólo le dije que era un viejo raboverde al que le interesaron más mis chichis que mi *book*. Pobre guaso.

Todos los días, cuando iba a dejar a mi hermana, mi cuñado se acercaba a mi mamá a contarle un nuevo chisme. Llegó el momento en que no sólo mi hermana y mi madre me regañaban, sino que él también me acusaba de ser burra y pedía que ya me sacaran de la escuela, diciendo que seguramente ya había perdido la virginidad y que todo lo que gastaran en mí era un esfuerzo inútil. Mariana no veía con malos ojos que se me tratara de esa manera. Al fin alguien me ponía un hasta aquí. Los pleitos eran cotidianos. Nada más era cosa de verme y empezar a fregar.

Predijo que sería una puta. ¡Tenía trece años! No tenía amigas, ni amigos, ni adicciones. Por la religión de mi madre, ni mi hermana ni yo utilizábamos ropa sexy o escandalosa, nunca. Las palabras *golfa*, *zorra* o *puta* no estaban en nuestro vocabulario. La primera vez que escuché la palabra *puta* fue gracias a él. Hasta ese momento, la frase más ruda que decían mis amigas de la secundaria era “¡Te manchaste!” Ellas la decían; yo no podía hacerlo, porque mi madre seguramente me había reventado la boca de un fregadazo.

Mi cuñado decía que mientras mi hermana y mi madre estaban trabajando, yo andaba en la calle con los muchachos, que lo mejor era que me internaran porque, si no, iba a terminar de puta. Mi madre le creía todo.

Me castigaban, no me dejaban salir con mis amigas ni ir a sus fiestas de quince años. Mi madre corría a las niñas que iban a buscarme a mi casa; les decía que si no tenían nada que hacer, no lo fueran a hacer a la casa.

¿Por qué le habré gustado a mi cuñado para que me soltara esas palabrotas? Lo ignoro. Las pocas veces que me di a la tarea de mantener una conversación con él, era un caramelo. Me agarraba la mano, la besaba, y luego me besaba de cachete, el suyo lleno de hoyos de acné. Dulce y preocupado por lo bonita que me estaba poniendo. Le gustaba rodear mi espalda y bajar su mano hasta mi cintura. “Cuñis”, me decía, mientras me acercaba a su cuerpo, a sus lonjas. Cuando mi hermana y mi madre estaban enfrente, no me saludaba; tenía que hacerlo yo. Según él, yo era un verdadero demonio con el que debían tener mucho cuidado, porque estaba a un tris de convertirme en una golfa. Según él ya me había visto y toda la colonia le había hablado de mis andanzas con los hombres.

Como mi querido cuñado era doctor, con bata blanca y título, seguramente tenía razón. Porque un doctor no se iba a andar preocupando por levantar falsos a una estúpida escuincla deseosa de saber de qué se trataban los novios, los besos, la regla, bla, bla, bla. Él tenía cosas más importantes que hacer; por eso le creían.

—¡Dios mi padre! —se santiguaba mi madre.

—Lo que esta niña necesita son correctivos, de otra manera no va a lograr ser alguien —decía mi “cuñis” con voz engolada, como locutor de radio de la XEW.

Sus manos pequeñas, regordetas y prietas se preparaban para iniciar un concierto.

—A ver, ¿por qué te pintaste la boca? —decía con suspicacia delante de mi madre. Cuando me atacaba, su semblante enrojecía y sus ojos se abrían; era como un director musical cuando está dirigiendo su orquesta. El cabello se le salía de su lugar, se descomponía. Parecía que encendían un ventilador justo en su cabezota.

—Porque ya terminé mi quehacer y mi tarea, y no tenía otra cosa en qué ocuparme —le contestaba.

—¿Lo ve, señora?, ¿lo ve? Pero si no hay más que mirarla. Mírela usted con sus propios ojos, escúchela. “Porque no tiene otra cosa en qué ocuparse.” ¿Eso qué significa, señora? ¿Qué significa?

Mi madre, azorada, levantaba los hombros sin saber qué contestar. Mi cuñado aprovechaba esos momentos y decía con una voz llena de virtud:

—La pereza es la madre de todos los males. Y a esta niña, señora, le auguro que le va a ir muy mal; no le veo un futuro de provecho. Si no pone usted el remedio ahorita, olvídelo. Olvídelo. Es ahora o nunca.

Bufaba y movía la cabeza negativamente. Le salían gotas de sudor de la nuca; sacaba su toallita de tela y se secaba. ¡Su sermón era agotador!

—Señora —continuaba mi cuñado—, en mi adolescencia usted no me habría reconocido; era lo que se conoce como un rebelde sin causa. Pero cambié gracias a que mi padre, mis padres, mi religión, el padre Gonzalo, que Mariana conoce, tuvieron el tino de marcar mi camino con mano dura. Recuérdelo, señora: hay cosas que sólo entran —señalaba su cabeza— con sangre.

Fernando tenía una manía asquerosa: cuando se sentaba a platicar o a comer, lo hacía con la mano en el pecho, debajo de su camisa; tocaba una y otra vez su pezón. Estuviera donde estuviera.

Mariana lo veía a él, agachaba la cabeza y no se movía. Era como siempre. Callada. Yo no parpadeaba; seguramente lloraba, pero no podía perder detalle de su discurso. En mi cabeza dibujaba una escena de una obra de Shakespeare. Era Otelo cuando acababa de enterarse del engaño de Desdémona. Veía cómo le salía saliva de la boca, porque salpicaba al hablar. Estaba indignado, conmovido por mi conducta. Observaba cómo se movía su cabello lleno de vaselina, peinado hacia atrás; su piel enrojecía, pero sólo por áreas, una parte de la frente y los cachetes. Sus ojos estaban inyectados; eran como los de un lobo a punto de hincar el diente a su presa. Me asqueaba tanto verlo en su conjunto; era como mirar a un animal salvaje tragarse a un roedor. Me conmovía su discurso, sobre todo por su insignificante origen.

Por otro lado, cuando se enteraba de que tenía dinero, a escondidas me pedía prestado. Con todo el dolor de mi corazón, y por tratar de hacer las cosas más llevaderas en mi casa, se lo prestaba, para que así por lo menos detuviera su lengua viperina. El efecto duraba unos días, deteniendo también sus restregadas. Como los gatos cuando se te repegan. Después volvía a la carga. Quería callarlo, ponerle algo en el hocico para ya no escuchar su cantaleta, pero no podía hacerlo. Les juro que sabía de antemano, por su tono de voz, cuando traía ganas de buscar pelea...

El dinero nunca me lo devolvía; era mejor pedirselo a Mariana o quedarme callada. Por debajo del agua ella me pagaba, porque mi cuñado, ni madres. No le remordía la conciencia por nada. Las escrituras de las

propiedades de sus padres, de sus tías solteronas, todo lo tenía embargado a cambio de dinero; lo que alguna vez tuvieron de alhajas mi hermana y él también lo empeñó. Sus padres, ya viejos, se tronaban los dedos para recuperar sus escrituras. Él siempre tenía proyectos para llevar a cabo. Estaban por apoyarlo, de un momento a otro recibiría el dinero, y les pagaría lo que les debía y más, para que vieran la grandeza de su corazón. Mariana nunca le contó a nadie de todas las cadenas y los anillos de oro que desaparecieron de su alhajero. Sabía bien quién los había hurtado. Por eso guardó silencio.

Una de las tías le dio permiso de vivir sin pagar renta en uno de los lugares más exclusivos de la ciudad de México, San Ángel. Nunca hizo ninguna remodelación o adecuación que incrementara el valor catastral del lugar. Al contrario, antes de morir la tía (dueña de la propiedad), mi cuñado vendió la casa, en pagos porque no hubo nadie que le diera el dinero completo. Él, inteligentemente, invirtió el dinero para comprar un departamento de interés social. Lo demás nadie sabe en qué se lo gastó. A Mariana y a sus hijas no les dio absolutamente nada; sólo las refundió en ese departamento.

—¿Qué te pareció semejante cambio? —le pregunté a Mariana.

—Mira, él quiere disfrutar de su dinero y yo no lo voy a convencer de lo contrario. Quiere poner una clínica o un hospital, ya no sé ni qué decirle. Que haga lo que le dé la gana. El día de mañana no me podrá decir que por mi culpa no hizo esto o aquello —respondió mi hermana.

—Y el bienestar de las niñas, ¿no importa?

—Sí, claro que sí. Pero él piensa que tiene razón.

—¡Pero no la tiene! No es lo mismo vivir en San Ángel que vivir en un multifamiliar —dije enojada.

—Ya sé. Pero sólo la realidad lo va a hacer recapacitar.

—¿Y si no lo hace? Te está llevando entre las patas. Tú ya estás bastante grandecita para decidir qué quieres hacer con tu vida, pero tus hijas no.

—Pues sí. Yo espero que lo viva, que entienda y que eso lo haga recapacitar.

—Allá tú... No opino lo mismo... Me duelen las niñas... Pero mejor hablemos de otra cosa, porque ya me estoy encabronando. La que espero que recapacite eres tú.

No sabía cuánto tiempo necesitaba Mariana para deshacerse de mi cuñado. ¿Hasta cuándo se daría cuenta de que no necesitaba tener un

marido para coger, porque con él seguramente mal cogía? Estoy absolutamente segura de que ni siquiera sabía qué chingados era un orgasmo. Y menos, muchísimo menos, formar un hogar y una familia. ¿Cuándo se iba a dar cuenta de que les hacía más daño a las niñas con una relación enfermiza, con base en gritos y tan escasa de amor? ¿De qué les servía la figura masculina a mis sobrinas? Con esos ejemplos, creo que era mejor NADA.

Me hubiera gustado que se preguntara: “¿Para qué me casé?” Y que tuviera los calzones suficientes para aceptar la realidad. Se casó porque quería ser libre, porque ya no aguantaba a mi mamá. Se casó porque ya no quería seguir dándole su dinero a mi madre. Pero ella siempre me salía con su cantadito: “No sabes cómo ha cambiado. Del hombre que conocí al hombre que es hoy, es otro. Ya no es como antes. Ahora es tan diferente; ojalá te dieras la oportunidad de conocerlo un poco más... No sabes cómo me encantaría que fuéramos una familia unida...” Shalalá, shalalá. ¿Desde cuándo se había erigido como salvadora de almas? ¿Por qué no se salvó a sí misma?

Me le quedaba viendo fijamente. ¿Sabía con quién estaba hablando? Me daban ganas de despertarla y decirle: “¡Hey! Soy yo, Renata; no tienes nada que ocultar, nada que cubrir, no finjas”.

¿A quién creía que engañaba? Ellos no parecían para nada ser una familia feliz. Nunca me quedó claro para qué me lo decía. ¿Para que mi opinión acerca de él y de ella cambiara?

Si era para que mi opinión acerca de él cambiara, era inútil. Y si era para que no pensara que ella había hecho una mala elección, menos. Se casó, se chingó. ¿O tal vez era para que ella no decayera ante mis ojos? Mmmhhh.

¿De qué le sirvió casarse? Se casó por las razones equivocadas. Porque ahora no es libre; ahora tiene que cuidar su dinero; y no sólo eso, también sus joyas, sus pertenencias, porque en cualquier momento él se las puede desaparecer. A veces trataba de imaginar a mi hermana debajo de ese animalón: ¿cómo le haría para respirar? O sólo que mi hermana fuera la que se ponía a horcajadas encima de él... Pero por más que intentaba no podía imaginarla encima de ese oso jijo... acostados. La cara de mi hermana le llegaba al pecho a su viejo. Con una arremetida de ése, y con todo lo que sudaba, ¡hijo de la chingada! Seguro eso se convertía en algo similar a una lucha en lodo. ¡Ja!

Y para colmo, sin tener la más mínima idea de lo que significa el placer.

¡Ah, pero tiene un título! ¡Pobre, no puede darse cuenta del precio que está pagando por ese título! ¿Hasta cuándo nos daremos cuenta de que las mujeres somos valiosas por nosotras mismas? ¿Que no necesitamos del apellido de nadie para tener hijos y mucho menos para educarlos? Mariana se salió de la casa en busca de la libertad pero, con el botijas que tiene por marido, dudo que tenga la libertad que soñaba. Pudo haberse salido de la casa, trabajar para ella y, cuando se le diera la regalada gana, embarazarse. Dejó la tiranía de mi madre para encontrar otra igual o más intensa.

Me llevo bien con mis sobrinas, aunque lo hago mejor con Pao, la grande, que ya está estudiando en la UAM. La otra toma clases en el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM.

Nunca les presenté, como pareja, a ningún novio, ni a nadie que estuviera a mi lado. Tal vez fue por precaución. La opinión de mi “cuñis” me tenía sin cuidado, pero evitaba darle elementos para juzgarme... más. Preferí poner distancia entre nuestras vidas.



Aún tenía quince años cuando conocí a Jorge, un estudiante de la carrera de arquitectura, vecino de la colonia donde yo vivía. Alto, guapo, atlético. Tenía un Mustang. Me gustaba mucho, pero siempre adoptó el papel de padre, como que siempre quería enseñarme. Me trató como si fuera su alumna, nunca como una chica que le gustaba. Las citas generalmente eran en su casa, donde vivía con su padre y con una hermana más o menos de mi edad. Me pedía que le ayudara con sus tareas. Yo me aburría haciendo cosas que no tenían sentido para mí. Su filosofía de la vida era conservarse sano para que, cuando se casara y tuviera hijos, éstos fueran profesionales deportivos. Pensaba que si llevaba una vida recta, sus hijos serían iguales. Para mí eso era demasiado; si ni siquiera sabía qué iba a ser de mi vida, mucho menos iba a programarme para los hijos que tuviera.

Cuando él hablaba lo decía muy serio, sobre todo muy convencido de que ésa sería su realidad, su vida. Era algo muy plano, muy sin sentido. Para ello planeaba no embarazarse a nadie hasta que eligiera a la mujer con la se casaría. Al oír eso siempre me rebotaba en la cabeza: “¿Qué hago aquí?” Un día me llevó a una colonia en la que su padre rentaba unos cuartos; fuimos a cobrar las rentas. Uno de los cuartos no estaba ocupado, donde él tenía una cama y no me acuerdo qué más. Entramos a ese cuarto, se acostó y me dijo:

—¿Sabes cómo acariciar a un hombre?

Me quedé parada, estática, muda. Al fin, le pregunté:

—Los besos son caricias, ¿no?

Soltó una gran carcajada.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado —dijo.

Empezó a besarme la mejilla, luego se bajó al cuello; pero no sentí rico. De alguna manera no era parte de mí. Sus besos eran fríos, como muy mecánicos. Un besito en la boca, luego en la orejita, luego bajarse a la espaldita, hubiera sido más excitante. En cambio, mientras besaba mi mejilla y mi cuello, con besos encimados —sus labios sobre mi cuello, pero secos, sin ninguna intención—, fue desabrochando mi blusa. Me la quitó. Yo sólo me dejé llevar. No me agarró las bubis, ni me dio un beso en

la boca. Cuando vio mi brasier, me dijo:

—Cuando remiendes tu brasier, hazlo con hilo del mismo color para que, si un hombre ve tu ropa íntima, no piense que eres una fodonga. Tu sostén puede ser viejo, pero haz que se vea limpio y decente.

“¡Ah, chinga!”, pensé. Ahora resulta que coser los sostenes con hilo de otro color es una indecencia. ¿Indecencia no es cometer actos inmorales? Nunca en mi vida habría relacionado un puto hilo de coser con un acto inmoral. Si no le gusto a este cabrón, ¿qué chingados hace conmigo? Después de la lección de los hilos del brasier, y así como que en frío, po que eso enfriaba a cualquiera, ¿no?, pues no había hecho nada que me calentara los ánimos o me levantara el espíritu —es más, ni una agarradita de bubis, ni besitos cachondos, nada— se desabrochó el pantalón y sacó su miembro. Me le quedé viendo.

No supe qué hacer. Él estaba acostado, con la cabeza y el cuello recargados en una almohada, y yo sentada, sin blusa, con mi brasier beige, cosido con hilo negro. Y me enseñó su... Nunca había visto uno, ni siquiera había imaginado que eso tienen los hombres debajo de los pantalones. En medio de una mata de pelos gruesos y negros, se erguía un pedazo de carne como del tamaño de un pepino...

—¿Nunca habías visto uno?

—No —contesté, turbada.

—Ven, tócalo.

—¡Ah!

Estaba muy sorprendida, pero no sentí nada. Nada. Era grande y estaba duro; para mi gusto se veía muy feo. En mi vida había visto o pensado en un pene. Realmente son feos. Puse mi mano encima, como si fuera una mesa, algo plano. Sólo coloqué la mano así, estática. Sentí un poquito de miedo y asco, pero traté de disimular lo mejor que pude. Parecía que esa cosa tenía vida propia y que de un momento a otro me iba a brincar.

—Mira, se toca así —dijo.

Agarró mi mano y la puso sobre su miembro; luego hizo que lo moviera hacia adelante y hacia atrás. Él miraba cuidadosamente mi cara, mis gestos. Yo trataba de no reírme, porque él actuaba muy serio. Era una clase de anatomía. Literalmente. Lo hice, pero yo seguía sin sentir nada. ¿Se supone que tenía que sentir algo? ¿Cómo iba a sentir algo que no fuera

asco al agarrarle eso?

—Bésalo —ordenó.

Me le quedé viendo al miembro; sentí que me embargaba la angustia. Tragué saliva, no sabía cómo negarme. Esa cosa larga, morena, con la punta un poco roja, me miraba fijamente con su ojo de cíclope, por el que salía una pequeña gota transparente, como si el pobre tuviera una lágrima. ¡Gulp! Seguramente, si me decían que esa cosa era un extraterrestre, lo hubiera creído. Me decía a mí misma que mientras más rápido lo hiciera, más rápido nos iríamos. Él me estaba haciendo el favor de enseñarme. Y actuaba como maestro. Dejé de pensarlo y de un momento a otro puse los labios en medio de su miembro; lo besé como besas la mano del sacerdote cuando vas a misa.

—¡Mua!

—¡Así no! —dijo—. Abre la boca —ordenó, tomando su miembro.

La abrí. Y lo metió en mi boca. Entre la nariz y mis labios tenía una mata de pelos negros y en mi barbilla podía sentir un par de bolas. ¡Guácala! Recordé la gotita, la lágrima que estaba saliendo de su ojo de cíclope, adentro de mi boca. No sabía qué hacer con eso adentro. Lo único bueno de todo fue que no me ordenó que lo tragara. Así que yo seguía con el hocico abierto, su miembro adentro y las bolas afuera.

—Chúpalo —ordenó.

Seguí sintiendo un asco enorme. El tiempo se me hacía eterno; quería que se acabara la lección rapidito. Saqué su miembro de mi boca y dije:

—¿Cómo?

—Dale unas chupadas, como si fuera una paleta de hielo —dijo con un poco de fastidio, pero sin perder la seriedad.

—¿Así? —pregunté.

Di varios lengüetazos a su miembro, pero al parecer tampoco era así.

Tomó mi mano para que sujetara su miembro y lo metió a mi boca; con la otra mano agarró mi nuca y me dijo que no me moviera. Metió y sacó varias veces su miembro. Cuando dejé de aguantar la respiración, sentí cómo su pene llegaba a mis anginas y me zafé. Quise vomitar, pues aquella cosa me había tocado la faringe y no había sido nada grato. Se me llenaron de agüita los ojos. Sentí requetefeo, por eso le dirigí una mirada de asco. Ya no podía seguir fingiendo. Fastidiado, agarró su miembro y lo guardó. Mientras, con mi antebrazo yo trataba de limpiarme la boca, la lengua y las lágrimas que asomaron a mis ojos.

—Aunque ahora te parezca asqueroso, alguna vez te va a gustar y lo vas a disfrutar. Y lo más importante es que cuando aprendas a hacerlo vas a hacer feliz a un hombre. Esto, cuando lo sabes hacer, es delicioso.

La neta, puse cara de incrédula. Eso era una verdadera cochinidad. Él, su miembro duro y su estúpida filosofía barata de la vida podían irse a la chingada. Decidí no volver a verlo más. Según mis parámetros, era un verdadero pendejo. ¿Quién le dijo que quería hacer feliz a un hombre? Yo andaba en la aprendida de los besos y la agarrada de bubis y este pendejo no sabía ni besar. Allá él, sus enseñanzas y su chingado miembro.

Dos meses después lo encontré en la calle, cuando me dirigía a mi casa. Él estaba en una esquina con su hermoso automóvil. Me dijo que me llevaba a mi casa. Me daba igual, así que acepté. En el camino me confesó que yo le interesaba, me dijo que era una mujer inteligente, y que incluso a veces le parecía una mujer guapa. ¡Uta! Qué halagador. Me preguntó si había puesto en práctica sus enseñanzas. “¡Obviamente no! Nada más eso me faltaba, andar buscando miembros para hacerles sexo oral. ¡Qué asco!”, pensé. Le dije que no. Era cierto. Quedamos en tomarnos un café el sábado siguiente. Ese día fuimos al cuarto aquel; otra vez lo mismo, pero ahora no me quité ni la blusa. De todos modos ni me hacía nada. Me dio un beso en la boca, frío, y me llevó la mano hacia su miembro. Hice lo que me había enseñado, primero con la mano y luego con la boca. Como a los diez minutos, que a mí me parecieron una hora, y cuando ya no aguantaba el dolor de la mandíbula, dijo:

—Es suficiente.

Me alivió poder cerrar la bocota. Sobé mi mandíbula para atenuar el dolor. Él tomó su miembro y lo guardó. Muy serio.

—Lo hiciste mucho mejor. Casi logras que termine —dijo, mientras subía el cierre de su pantalón. Se levantó, se acomodó la camisa y se abrochó el cinturón, como si fuera a participar en una ceremonia.

No entendí nada. Eso de que casi logro que termine, ¿terminar qué? De regreso a mi casa no escuché nada de lo que dijo. Estaba como en el limbo. Seguía sin entender. ¿Para qué carajos me buscó? ¿Qué termina? Decidí que ésa sería la última vez que lo vería; ahora sí iba en serio. A mí me estaba esperando la fama. Iba en camino de convertirme en una gran actriz y tipejos como ése seguramente iba a encontrar muchos en el camino.

Cuatro años después, y andando en este desmadrito de la artisteada, un día fui con unos colegas a un antro de nombre Papa's en la Zona Rosa. Era un club privado; nosotros éramos como cinco, todos del medio artístico. Me había tomado dos *gin&tonic*. Sonia, una morenaza escultural, y Roberto, llevaban rato haciéndose señas, pero yo no lograba interpretarlas.

Hubo un momento en el que salieron del antro. Me salí con ellos; no me habían invitado, pero yo me les pegué.

—¿Qué onda traen? —pregunté.

—¡Shhh! ¡Cállate! Tranquila —dijeron a coro.

Sonia y yo caminábamos del brazo de Roberto.

Querían fumarse un churro de marihuana. Me pareció padre la aventura, como que con ondita. Y digo, después de todo, estaba con mis amigos, no había pedo. Me sentía segura.

—Si me pongo mal, me agarran o me dan de cachetadas hasta que reaccione —les pedí—, no me vayan a dejar sola.

—¡Ya fúmale! No la hagas de pedo —me respondieron.

—¿Cómo le hago o qué?! ¿Le doy el golpe y ya? —pregunté, desconcertada.

—Sí, dale el golpe, pero no saques el humo. ¡Pendeja! ¡Chúpale otra vez! —me regañó Roberto—. Ándale, ahora aguanta el aire; aguanta, aguanta. Ya, ya, ya. Eso es todo. ¡Órale con la Renata! Tienes talento, mi reina, tienes talento. ¿Cómo te sientes? —preguntó, mientras sonreía y mostraba sus dientes blancos, largos y parejos.

—¡Sin un pinche gramo de talento, pendejo! —contesté.

La frase no era chistosa, pero los tres nos zurrarnos de la risa. Neta. Empezamos a reírnos como pendejos.

Después de ponernos algo de loción para el cuerpo con fragancia de durazno que yo traía en mi bolso, para disimular el olor a “mois”, regresamos al antro luego de haberle dado varias fumadas al churro. Sonia insistía en que nos portáramos normal. No sé por qué decía eso. Yo me sentía a toda madre, todo me daba risa, me doblaba de las carcajadas. Pero para que Sonia no la hiciera de tos, me aguantaba. Ni pedo. Se nos quedaron viendo a la entrada los guarros de seguridad; traté de no verlos. Llegamos a nuestros lugares, donde seguían nuestros cuates. Me senté e intenté seguir tomando mi *gin&tonic*.

El piso empezó a moverse. Volteé a ver a los demás y vi que todo mundo se estaba divirtiendo. Pensé que seguramente la ondita del piso era por la

mota.

Cuando tomo alcohol y me siento mareada, me paro a bailar y se me baja en chinga. Así que apliqué la misma técnica. Me puse a bailar sola, mientras todos lo hacían en parejas. Necesitaba moverme, porque la mota y el alcohol estaban empezando a cobrarme la factura. No sé si estaba bailando de manera eufórica, pero sentía que todos volteaban a verme. Avergonzada, me fui a sentar. Fue peor, porque sentí que todos los que pasaban por la mesa en la que me quedé venían por mí; creía que alguien llamaría a la policía y me entamarían. ¡No mames!

No sé cuánto tiempo pasó, pero Roberto y Sonia me hacían señas de que le bajara. Yo no tenía ni puta idea de lo que quería decir ese par de weyes. Pasaron algunas horas y de pronto me encontré en el baño del antro, guacareando en la taza del escusado. Sonia y Alicia, otra de mis amigas, me echaron agua con hielos en la nuca, me dieron café; no sé de dónde lo sacaron. Me sentía muy pesada. Cuando salimos del Papa's no había nadie, sólo uno que otro mesero y los weyes pinchitos, estilo guarros, que cuidan la entrada.

Yo era la irresponsable que iba a llevar a todos a sus casas, sí, la única que traía auto. Uta madre. Esperaban a que se me pasara o buscaban un taxi. Las únicas que se quedaron conmigo fueron Sonia, que vivía en Coyoacán, y Alicia, que vivía en Prados de Churubusco. Según ellas, me había cruzado.

—¡Pinche Sonia! Lo bueno es que tengo talento, pendeja. Si no, no sé cómo me hubiera ido —le dije a mi morenaza amiga, a manera de reclamo.

Yo creo que eso de andar en las drogas no era lo mío. Tuve la experiencia, pero no me gustó. Alguna vez me invitaron una línea de cocaína, en la casa de un productor.

En una ocasión, platicando con mis amigos Sonia, Alicia y Roberto, tocamos el tema de la prostitución. Habíamos ido a Cuernavaca a la maravillosa ex Hacienda de Cortés. Ya habíamos regresado del centro, y estábamos disfrutando del sol, margaritas y micheladas. Éramos los únicos huéspedes.

—¿Te has prostituido, Roberto? —preguntó Sonia.

—¡Ay, pendeja! ¿Qué crees?, ¿que nada más porque ando de caliente ya quiero con todos los que se me atraviesan enfrente? —se defendió Roberto

—. Ser gay no significa andar de puta, ¿eh? Te aviso, para que te informes. Hemos gays fieles y gays golfas, de todo, como ustedes los bugas.

—¡Roberto, no mames! Sólo es una pregunta. No te ofendas... —dije.

—La pregunta es si te han pagado por tener sexo —dijo Alicia.

—¡No! ¡Nunca! —dijo Roberto, aún ofendido.

—Mira, ya bájale de huevos, Roberto. Hice la pregunta nada más porque sí. Digo, si se lo preguntas a una mujer es una gran ofensa. ¡No mames!

—Es cierto —agregué—. A cualquiera la ofende esa pregunta.

—¿Ves, querida?, por eso te pregunté a ti —dijo Sonia, refiriéndose a Roberto—. Tú, wey, eres como una de nosotras, como una hermana, pendeja. No es por ofenderte.

—¡Ah, bueno! Sí me estaba ofendiendo —dijo Roberto tratando de tranquilizarse.

Se puso la mano sobre el corazón, para apaciguarse.

—Pues no te lo tomes a pecho, pendeja. Ya sabes que para mí eres como mi hermana, mensa —dijo Sonia.

—Ya, ya, ya. No había entendido. Ya párale, Sonia. Ya entendí —dijo Roberto.

—Oigan, ¿habrá pedo si nos echamos un churro? —dijo Sonia mirando a todos lados.

—Ahora la que se la mamó fuiste tú, Sonia. ¿Desde cuándo te ha preocupado que haya pedo? —dijo Roberto.

—Bueno, no vaya a ser que nos corran de aquí... —dijo Sonia.

—Toma, pinche Sonia; también te quiero como si fueras mi hermana —dijo Roberto.

Le extendió un churro. Alicia y yo volteábamos a todos lados, para ver que no viniera personal del hotel. A lo lejos sólo estaba un jardinero que podaba los hermosos jardines de la hacienda. El barman acababa de servirnos nuestras bebidas, así que por el momento no había problema. Me invitaron de su churro pero no quise; les dije:

—¡No quiero, pendejas! La vez que la probé, ya ven cómo me puse. Sólo que quieran que ande corriendo por todo Cuernavaca porque me andan siguiendo.

—¡Noooo! No mames, no. Así déjalo, Renata —dijeron mis amigos, zurrados de la risa.

—Imaginen este cuerpecito santo corriendo *topless* en las calles de Cuernavaca. Ja, ja, ja.

Total, que ni Alicia ni yo quisimos yerba. Estábamos muy a gusto, tirados sobre el pasto, junto a la piscina con sus grandes columnas de cemento estilo romano. Sonia, después de tres golpes de mota, continuó interrogando a Roberto:

—Roberta, mana, ya platícanos la neta: ¿alguna vez te han pagado por hacer uso de tu c...? Ja, ja, ja.

—¡Ah, cómo friegas, Sonia! Bueno, ya, les voy a contar para que vean cómo las quiero, cabronas... *Put attention!* —dijo Roberto.

—Se dice *Pay atención!*, ¡wey! —corregí.

—Me entendieron, ¿no? —se defendió Roberto.

—Bueno, pues...

—Ya, Roberto, dinos —dijo, suplicante, Alicia.

—Si ya nos vas a contar, pues suelta... ¡chingá!

—Pues no, nunca he cobrado —dijo Roberto, muy serio.

—Aparte de puta, eres pendeja... Roberto, no mames... —dijo Sonia, que empezaba a hablar pausadamente, como si estuviera a punto de dormirse.

—¡Ah, no! A mí no me vas a decir puta. Dime perra, golfa, marica, si quieres; puta no —protestó Roberto.

—¡Ah, chingá! ¿Y cuál es... la puta... diferencia... entre... puta, perra y golfa? —preguntó Sonia.

—¡La intención! ¡La puta intención! Y, obviamente, el pago... —dijo un Roberto muy seguro y más listo que de costumbre.

—¡Ay, cabrón! Ahora sí... estás... ca... brón... Hasta filó... so... fo... me saliste... —dijo Sonia mientras seguía inhalando el churro de marihuana—. La intención... la intención... ¿de qué?

—¿La intención con que aceptas tener sexo? —pregunté.

—Sí —contestó Roberto—. Puedes aceptar tener sexo con la intención de lograr favores más adelante, o de chantajear a alguien, o sólo con la intención de obtener placer...

—Creo que aún no le hemos dado el peso al sentido de la intención. La intención también la menciona la Biblia... —repliqué.

—Ya, ya, ya entendí... —dijo Sonia a Roberto—. ¿Quieres más, o lo apago? —añadió, refiriéndose al churro.

—No, no lo apagues; me echo la bachicha —dijo Roberto—. Yo siempre he cogido sin otra intención que la de sentir placer...

—Yo también —dijo Sonia.

Hizo acto de presencia un mesero. Nos preguntó si deseábamos otro



trago. Todos dijimos que sí.

—He tenido a mi marido y a mi amante —dijo Alicia, retomando la plática—. Con ambos lo he hecho para que me concedieran lo que yo quería en ese momento; no sé, una cocina nueva, un viaje, zapatos, joyas... Sí, ¡hasta he fingido orgasmos!

—Pinche Alicia, ¿quién lo diría? Siempre he pensado que eres una vieja muy cachonda, pero nunca que hayas usado el sexo para manejar a los hombres; es decir, te doy... pero me tienes que dar... —dije.

—Mi reina, ¿en qué mundo crees que vives? Las mujeres siempre han usado el sexo como arma, obviamente contra los hombres —dijo Alicia.

—Sí, ¿verdad? Ahora que lo pienso... tienes razón... Entonces... —dije.

—Sí. Cualquier mujer, aun estando casada, ya sea por inteligencia o por intuición, sabe cuándo abrir las piernas y cuándo levantarle la canasta al marido o a su pareja —dijo Alicia.

—Mira tú, qué inteligente me saliste. Nunca hubiera pensado eso de ti —dije.

—¡Ay, Renata! Y qué ilusa me saliste tú. Eso ha sido siempre porque las mujeres, al haber estado sometidas, su única arma ha sido el sexo. Con él manejan o manipulan a sus maridos —dijo Roberto.

El mesero trajo nuestras bebidas y se llevó los vasos vacíos. Nos veíamos unos a otros, temiendo que percibiera el olor de la mota. Roberto soplaba con una toalla hacia todos lados, como si estuviera espantando mosquitos. Mientras, Sonia contenía la carcajada.

—¡Salud! —dije.

—¡Salud! A todas —dijeron mis amigos.

El mesero se fue.

—¡Salud! —repetí—. Me acaban de mostrar el mundo; qué digo el mundo, el universo entero...

—¿Ya estás peda? —preguntó Alicia.

—No, para nada —dije, adoptando una actitud de seriedad y sobriedad—. Lo que pasa es que nunca me había puesto a pensar en eso y creo que tiene mucho sentido... ¡El sexo como herramienta para manipular a los hombres!

—No te hagas, Renata —dijo Roberto—. Si es lo que haces con tus galanes...

—¡¿Yo?! ¡Cómo te atreves! Eso jamás —dije, sonriendo pícaramente.

—Todas lo hacemos. Consciente o inconscientemente, pero lo hacemos

—dijo Alicia.

—Bueno, yo sí le entré una vez... —admití.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roberto.

—A que una vez, de plano, cobré... —dije.

—¿Te prostituiste?! ¡No mames! ¡Ay, cabrón! Ese chisme no me lo sabía —Sonia se incorporó en su camastro y se me quedó mirando—. Hasta se me bajó el avión. ¡Cuenta, cuenta!

—Punto número uno: dijiste, Alicia, que todas lo hacemos, consciente o inconscientemente, ¿cierto? Bueno, pues yo lo hice... muy conscientemente. Fue un pecado a conciencia.

—Ya cuenta —dijo Roberto.

—Sí, deja la intriga para otra tarde —dijo Sonia.

—¿Se acuerdan que una vez fuimos a un antro y Alicia y yo decidimos esperar a su ingeniero? —dije.

—¿Cuál ingeniero? —preguntó Alicia.

—Tu amante, taruga, tu amante —dije.

—Ah, sí... El día que un tipo guapo y joven te dijo que era capitán de un barco... en... ah, sí, en Miami... ¡Tenía unos ojos divinos!... Se te acercó después de que pagó su cuenta y se cambió a nuestra mesa... —recordó Alicia.

—¡Ése, ese mero! No me acuerdo muy bien cómo fue, pero cuando ya me estaba diciendo que quería estar conmigo, le dije, muy envalentonada: “¡No soy lo que tú piensas!” Lo dije con un cigarro en la mano, la pierna cruzada y levantando una ceja... Me sentía María Félix.

—¡Ah, chingá! —exclamó Roberto.

—Sí, ¡a huevo! Muy nalga, muy metida en mi papel de *femme fatale*. Y el capitán de Miami: “Discúlpame si te ofendí, pero eres un cuero de vieja y de verte se me hace agua la boca. ¿Sabes qué? Tienes una cara de ‘cógeme’, que no puedes con ella”.

—¿Hablabas inglés o español? —dijo Sonia.

—Habla inglés porque vive en Miami, y español porque nació en Puerto Rico... Déjenme seguir... Le contesté: “No me ofendiste, ¡yo cobro!”

—¡Ay, cabrón! —dijo Sonia—. ¿Así de gacho?

—Y el fulanita peló los ojotes y dijo: “¿De veras?” Le contesté, muy segura de mí: “Sí”. Y éste, ni tardo ni perezoso, pidió la cuenta, me agarró de la mano y dijo: “Vámonos”.

—Así, de plano... —dijo Alicia.

—Sí. Nos fuimos caminando; estaba hospedado en el Sheraton de Reforma. Fuimos a su *suite*; me preguntó si quería tomar algo, al tiempo que abría el refrigerador de la habitación. La verdad era que, si quería seguir de *femme fatale*, debía estar en mis cinco sentidos. Así que sólo acepté una botella de agua.

—¿Y? —preguntaron todos.

—Me dijo que si le permitía tomar un baño. Se duchó rápido; mientras, yo me quité la gabardina y el saco. Trataba de echar ojo, quería ver qué equipo traía entre las piernas... Y lo esperé tendida en la cama, vestidita. Eso no fue una cogida; fue un revolcón de poca madre. Tenía las manos hermosas; de buen cuerpo, sin ser un Adonis; tenía un miembro bastante decoroso. Sólo porque no estaba alcoholizada, sé que me hizo muchas posiciones: el perrito, el helicóptero, el paracaídas, la vaca muerta, la rosca, el pollo asado, el sombrerito, el remolino, la carretilla, el chumpipito en bicicleta, el triple salto mortal con piquete al ojo de gallo, la caída del ángel, el *cowboy*...

—¿Todas esas son posturas? ¡No mames, Renata! —dijo Sonia.

—Y conozco más... —dije.

—¡Estás cabrona! —dijo Roberto.

—Si quieren me callo... —dije.

—No, no, no; síguele —dijeron todos.

—¿Saben qué era lo mejor de todo?

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Sus ojos! Tenía unos ojos hermosos.

—Naaaaaaa, ¡te pasas!

—De veras, eran azules, con las pestañas rizadas, ahhhh —suspiré.

—¿Y luego?

—Nos quedamos dormidos; bueno, yo quedé pelas. Al otro día vi que ya había amanecido. El capitán del barco de Miami estaba boca abajo, desnudo. Sonreí al recordar todo lo que habíamos hecho; estuvo poca madre... Acaricié su espalda. El tipo era un sueño: guapo, con presencia, con dinero. Todo lo que traía puesto era de marca... Le di un beso en el hombro y me levanté cuidadosamente para no despertarlo... Me vi al espejo y traté de arreglarme lo mejor que pude: me lavé la boca y la cara, me recogí el cabello, me puse la ropa y quise dejarle una nota. Quería que supiera que me había encantado y que si deseaba conocer cualquier lugar del Distrito Federal, contara conmigo. Me di cuenta de que sentía

mariposas en la panza; realmente había sido una noche fabulosa. Tomé una pluma y un block de notas que estaban en el buró y fui a la mesita de la sala. Sólo entonces vi el sobre que estaba ahí... Tenía rotulado mi nombre: Renata... Lo abrí y ahí estaban cinco mil pesos...

—Nooooo... ¿Y luego? —preguntó Roberto.

—Tenía escrito con una letra muy bonita: “Eres la mejor zorra con la que he cogido”.

—¡Putá! —dijo Alicia.

—Sí, puta, eso fue lo que me sentí. Muy puta. Dudé en agarrar la tarjeta y dejar el dinero; me sentía insegura. Eran muchas emociones encontradas: por un lado, él era el tipo de hombre que quería para mi vida; por otro, me sentí sucia y a la vez feliz por haberlo cogido. Lo tuve en mi cuerpo, fue mío... Tomé el dinero y dejé la tarjeta, a la que le agregué: “Fue un verdadero placer”. Y salí sin hacer ruido.

—¿Y nunca más te buscó o lo buscaste? —dijo Alicia.

—No, yo no le di mis teléfonos, y él tampoco... Además, quien la cagó fui yo...

—¿Por qué? —dijo Roberto.

—Porque me gustó, me encantó; me enamoré de su piel, de sus ojos, de su manera de cogerme... Todavía hoy me acuerdo y me excito... Creo, incluso, que me enamoré... por primera vez...

—No digas eso —dijo Sonia.

—Sí, wey, clavada, enamorada.

—¿Y por qué no buscaste la manera de seguir en contacto con él? —dijo Sonia.

—¿Con qué sentido? Él pagó por coger con una puta; yo acepté el trato. ¿Tú crees que tendría una sola oportunidad para lograr que él se enamorara de mí? ¿De una zorra? ¡No! La cagué, yo la cagué. Quería sentarme en la banqueta y llorar. Llorar porque sabía que no podría volver a verlo. Así que salí, busqué un sitio de taxis para que me llevara a recoger mi auto y me fui a mi casa.

—¿Y qué tal si te hubiera pasado como a Julia Roberts en la película *Pretty Woman*, que él terminó enamorado de ella? —dijo Alicia.

—¡Ésas son mamadas, Alicia! Esto es la vida real —dije—. Así que ya nunca volví a coger...

—¡Ahhhh! ¡Buuuuuu! —dijeron en tono de burla.

—¡Por cobrar! ¡Pendejas!

Todos nos cagamos de la risa.

Me dio por probar suerte en la danza, después en la actuación y luego en el modelaje; a veces me iba bien y a veces muy bien. Podía haber meses sin nada de trabajo y otros hasta el tope de cosas que hacer. Otras tantas sólo era una interminable pérdida de tiempo, ir a *castings*, a lecturas en voz alta y a ensayos, y al final la obra de teatro no se estrenaba.

Muchas otras veces me citaban para una sesión fotográfica, que resultaba ser pornográfica. Organizan reuniones en alguna casa elegante y bonita pero no son más que orgías de “gente bonita”. Realmente necesitas saber qué quieres y cuáles son los límites que debes imponer para lograr tus objetivos. Eso, y no tener mucha necesidad, porque si necesitas dinero, ya te fregaste. Al principio dices: “Sólo por esta vez”, y lo malo es hacerlo la primera vez, porque después ya no puedes detenerte.

El dinero es como la droga: cuando lo pruebas ya no puedes dejarlo. Probé ambos a muy temprana edad, no por las ideas de mi “cuñis”, sino por la maldita curiosidad de saber qué eran los besos, las caricias y el sexo.

Mi cuñado siempre decía que eso de la artisteada no es más que pura promiscuidad, que cualquier día les llevaría la noticia de que estaba embarazada y que ni yo misma iba a saber de quién. Que todas las actrices que tienen éxito son unas golfas, y los hombres, putos. Que él lo sabía muy bien, porque atendía a varias artistas. Que me pusiera a estudiar algo que valiera la pena, leyes o medicina. Aseguraba que con esas profesiones, tuviera la edad que tuviera, siempre podría ejercer mi carrera.

—Olvídate de participar en el concurso de Señorita México... Ni siquiera vas a calificar, porque tus piernas son muy flacas y ni con tu metro setenta de estatura vas a estar a la altura de las demás. Deja de lado tus ridiculeces y mejor ponte a estudiar algo serio, Renata —decía.

Esa retahíla la soltaba cada fin de semana que iba a ver a mi sobrina, de modo que yo procuraba ir a una hora en que él no estuviera, para no coincidir. Conforme iba madurando físicamente, el pinche doc (sí, mi pinche cuñadito) me saludaba de manera morbosa, decía piropos o soltaba suspiros al verme. Al saludarme, dejaba su boca pegada en mi mejilla por segundos que para mí eran eternos. Notaba cierta salivación en sus comisuras; por eso me dejaba húmedo el cachete. Obviamente hacía todo esto sin que mi hermana Mariana se diera cuenta; frente a ella, su sentido

chingativo continuaba siendo igual.

Cada vez me alejaba más de ellos, pues no tenía sentido alterar la testosterona del señor médico. Si andaba en busca de una aventura, yo nunca estaría en su camino. Méndigo glotón.

Coincidíamos en los cumpleaños de mis sobrinas, o cuando yo llegaba y él se iba, o viceversa. Cada vez me cagaba más su presencia y su manera de hablar; todo en él era repulsivo. Mariana lo notaba, y también sabía que moría por responder sus agresiones verbales, pero me decía que todo lo que mi madre o yo hacíamos en su contra, él se lo cobraba con ella. Que por favor no le dijera nada. Me aguanté miles de millones de veces para no mentarle la madre. Era castrante.

—Estuviste en el Teatro Santa Catarina, ¿verdad? ¿Por qué no nos invitaste? Esa obra es simplista y repetitiva; siempre ha sido explotada en escenarios comerciales e institucionales, con los mismos recursos escénicos. ¿Acaso no hay otras obras de teatro? —decía el pinche doc.

Nunca los invité: tenía suficiente con los críticos de arte.

Por un lado, mi adorado “cuñis”, cada vez que yo aparecía en alguna revista, se la enseñaba a Mariana. “Renata va a salir en la telenovela equis”, “A Renata la fotografiaron con no sé cuántos”, “Ya le dije que no salga más en telenovelas, que son puro churro; es la mejor manera de quemarse”, “Es increíble, tanta experiencia de Renata, y mira con lo que sale: se pone nerviosa en las entrevistas”, “No sé por qué Renata aún no ha aprendido a vestirse como debe, cada día se ve más golfa; ¿qué no hay nadie a su lado que la asesore?”, “Por más *fotoshop* que le hacen a Renata, ya los años se le están viniendo encima; le voy a recomendar a un amigo mío para que le haga cirugía, porque ahora sí ya está dando el viejazo”. Ésas eran las frases favoritas del imbécil del doctor Martínez.

Estábamos en una casa en San Ángel, preciosa, con un jardín increíble; desde la entrada te recibía una escalera de mármol blanco en la que colocaron pequeños vasos con velas aromáticas (manzana con canela y miel... mmmh). El piso del recibidor era una hermosa placa de mármol blanco y negro, como un tablero de ajedrez. Había unos candelabros antiguos bellísimos, que evocaban la década de los años veinte. Los muebles también eran antiguos, pero pintados y barnizados en color negro, con la tapicería blanca.

Desde la sala una enorme puerta de vidrio te permitía ver el jardín; a la izquierda tenía una capillita con reclinatorios y un altar. En el centro del jardín había una fuente con un león de piedra por cuyo hocico salía el agua que caía en una pileta en medio círculo.

Todas las personas que estaban ahí se veían como salidas de una revista de modas. Había mujeres espectaculares: desde la típica delgadita y estética, al estilo Katie Holmes, hasta las voluptuosas con cuerpo estilo Jennifer López o la Kardashian. Mucha piel y pendejuelas. Mucha carne con pequeños adornos; muchas cirugías, algunas excelentes, obra de artistas, y otras hechas por carniceros, y mucho bótox. Algunas paseaban sus deseos de ser descubiertas; otras parecían llevar anunciado en la frente: “Cógeme si quieres”. Otras, de edad madura, veían con amargura las pieles expuestas de las jóvenes; unas más trataban de conquistar alguna mirada o cualquier indicio de deseo que les devolviera un poco de juventud.

Los meseros recorrían toda la casa como mariposas en un día de verano, con sus charolas llenas de bocadillos extravagantes y bebidas de todo tipo.

Mi acompañante me preguntó qué deseaba tomar. Le dije que un refresco de cola; no quería arruinar mi aliento si me iban a presentar a un productor, y tampoco me iba a permitir cometer un error de dicción por culpa del alcohol.

—¿Estás segura? —preguntó desconcertado.

—¡Absolutamente! —contesté con mucha seguridad.

La verdad es que, por ética personal, sólo tomo con mis amigos y con mi familia. Muchas personas, cuando toman alcohol, se desinhiben y se

convierten en presas fáciles. Si voy a coger, que sea en mi juicio y en pleno uso de mis facultades. Sí cojo, pero yo escojo con quién y cómo. Nada de que me escojan. Nanáís. Yo elijo quién, cuándo y a qué hora. Las nalgas las doy cuando las quiero dar; no antes ni por la fuerza.

Todo parecía ser una fiesta “normal”, con gente bonita, en una casa bonita. Entre los invitados había personas del medio artístico, pero también uno que otro intelectual. Un cuarteto de cuerdas amenizaba el ambiente.

Después de un tiempo nos avisaron que pasáramos a la barra de alimentos. Comida japonesa. Deliciosa. Hicieron una ceremonia para romper el barril del sake. El productor festejaba su cumpleaños cuarenta y ocho. Un metro ochenta, delgado, cabello absolutamente blanco, peinado hacia atrás con una pequeña cola de caballo, bronceado. No era guapo, pero tenía presencia, *chame*. Digamos que estaba antojable, como para entretenerse con él un fin de semana.

No sé cómo fue. Me vio a la distancia; yo llevaba zapatillas de cintas color cobrizo y un vestido blanco, muy, muy, muy ajustado. Lucía un escote en la espalda para infartar a cualquier hombre; la parte de enfrente del vestido se debía amarrar al cuello (*halter*, pues). El cabello lo llevaba en chongo; me había dado flojera arreglarlo para llevarlo suelto. Apareció de la nada y saludó a mi acompañante con un gran abrazo de políticos (como de lado y con fuertes palmadas en la espalda).

—¿Qué? ¿No me vas a presentar? —dijo el productor.

—¡Claro, mi hermano!, ¿cómo no? No sé si la conoces: ella es Renata.

Al cumpleañosero se le dibujó una gran sonrisa. Alcancé a notar cierto brillo en sus ojos.

—No, no la conocía. Mucho gusto, ésta es tu casa, su casa. Espero que se diviertan —dijo, mientras hacía una señal de brindis con su copa martinera.

—Le pedí a Renata que me acompañara porque sé que en algún momento vas a necesitar a alguien con su perfil —explicó con naturalidad mi acompañante.

—¿Eres actriz? —preguntó el productor después de paladear la oliva de su martini.

—Sí, lamentablemente creo que no muy conocida —dije, mientras me tocaba una de mis mejillas. Sentía que mi cara se coloreaba de rojo.

—No por mucho tiempo, querida Renata —intervino mi acompañante—. No creo que mi amigo deje escapar a una espléndida mujer como tú —



volteé a verlo desconcertada, por lo que se apresuró a agregar—: Digo... a una espléndida actriz como tú.

—¡Ah! —me tranquilicé y les sonreí a los dos.

En ese momento, alguien llamó al productor, quien se excusó y se fue.

—¡Gracias por ofrecermelo! Aquí hay charolitas de plata, pero no creo que quepa en ninguna de ellas —le espeté a mi acompañante.

Estaba muy encabronada.

—No te alteres; discúlpame, fue una metida de pata, un error. Ya, calma.

Le pedí al mesero agua mineral con jugo de limón. Parece un *vodka&tonic*, y así no te molestan si no estás debiendo.

Es chistoso ver cuando las personas alcoholizadas empiezan a repetir todo varias veces, o levantan la voz sin ninguna necesidad, o sesean las palabras, como si salieran de sus bocas palabras bailando twist. Me gusta ver sobre todo a las viejas que entran como divas y salen como chachas (con el debido respeto que les tengo a las empleadas domésticas). Algunas chavas pierden todo el estilo, primero porque acaban con el cabello como estropajo, y cuando ya están pedas se quitan los zapatos, sudadas de tanto brinco. Los escotes que al principio eran sexys los traen como trapos de cocina; sí, les vale madres que se les vea lo que se tenga que ver y hasta donde se tenga que ver. Me digo para mis adentros: “¡lo que hace el alcohol!” Seguramente también hago ridículos cuando tomo, pero ya dije: con mis amigos y mi familia.

Encontré un sillón blanco en el jardín, me acomodé y les hice historias a todas las personas que estaban ahí.

La noche era hermosa, con un clima agradable. Yo fumaba placenteramente un cigarro blanco, cuando se apareció el productor.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡Claro! —contesté, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—Renata, ¿verdad?

—Sí.

—Me gustaría platicar un rato más, pero...

—Eres el anfitrión, y tienes que estar en todos lados. No hay ningún problema. De verdad.

Se acercaron a buscarlo. Un señor que venía con uno de los meseros. El cuarentón de pelo blanco y piel bronceada se disculpó y se fue. El amigo que me había llevado andaba muy entretenido con otro grupo, así que, sin despedirme de nadie, me salí.

El productor resultó ser uno de los más requeridos por su televisora. Usando su nombre y apellido investigué más o menos su historia. Casado, dos hijos, bisexual, con mucho poder en el medio artístico. Así que lo estuve buscando hasta que lo encontré para concertar una cita. Mi nombre no le decía nada, de modo que recurrí a los antecedentes de la fiesta en su casa. Fingió recordar y me dio una cita.

Otra vez, la entrevista se dio en su casa de San Ángel. Una muchacha del servicio con uniforme me hizo pasar a una sala con biblioteca que más bien parecía oficina. En las paredes había incontables fotografías de todos los artistas importantes, reconocimientos, pósters de películas, y de él cuando era muy joven y su cabello pintaba oscuro: él detrás de una cámara de película, él en el centro de todas las fotos. Él, él, él, él, él. Era su egoteca.

La persona que me llevó ahí preguntó si deseaba algo de tomar; pedí agua. Me la llevaron y me volvieron a dejar sola. Recorrí todas las fotografías colgadas, hasta que llegó mi anfitrión. Vestía un pantalón de lino color hueso, camisa blanca, cinturón también hueso y zapatos miel, tipo mocasín, sin calcetines.

Jovial, fresco, con una loción que olía delicioso, me saludó como si fuéramos grandes amigos. Me platicó algunos detalles de la fiesta, como a qué hora se fue el último invitado; agregó que no se había dado cuenta a qué hora me había ido yo bla, bla, bla... Hasta que por fin se calló y le entregué mi *book* y mi currículum. Los recibió, los puso frente a él. Hojeó los documentos sin mirarlos; estaba sentado a mi lado. Me preguntó si ya me habían ofrecido algo de tomar, le dije que sí y le enseñé el vaso de agua.

Me miró fijamente y me dijo que estaba por filmar una película, que necesitaba no sólo un desnudo, sino una relación sexual; que lo único que no se vería serían el pene y la vagina. Por lo demás, se vería todo. No quería que quedara “marcado” el hecho de la relación sexual, sino que se viera todo. Además, el tema del largometraje versaba sobre una relación dominante, de ella hacia él. Esto obviamente incluía no sólo que se vería mi cuerpo, sino que tendría que fingir orgasmos. Me dijo que lo pensara, que me daba un mes para decidirlo; tenía en mente a otra actriz, pero hizo énfasis en que le gustaría brindarme la oportunidad. El proyecto tenía un gran presupuesto y los artistas eran de primer nivel.

Me fui a mi casa con el mundo encima. Podría ser el éxito que había estado esperando, pero también podría ser un churro. Pensé en mi madre,

en mi cuñado, en mi hermana, en lo que pensarían mis hijos cuando los tuviera... y si los tendría.

No se trataba de dejar caer la ropa y ya. Por lo que me explicó, serían varios desnudos; casi toda la película, según yo, era de coger y coger. Bueno, no tanto, pero había por lo menos tres escenas de sexo completas.

También pensé en todas las personas que me encontré en el trayecto a mi casa y las imaginé viéndome la jeta de orgasmo. Las promociones seguramente tendrían una parte de mi cuerpo desnudo. Aparecería en todos los periódicos.

No podía discutirlo con mi familia. Es más, si podía evitar que se enteraran, lo ocultaría.

Lo consulté con todos mis amigos. Todos, al conocer el nombre del director, se jalaban los pelos. “¡Claro que sí, es tu momento! ¡Es ahora, ya!”, me decían.

Nerviosa, volví a llamar al productor, fui a su casa y le dije que sí. A la semana firmamos un contrato según el cual se me pagaría por escena; se fijó el número de segundos en los que mi cuerpo estaría expuesto, se me otorgó el derecho de participar y tomar decisiones en relación con las fotografías para las promociones, y también me permitieron filmar con la menor cantidad de personal; sólo estarían los indispensables.

¡Fue espantoso! No lograba conectarme con el actor con el que tenía que trabajar, que en pantalla se ve increíblemente guapo. En persona es gay, simple, sin chiste. Estaba tan fuera de mí que me acerqué al director y le dije que, por favor, me consiguiera algo para olvidar que estaba ahí, en un set de filmación.

Fuimos a un camerino, hizo un rollito con un billete, separó la cocaína y me enseñó cómo inhalarla. Ésa fue mi primera línea. Esperaba que me sucediera algo parecido a cuando fumé marihuana; pero no, no sucedió nada. Esperé un rato, pero seguí sin sentir nada; me dejó los ojos de plato, muy abiertos, pero no sentí nada.

Una actriz con una larga trayectoria me dijo que si había probado el GHB; le dije que no.

Pidió una botella de agua, se la llevaron, sacó un frasco, le puso una gota; sí, una gota, a la botella de agua. Pasaron unos segundos y, sin más, antes de llegar al set, ya me iba quitando la bata.

Tiempo después me enteré de que esa droga es como el éxtasis, pero líquido, y que las reacciones secundarias varían de acuerdo con la persona,

además de que con una pequeñísima dosis, dos o tres gotas, puede provocar la muerte. Lo único que recuerdo es que pedía y pedía botellas de agua; me sentía como camello en medio del desierto.

Seguramente tengo una severa inclinación a las drogas o al alcoholismo. ¿De qué otra manera puedo decirlo? Me hubiera gustado olvidar que tenía una familia, una madre evangelista, un compromiso conmigo, y dedicarme a andar de fiesta en fiesta, sin sentirme tan terriblemente irresponsable.

Me reuní con mis amigas; me preguntaron por mi trabajo. Les conté lo de la película, acerca del actor principal, un poco de la historia, algunas cosas sobre el director. Se volvieron locas: que ese actor estaba bien papacito, que pinche suertuda, bla, bla, bla. ¡Pendejas!

—¿Qué sientes al tener que cogerte a ese cuero? —me preguntó una de mis amigas.

—Pena y lástima —les contestaba.

—Naaaa... Dinos la neta, no juegues —insistía una de mis cuatachas.

—Es la neta, siento pena ajena.

—¿Por qué? ¡No me digas que es puto! ¡No mames! *Fuck!* —me decía la que más embelesada estaba con el actorcete.

—No sólo eso, sino que... Bueno, ya, no puedo callarlo más. Tiene el pene del tamaño de un cigarrillo, y eso... ¡erecto!, ¡erecto!, ¡erecto! ¡Pobre wey!

—¡No mames! —dijo mi amiga con un tono de decepción.

—¡Sí! Es una pinche tragedia. No mames, wey. Está de la vil verdura su caso.

—¡Putá! ¡Es una lástima porque es un cuero! ¡Papacito! —dijo otra de mis amigas.

—Sí, es un pinche cuero, pero no tiene NADA. Digo, tiene el cuerpo divino, es muy guapo, pero no tiene nada con que hacer feliz a ninguna vieja —dije mientras daba un sorbo a mi té verde del Starbucks de Polanco, donde estábamos chismeando.

—Oye, pero, ¿siquiera se le para? —preguntó mi amiga, la más decepcionada.

—No. Bueno, la neta, muy poco. Es que no sé, con ese tamañito... No sé sabe cuándo está parado y cuándo no.

—Eso quiere decir que tuviste que “trabajar sola”, ¿verdad? —dijo mi amiga; su cara de angustia era terrible.

—¡No mames! —dije casi gritando.

—¿Qué? —me preguntó un tanto asustada.  
—No se dice “trabajar sola”. Estás bien wey.  
—¿Entonces cómo se dice, pendeja? —me dijo, ya más relajada.  
—¡Autosuficiente! Así se dice.  
—¡Ahora sí, Renatita, te la mamaste!. Y te la arrancaste —me recriminó mi amiga, mientras soltaba una carcajada—. Oh, mai gassshhhh!  
—¡Qué “Oh, mai gassshhhh” ni qué tu nariz! Se dice: “Oh, my god!” u “Oh, my gosh! —dije.  
—Ya, ya, con lo que nos acabas de contar del cuero ése, es más que suficiente. Las clases de inglés y de *pronuntietion* para otro día, Renata.  
—Ok, ok. ¿Saben qué? Me voy a tener que echar un pastel de zanahoria, para agarrarle sabor al cafecito.  
—Te acompaño —dijo otra de mis amigas.

Ese mismo productor, antes del estreno de la película, fue a mi casa para coordinarnos acerca de la promoción, las entrevistas y toda la onda.

Tenía unos dientes perfectos; su risa lo hacía ver más joven, como que hacía juego con su cabello. Su sonrisa era como muy abierta. No sé cómo explicarlo. En fin, llegó a mi casa, llevó vino tinto, una botella de tequila, una de vodka, una de ron y algunos bocadillos. Le pregunté por qué había llevado tantas bebidas; dijo que para prevenirse pues, según él, “no sabía qué prefería yo”, así que, para no equivocarse, decidió llevar una botella de cada una. Total, que abrimos la botella de vino... y otra... y otra. A mí de plano me gusta el vino, pero cuando lo tomo mi moral se va de vacaciones... y me vuelvo medio fácil. Me pone cachonda. Esa vez no fue la excepción.

No sabía si al productor le gustaba la lencería. Y la neta no quería preguntarle. De cualquier manera sé que a la mayoría de los hombres les encantan las medias de red, así que me puse unas de color rojo y zapatos de terciopelo del mismo color. El vestido, que me llegaba a medio muslo, era negro con rojo, y la ropa interior, de La Perla. Exquisita. No sabía si sucedería algo o no, pero el productor me llamaba la atención. Nada que ver con que me dieran el papel en la película; le coqueteé porque se me dio la regalada gana.

Hablaba y hablaba mientras bebíamos las primeras copas de vino. Al principio su charla me pareció interesante. Después dejé de escucharlo.

Comencé a imaginarlo desnudo. Sus gestos no decían si era apasionado o no, pero sus manos eran muy masculinas.

En México hacen muchas bromas acerca de los zapatos de los hombres; dicen que si “calzan” grande, tienen el pene grande. Nunca he creído eso. Me gusta fijarme más en las manos: si sus venas resaltan, la forma y el grosor de los dedos, las uñas. “¿Así será su miembro?”, me pregunto. Y nunca he fallado. Los hombres tienen una idea más cercana a la realidad cuando ven a una mujer: sus “cualidades” están a la vista. En cambio, a nosotras se nos dificulta saber qué traen escondido; siempre es una sorpresa.

Imaginaba al productorcito encima de mí, o yo encima de él... (Ésa es mi posición favorita, con la que yo tengo el control absoluto no sólo de la situación, sino de la mirada de mi presa sobre mi cuerpo; así no puede pensar en nada salvo en mí.)

No sé de qué carambas hablaba el pendejo cuando me acerqué a servirle más vino, le agarré los cabellos, metí mis dedos entre ellos y lo acerqué a mi boca. Ya no lo solté. Parecíamos un par de imanes cuando se unen. Seguí y seguí; desabroché su camisa y su cinturón. Él me ayudó un poco. Los pantalones cayeron al piso, al tiempo que ocurría lo mismo con mi vestido. Inmediatamente deslicé mi mano hacia mi objeto de deseo... Ahí estaba... listo, esperándome. Me urgía saber qué traía entre las piernas. ¿Qué tal si me salía como el actor?

Lo empujé al sillón y me puse a horcajadas sobre sus piernas. Tomé su miembro, grande y duro (muy, muy duro), entre mis manos y lo introduje en mi vagina. Había hecho a un lado mi calzón. Quería sentir el pene del productor dentro de mí, comérmelo y mojarlo. No podía esperar a desvestirme por completo. Yo estaba increíblemente húmeda. Cerré los ojos. No quería verlo para no pensar; necesitaba desahogarme. Probó varias posturas. Yo estaba dispuesta a disfrutarlas, no quería perder ni un instante de placer. Ambos estábamos empapados de sudor. Él se detuvo y me sugirió que nos diéramos un regaderazo. Supuse que la fiesta había terminado; me quité las medias, los calzones, el brasier y nos fuimos a la ducha. Nos enjuagamos uno al otro. Él cerró la llave de la regadera. Me arrinconó contra la pared y comenzó a besarme muy despacio. Sus labios y su lengua recorrieron todo mi cuerpo. Cuando llegó a mis muslos yo ya no podía más. Realmente estaba muy excitada. Él agarraba mis nalgas, mientras succionaba cada uno de mis muslos; los mordía, les pasaba la

lengua. Poco a poco llegó a mi vagina. Después, con los dedos de su mano derecha abrió mis labios vaginales, introdujo su dedo índice y comenzó a hacer movimientos circulares dentro de mí. De verdad que me gustó. Era una sensación deliciosa... Indescriptible. Yo estaba a mil. A punto de llegar... El guapo cuarentón se agachó y comenzó a practicar sexo oral. ¡La gloria! Mis líquidos fluían una y otra vez, al tiempo que de mi boca salían quejidos de placer. Después, mi guapo productor se levantó, me besó en los labios y me volvió a penetrar bajo la regadera. No podía creerlo, aún no había eyaculado. En realidad, pocos hombres tienen la capacidad de aguantar y aguantar tantas arremetidas...

Salimos mojados y nos fuimos a la cama; después de diez orgasmos míos, él eyaculó. Nos tiramos exhaustos sobre las almohadas; ambos bebimos agua mineral.

Bebió el primer sorbo y, como en una súbita reacción química, se incorporó y fue corriendo al sanitario. Pensé que algo le había caído mal antes de llegar a mi casa. El caso es que volvió el estómago. De pronto salió histérico:

—¡Se me fue la dentadura! —dijo.

—¿Cuál dentadura? —pregunté desconcertada.

—Uso dentadura postiza, ¿no te habías dado cuenta?

—¿Y qué pasó? —dije.

Quería entender qué sucedía. Acababa de tener sexo con este hombre y de repente me sale con que se le fue la dentadura. ¿Por dónde? ¿Cuál dentadura? ¿De qué chingados estaba hablando?

Es como cuando te despiertan en medio de la noche y te dicen algo: no entiendes absolutamente nada. Al ver mi turbación, trató de explicarse:

—Nena, uso dentadura postiza, y la parte del maxilar inferior se fue por el escusado. Lo peor es que aún no terminaba de vomitar, cuando jalé la perilla y... ¡Qué idiota soy! ¡Se fue!

—¿Quién se fue?

—¡Mi dentadura!

—¡No mames!

Y me le quedé viendo a la cara, tratando de ver su mandíbula desdentada... ¡Parecía viejito! ¡Putas! ¿Con este ruco tuve un sexo tan...? Puta y más puta.

Quería guacarear todos los besos llenos de cachondería; me urgía limpiarme, bañarme, exfoliarme, remojar me. Guácala.

Tratando de disimular mi asco, le dije, preocupada:

—¿Qué hacemos?

—No sé. Creo que debo llamar a mi dentista —dijo, después de suspirar fuertemente y mirar el reloj; ya era de madrugada—. Voy a tener que cancelar todas mis actividades de mañana; no puedo andar así en la calle.

Se sentó en mi cama. Con una mano se tocaba la mandíbula y metía los dedos de la otra entre su cabello cano. Iba haciendo un recuento de todo lo que tenía que cancelar. Luego de decirse pendejo muchas veces, reparó en que estaba en mi casa y dijo:

—Espero que no tengas problemas...

—No creo; no hay problema.

—Lo siento, qué pena.

—No te agobies, no es nada... Digo, bueno, se va a remediar, pero pues sí vas a tener que esperar...

En un arranque de sinceridad se le ocurrió platicarme que desde que era joven tuvieron que quitarle los dientes por no sé qué enfermedad y que siempre había usado dentadura postiza. En ese momento, increíblemente, se sacó la dentadura de arriba y me la enseñó. ¡Fue asqueroso! No quise hacer aspavientos; tragué saliva y medio sonreí. Su cara se escurrió como si fuera de cera; lo peor fue que seguía hablando, pero ya sin los dientes. Yo no sabía qué hacer, así que sólo me incorporé y me puse una bata encima. Fui al baño a darme una ducha y desde ahí traté de seguir la conversación. Yo creo que nunca había quedado más limpia que ese día: me tallé hasta los labios vaginales para que no quedara huella de lo que había ocurrido ese día... Decidió irse, y eso era lo único que yo quería: que se fuera.

Uno o dos meses después, el portero de mi edificio me dijo que los dos vecinos de abajo se habían estado quejando porque a uno se le había tapado el excusado y a la del primer piso se le había inundado la zotehuela cuando estaba lavando; me preguntó si yo había tenido algún problema. Hice cara de asombro y me aguanté la risa.

Llamaron a un plomero para que revisara la tubería. El portero me dijo:

—¿A que no sabe qué era lo que estaba tapando la tubería?

—¿Qué?

—¡Una dentadura! —me respondió con cara de me quiero morir de risa.

—Naaaaaa... ¿de verdad? ¿Cómo fue a dar ahí?

—Nadie lo sabe —dijo, y con cara de suspenso añadió—: es un misterio.



—¡No puedo creerlo! —entonces, mi morbo pudo más y pregunté—:  
¿Ahí la tiene?

—Sí, venga, se la enseño.

Me la enseñó. Pensé en pedírsela y entregársela al dueño, para que tuviera una de repuesto, pero me abstuve. Mi productor ya tenía dentadura nueva. Obviamente, nunca más quise tener sexo con él. Nuestra química sexual se había ido por el excusado, junto con su hermosa sonrisa de porcelana.

Que conste que no me fijo en los zapatos, sino en las manos de los hombres. ¡Pero en las puras putas manos! ¡Debí haberme fijado en los dientes! Chingaos. No puede uno fiarse ya de nada, ni de los zapatos ni de las manos, y menos, pero mucho menos, de los putos dientes.

Dos años después del incidente de la dentadura en el escusado, cuando otro productor estaba en mi vida hice un viaje con mis viejas amigas: Sonia (la buenota), Roberto (que es como una de nosotras) y Alicia. Fuimos a Miami. Para variar, Roberto y Sonia se metieron su churro de mota antes de salir a comer. Fuimos a Smith & Polensky, para comer un delicioso corte de carne. La vista al mar era increíble. Obviamente tenía que probar los postres, ¡no tienen madre! *Gorgeous!* Alicia y yo tomamos dos tequilas dobles, luego le seguimos con unas bebidas servidas en copa martinera; era algo verde, muy dulce, que el pinche Roberto insistió en pedir para nosotras. El cambio no estuvo rico, pero sí nos permitió estar muy en ondita. Empezamos desde la hora de la comida, salimos del restaurante y nos fuimos caminando a los lugares que están cerca de la playa. La temperatura ya había disminuido a menos de 32 grados centígrados; nos sentamos y ordenamos una margarita para seguirla. Veíamos toda clase de personas y vehículos, todos muy singulares; pasaban los autos último modelo de colores extravagantes; limusinas de todas las marcas con sus bocinas a todo lo que daban, manejadas por hombres negros; motocicletas increíbles con güeras en bikini; gente joven con bikini o en shorts y patines. Había personas muy bonitas y hombres muy guapos.

Fue Roberto quien dijo:

—Renata, hay que comprarle algo a tu novio...

—¿Para qué?

—Sí, hay que llevarle un detalle; ha sido increíble, y no sólo contigo sino también con nosotras —dijo Roberto.

—Es que es muy difícil regalarle algo a quien tiene todo... —dijo Alicia.

—Sí, pero de alguna manera tenemos que expresarle nuestro agradecimiento —dijo Sonia.

—Yo insisto: ¿para qué? —dije.

—No tienes madre, Renata. Nos prestó... digo: te prestó su avión para que viniéramos a Miami, te hicieron un descuentazo en este hotel... —dijo Roberto.

—Es lo menos que puede hacer... —dije, en tono aburrido.

—Este Hotel Ritz Carlton está poca madre, nunca había estado aquí —dijo Sonia.

—Neta, Renata. Estás tan acostumbrada a que te consientan, que a veces te pasas... —dijo Roberto.

—¡Oye! Yo también me porto muy bien con él —dije.

—Bueno, ya. A ver qué le compramos mañana. Te guste o no, Renata, nosotros, Alicia, Roberto y yo, vamos a llevarle un detallito. Se lo merece. Ésta es la primera vez que me subo a un avión privado. He viajado en primera, pero nada se compara con un privado —dijo Sonia.

—Cómo me encantaría que te quedaras con tu productor... ¿Cómo se llama? ¿Óscar?, ¿Oswaldo?, ¿O...? —dijo Alicia.

—Octavio Azhur, pendeja. Octavio Azhur —dije.

—Está felizmente casado y tiene dos hijos —dijo Roberto.

—¡No! —dijo Alicia, llevándose una mano a la boca.

—Sí, claro que es casado. ¿Qué esperabas?, ¿que fuera soltero? —dije.

—Bueno, no sé por qué pensé que estaba soltero, divorciado o viudo, qué sé yo... —dijo Alicia.

—Pues no, mi chula. Está casado, y por mí, mejor, que lo atiendan en su casa. Nosotros sólo nos vemos para querernos —dije.

—¿No sientes feo que duerma con otra?

—¡Para nada! Que le ronque a su vieja en la nuca todas las noches. A mí sólo de vez en cuando. ¡Ja, ja, ja! Nunca he intentado quitarle nada a nadie. Mucho menos un padre a sus hijos, o un jefe a una familia. Ambos nos divertimos un rato, y eso es todo —dije.

—Por eso te consienten, porque no eres intensa ni andas por ahí armando pedos por celos o por querer un lugar que no te corresponde —dijo Roberto —. ¡Porque hay viejas tan castrantes!

—Pinche Roberto, lo dices como si te hubieran tocado a ti viejas celosas —dijo Sonia.

—No, líbreme Dios de andar con una vieja. Y no necesito vivir con una para verlas, porque he visto los desmadres que les arman a los pobres fulanos por andar de calientes —dijo Roberto.

—¡Salud! A todas —dije.

—¿Cómo se llama el productor ése al que se le salió la dentadura en tu casa? —dijo Alicia.

—No sé, y no me lo recuerdes. Por cierto, lo vi la otra vez; caballeroso como siempre, me saludó de una manera muy afectuosa —dije.

—Ay, Renata, ¿no te dieron ganas de reírte cuando lo volviste a ver? —dijo Roberto.

—¡Sí, pendeja! ¡Claro! Por eso, después del beso en el cachete lo abracé, para que no se diera cuenta. Percibí su loción, su camisa pulcra, y se me vino a la mente su cara sin dientes... ¡no mames! —dije.

No sentimos cómo se nos fue el tiempo, entre bailotear, echar chisme y babear; era nuestro primer día en Miami, así que seguimos con la chorchita hasta la medianoche. Creo que cada quien pagó ciento cincuenta o doscientos dólares con todo y propina. Salimos rebotando de risa. Nos fuimos al bar del hotel a seguirla. En realidad ya no tomamos más alcohol. Yo pedí agua mineral, y los demás, no me acuerdo. El chiste es que Sonia, de buenas a primeras y sin ninguna excusa, dijo:

—A mí me gusta el sexo anal.

—¡No mames! —dijo Alicia—. A mí no me gusta.

—Pues yo no puedo tener un orgasmo si no es por el ano.

—A mí no me vean y mucho menos me pregunten. ¡Sucias! —dijo Roberto.

Todas nos cagamos de la risa. Obvio.

—No nos des explicaciones, pendejo, no las necesitamos —dije.

—Pinche Renata, nunca nos has contado cómo fue tu primera vez... —dijo Roberto.

—¡¿Te gusté por más pendeja, o qué?! —dije.

—¡¡Sí!! Cuéntenos, ándale, ándale. Mientras, nos fumamos un cigarro y luego nos vamos a dormir —dijo Sonia.

—No mamen, yo también quiero fumarme un cigarro antes de dormirme —dije.

—Por eso, ya cuéntenos; nos fumamos el último cigarro y nos vamos —insistieron.

Cada quien tomó un cigarro; lo encendimos y nos preparamos, mis amigos para escuchar muy atentos, yo para contarles.

—La clase de danza moderna —empecé a decir— era impartida por un bailarín ruso que me doblaba la edad. Tenía un cuerpo lleno de músculos marcados; era alto, con el cabello entre blanco y rojizo. Siempre andaba descalzo; vestía unas licras negras y un short con tirantes, como los luchadores de grecorromana. Atravesaba el salón haciendo en el aire un *spleet* o un *square*. ¡Ah, qué tiempos aquellos! —suspiré—. Quedábamos boquiabiertas. Al final de la clase nos acercábamos a él para hacer

cualquier comentario. Él era un bailarín profesional, que trabajaba en México en una compañía de danza. Su sueño era quedarse a vivir aquí porque le encantaba el clima y la gente. Así que, mientras resolvía el problema de su estancia, decidió buscar trabajo como profesor. Cuando ponía el ejemplo de lo que quería que hiciéramos atravesaba el salón con grandes *splits* en el aire, estirando los brazos. Ninguna de nosotras podía repetirlo, pero él decía que por eso debíamos trabajar, esforzándonos cada día.

”Total, que una vez me quedé con él, después de que ya se habían ido todas las compañeras de danza. Le platiqué del *casting* para la obra de teatro a la que me habían invitado. También le dije acerca de mi miedo por no saber nada de danza. Me dijo que no me preocupara, que después de cada clase se quedaría un rato más para apoyarme.

”A veces nos quedábamos en el salón pero otras ocasiones fuimos al lugar que rentaba, el *pent-house* de un edificio viejo en la colonia Anzures. Al principio acercaba su cuerpo para enseñarme; yo sentía muy rico, así que también me pegaba a él la menor provocación. No tardamos mucho tiempo en quitarnos las etiquetas de profesor y alumna. Seguimos con unos cuantos besos y luego comenzó a acariciarme el cuerpo. Casi siempre se iba directo a mi pubis, como si tratara de rasgar mi leotardo. No se detenía en las bubis; parecía como si no le llamaran mucho la atención. Y a mí que me gusta tanto que las tocara. ¡Chingaos! Así duramos varios meses. Ahora que lo pienso, tal vez se detuvo porque yo era menor de edad, y ha de haber pensado que, si recibía una demanda por mi culpa, seguramente no se quedaba en el país. El chiste es que las cosas se dieron hasta que yo quise, hasta que yo me desvestí, por el exceso de calentura; a ése sí me le fui directo al miembro. Ahora sí ya sabía qué debía hacerse. Mientras le hacía sexo oral, él agarró mis nalgas y las acomodó de tal forma que su mano y sus dedos alcanzaran mi pubis. ¡Salté! Sentí raro, pero ya estaba mojada. Era raro sentirme tocada así... Yo seguí las indicaciones que me había enseñado Jorge... Y tenía razón: no fue tan desagradable como cuando lo hice con él. De repente noté que el profesor se quedó quieto. Levanté la cara y vi que se me quedaba viendo muy serio:

”—¿Eres virgen? —dijo.

”—Sí —le contesté, tratando de estar a la altura de las circunstancias.

”—¿Y no te importa?

”—¿Qué?

”—Dejar de ser virgen.

”—No sé —dije.

”Era sincera. No sabía qué significaba dejar de ser virgen. Sí sabía que las mujeres que ya no son vírgenes no eran bien vistas, pero no sabía en qué consistía perder la virginidad.

”—¿Te gusta estar conmigo? —preguntó.

”—¡Sí! Me encantas —respondí, jubilosa.

”Así que continuó con la ardua tarea de desafanarme de ese estorbo. Me acomodó en la cama y me dijo que tal vez me dolería, que iba a tratar de hacerlo lo más suave posible. Acomodó su miembro para entrar a mi vagina; sentí un empujón muy feo adentro. Sin darme cuenta, mi cabeza fue a parar a la cabecera de la cama. Él me dijo que no me moviera; que le dijera cuando dejara de arder; mientras, me besaba muy suavemente donde podía, como si no quisiera romperme... Aunque era justo lo que estaba haciendo: romperme.

”Cuando le dije que ya no me dolía tanto, metió su pene otro poquito. Ese día se quedó quieto sobre mi cuerpo, y tiempo después supe que no eyaculó las primeras veces, mientras mi vagina se acostumbraba a su miembro. ¡Bien lindo!

”De regreso a mi casa iba pensando: ‘¿Cómo se van a enterar de que ya no soy virgen?’ Veía a la gente en el transporte público y decía: ‘Seguramente me ven porque se dieron cuenta de que ya no soy virgen’. Bajé a todos los santos del cielo para que mi madre no fuera a cacharme. Para mi madre y para la Iglesia ya no era valiosa. ¡Había perdido la virtud y hasta el apellido! ¡Zas! ¿Y ahora qué procedía? ¿Cuánto tardaría en darme cuenta? ¿Se me notaría en la cara? ¿Mis ojos me delatarían?

”¿Por qué el pastor, su esposa, mi madre y mi ‘cuñis’ hacían tanto pedo con este asunto de la virginidad? ¿Por qué me aseguraban mi estancia en el infierno por esto? Recordé la escena de Mariana cuando le dijo a mi ‘cuñis’ que ya no era virgen. Y todo el pedo que se armó... el llanto de Mariana... el enorgullecimiento de mi ‘cuñis’, la preocupación de mi madre... Si Mariana no se hubiera casado por la virginidad perdida, seguro que su vida habría sido peor... Por un lado sentí muy rico acostarme con el ruso; por el otro, estaba angustiada, muy angustiada... Llegué a mi casa a afrontar los hechos... No tenía alternativa; mi madre estaba en la cocina. La besé en un cachete y le pregunté qué había hecho de comer. Apenas me vio, la abracé y le dije: ‘¿De quién es esta mujer tan bella y tan linda?’ Era puro

pinche arrepentimiento. Mientras la llenaba de besos, me dijo: ‘Ándale, ya siéntate a comer’. Me senté y me sirvió la comida. Tragué sin que me supiera el bocado. Estaba segura de que de un momento a otro me iba a atravesar la cara con un golpe. Con sólo verme el rostro se daría cuenta de mi cuantiosa pérdida. Si no, ¿cómo era posible que las personas hicieran tanto escándalo? Cuando dicen que alguien ya no es virgen, ¿cómo le hacen para saberlo?

”Tendría que existir algún modo de que el mundo notara si uno es virgen o no. En mi caso, sólo que el ruso fuera a decírselo a mi mamá, y yo no lo creía capaz de una traición así. O que a mí se me ocurriera abrir la bocota... Y eso no iba a suceder. Aunque Mariana me abriera de patas, yo no iba a aceptar nada. ¡Niguas!

”Pero mi madre no dijo nada. Seguí comiendo, un poco más confiada. Tentando a la suerte, me atreví a decirle:

”—¿No me notas nada raro?

”—No —dijo después de verme el pelo, los ojos y la boca—. Nada.

”Estaba angustiada. Por dentro decía: ‘¡Qué bueno que no se notan los besos!’

”—¡Ah! —dije, aliviada.

”—¿Por qué? ¿Qué te hiciste? —inquirió.

”—¿Yo? ¡Nada! —dije, con actitud traviesa.

”—¿Estás jugando? —replicó.

”—Sí, mamá, estoy jugando contigo. No me hice nada.

”Me levanté de la mesa, le agradecí por la comida y le di un beso.

”Me fui al baño; al salir la orina me ardió la vagina, pero no pude gritar; no podía decir ni pío. A la hora de limpiarme vi el papel lleno de sangre. Lo escondí en las chichis; si me descuido, puta madre, me cachan. Si mi madre no se había dado cuenta al verme la cara... Esperaba en Dios que no se le ocurriera revisarme los calzones...

”Esperé a que llegara la noche. Me urgía que mi madre se fuera a dormir; conté los minutos que se tardó en ver televisión; no sabía cómo demonios hacer para desaparecer el papel higiénico. ¿Y si le decía que era de mi menstruación? ¿Y si no me creía? ¡Putá! No podía con mi angustia. Pobres ángeles y santos, no los soltaba. Hubiera sido mejor aventarme varios rosarios juntos, que así por separado...

”Llegó la hora de irse a dormir. Pasé por la caja de cerillos y un plato y me los llevé a mi cuarto; una vez ahí, cerré con llave, saqué el papel que

traía en las chichis; lo vi. Pensé en toda la importancia que le da la sociedad a esto... A unas cuantas manchas de sangre... El peso social que conlleva en muchas culturas, en la nuestra... Lo puse en el plato y lo quemé... Sí, le prendí fuego... Salió un flamazo que se apagó en segundos; cuando sólo sólo quedaron cenizas, subí sigilosamente a la azotea con ellas en el plato, las puse en mi mano, las levanté al cielo, cerré los ojos y, desde el fondo de mi corazón, le pedí a Dios que así, con la facilidad con que se había quemado ese pedazo de papel, se quemaran todas y cada una de las reglas contra las mujeres a las que no se les permite disfrutar del placer. Y soplé con mucha fuerza para que las cenizas se dispersaran con el viento.”

—¡Ah! —dijeron mis amigas.

—Hiciste tu rito de liberación —dijo Roberto.

—¡Sí, claro! Tenía que hacerlo —dije—. Para mí era importante redimirme ante mí misma, por las creencias católicas y evangelistas que me rodearon. Eran parte de mi cultura. Si la virginidad es algo que no se ve —continué—, ¿por qué la hacen tanto de pedo? ¿Tendrá algo que ver con el número de personas que han pasado por ese cuerpo? Si es así, ¿quién tiene las manos limpias? ¿Quién tiene el sexo puro? ¿A quién consideraríamos lo suficientemente limpio para erigirlo como juez?

—Tal vez la religión fue inventada para contener o manipular a sus seguidores... Se me hace increíble que el papel de la religión sea el control social a través de la contención del placer... —dijo Roberto.

—Sí, básicamente por el cuerpo femenino. ¿Por qué no hay forma de controlar la virginidad de los hombres? Entonces queda sólo el cuerpo de la mujer. Los placeres son parte de la naturaleza del ser humano y son vitales para vivir, como comer, defecar, o cualquier otra cosa que tenga que ver con alguno de nuestros cinco sentidos. Es decir, el cuerpo humano es una máquina de placer. Al contenerse, da origen a una sociedad neurótica... como la nuestra... Y la religión hace que uno se vigile a sí mismo —completé.

—¿Cómo? —dijo Sonia.

—A través de la culpa —dije.

—¡¿Todo eso pensabas, Renata?! —preguntó Roberto.

—¡A huevo! —contesté—. Lo que pasa es que no podía entender por qué, si la virginidad es algo que no se ve, se hace tanto alboroto. Era joven, no pendeja. Me hacía bolas entre la naturalidad del placer y las limitaciones que cercaban mis acciones, por la moral, por el qué dirán.



—Bueno, eso era antes... —dijo Sonia.

—¿Ah, sí? Sin duda ha habido avances, pero no ha sido una política de Estado... —dije.

—Sí, son avances focalizados de personas y grupos; sobre todo en Occidente —dijo Roberto.

—La neta, se me hace increíble —dije— cómo le afecta a la sociedad que una mujer sea libre de manejar su sexualidad.

—Sí, ese ejercicio libre tiene nombre: puta, zorra, golfa, *lobuki*, *lobster* —dijo Sonia.

—También me parece increíble que las violaciones no tengan mayor trascendencia. No se hace nada contra el violador. Las denuncias sólo sirven para el conteo a la hora de las estadísticas; fuera de eso, no se hace absolutamente nada. Además, los feminicidios son considerados normales.

—Sí, pero esos casos no forman parte de las estadísticas: las delegaciones tienen unas cifras; los estados, otras, y los gobernantes, otras —intervino Sonia.

—Eso está cabrón —dijo Alicia—. Pero es la neta. Creo que hasta la Jeniffer López hizo una película donde se trataba este asunto.

—¿El coprotagonista no era Antonio Banderas? —completó Roberto.

—Sí —dijo Alicia—. Creo que sí.

—Ya hasta se me antojó otro tequilita. Está rebueno el chisme —comentó Roberto.

—No, ¡ya párale! —dijimos todas.

—¡Ay, bueno, ya! ¡Al fin que ni quería hablar de todos los males que nos aquejan a nosotras, las féminas de la noche! —dijo Roberto.

—¡Qué féminas de la noche ni qué ocho cuartos! —dijo Sonia.

—¡Perdón, perdón, pero nosotras también tenemos corazón! —dijo Roberto, poniendo la mano abierta en su pecho.

—¡¿Corazón?! —dije yo—. No me hagas hablar, Roberto.

—Ay, Renata... Déjame ser, chingá.

—¿Nos vas a hablar de los males que los aquejan? —dijo Alicia.

—No, ya no voy a decir nada —respondió Roberto con dignidad fingida—. Ya sé que no se compara con la desaparición y la muerte de las mujeres, pero también al gremio de maripositas nos han matado un tipipuchal de conocidos.

—Sí, hay que reconocerlo, también les ha tocado picar piedra para que las personas respeten su forma de ver la vida —dije—. Lo importante es

que no sólo es una manifestación aquí y otra por allá, sino que se han unido y poco a poco han logrado mucho.

—Sí, así es... —dijo Roberto, inhalando con fuerza el humo de su cigarro.

—Bueno, ya vámonos a dormir —dijo Sonia.

—Sí, mañana a ver quién chingados te espera para irnos al *shopping* —secundé.

—Bueno, ya nada más para cerrar la anécdota de tu primera vez: ¿en qué quedó el asunto del ruso? —preguntó Roberto.

—Duré casi un año con él; la Secretaría de Relaciones Exteriores no le permitió quedarse y tuvo que regresar a su país.

”Nunca tuve problemas de embarazos ni nada parecido. Yo no me cuidaba porque no sabía cómo. Él fue quien me enseñó el asunto de los métodos anticonceptivos. Fue con él con quien aprendí a disfrutar mi cuerpo. Siempre me dijo qué le gustaba que le hiciera y yo tenía que decirle qué me gustaba que me hiciera. Me enseñó a desinhibirme.”

—¡Pinche suerte encabronada que tuviste! —dijo Alicia.

—Sí, qué suerte, porque en mi caso estuvo de la vil verdura —replicó Sonia.

—Cuéntanos, mana —pidió Roberto.

—No mames, Roberto, ya vámonos a dormir. Todas estamos muertas de cansancio —dijo Sonia.

—Sí, vámonos —dijimos Alicia y yo.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, queridas. Después del *shopping* me voy a tener que asolear, porque quiero llegar di-vi-na a México —se despidió Roberto.

La primera vez que asistí a una fiesta de *swingers* fue en Altavista, en una casa de ricos, en el sur de la ciudad. Fui invitada por un actor con mucha presencia y sonrisa agradable, quien me dijo que la casa era de una actriz famosa. Se reuniría el elenco de una telenovela, por lo cual me convenía ir. Ignoraba en ese momento que se trataría de *swingers*. Me arreglé como si fuera a un antro: vestido entallado que apenas cubría mi trasero —me quedaba un centímetro debajo de las nalgas, de modo que no podía sentarme sin enseñar—, el cabello suelto y quebrado hasta media espalda, las zapatillas muy altas.

Llegué y me atendió un mesero guapísimo que me hizo pasar. Saludé a algunas personas que conocía. El mesero me ofreció algo de tomar:

—Sólo agua mineral con jugo de limón, en vaso escarchado —dije.

Me fui a acomodar en unas periqueras blancas que estaban cerca de una cantina. De esa manera podía recargarme sin sentarme. Me veía sexy, sin mostrar todo. No quise sentarme en los sillones para no dar un espectáculo.

Para mi tranquilidad, el actor que me invitó llegó, acompañado por una chica demasiado sencilla para mi gusto. No había nada en ella que llamara la atención; no pertenecía al medio artístico. Las luces en el *hall* no eran fuertes; eran más bien discretas. La dueña de la casa era una actriz de prestigio. Bajó de la planta alta con un vestido más entallado que el mío, el suyo de encaje negro transparente. Al principio creí que tenía tela color carne de forro, pero al ver sus pezones asomar por el encaje, bajé la mirada para ver si traía tanga. Como no distinguí esa prenda juré que usaba calzones color carne; sólo mucho después me di cuenta de que no traía nada. Nada. Tenía el pubis rasurado. Me impactó. En ese entonces no se usaba quitarse el vello del pubis; la moda era dejarse todo el bosque, sin recortar.

La bebida circulaba, y la cocaína también. Al principio, los asistentes a la fiesta iban al baño, solos o en parejas; después, el acompañante de la actriz sacó un sobre y puso varias líneas en la cantina. Se dio el lujo de poner polvo blanco en copas de coctel, para que los que quisieran metieran la nariz ahí. Me acordé de la película de *Scarface*, donde Al Pacino mete la

cara en el montón de cocaína que tiene sobre su escritorio. Era irreal.

Mi amigo y su pareja se detuvieron junto a mí y me preguntaron qué estaba tomando; les dije que vodka con agua quina, porque es la que huele menos a alcohol. Le entraron a la coca; me invitaron a hacerlo yo también. Les dije que ya la había ingerido. Mentí, pues.

La dueña de la casa pidió que bajaran la intensidad de las luces. Se puso en medio del salón y nos dijo que veía caras nuevas, cosa que la complacía mucho; esperaba que todos disfrutáramos de la velada, porque para eso era, para deleite de nuestros sentidos. La única regla: no hacer nada que la mujer no quiera.

Empecé a ponerme nerviosa; para tragar saliva le pedí al mesero guapo otro “*vodka&tonic*”.

Una música de jazz sonó en el estéreo. Cambiaron el color de algunas luces, como lo hacen en un antro. Salió una chica con un cuerpo precioso. El “locutor” dijo que era “¡Magnolia!” Su atuendo era completamente rojo: minifalda, blusa, zapatos. Empezó a bailar suavemente al centro y luego se desplazó por todo el lugar. Morena, menos de veinticuatro años, piel firme, se le marcaban los músculos; tenía cabellera larga y negra, y ojos grandes. Se quitó la blusa y la falda y se quedó en un bikini de seda negro, hermoso. Los broches en medio de los senos y a las orillas de las caderas eran de herrajes dorados. Se puso frente a mí; se sentó en mis piernas, me tomó ambas manos y las puso sobre sus senos. Sentí las miradas de todos. Acaricié sus senos, que eran duros; sus pezones estaban erguidos. Se volteó frente a mí, subió una pierna y yo la acaricié; acerqué mi boca a su mejilla y le dije: “Gracias, eres hermosa”. Sonrió y se fue bailando para otros. Hizo que un invitado le quitara el bikini y quedó en tanga. Movía rápido los glúteos e hizo que la nalguearan.

Los ánimos de todos estaban exaltados. Los que parecían no inmutarse eran los del personal de servicio. Ellos iban y venían afanosamente, tratando de atender a todos. Cuando terminó el baile de Magnolia, quien se quedó parada, como haciendo una reverencia de bienvenida, la anfitriona presentó a Christian, un muchacho veinteañero vestido con *smoking* que bailaba divino, se notaba a leguas que había estudiado danza clásica o contemporánea. Cada uno se ocupaba de un extremo.

Christian también se desvistió cuando pasaba entre los invitados; y también se quedó en bikini. Se acercó a Magnolia y bailó con ella. Él empezó a quitar la tanga de ella con los dientes, mientras todos aplaudían y

gritaban.

Jalar la tanga era un mero pretexto para acercar su boca al sexo de Magnolia, donde metía la lengua una y otra vez. Ella jaló una cinta y la tanga se deslizó hasta el suelo. El joven procedió a quitarse el bikini y se quedó en tanga. Tenía los músculos del torso marcados; su abdomen y su pecho parecían los de una escultura griega. Ella se puso de rodillas frente a él, y mientras con la boca cubría su pene, bajó la tanga, hizo que Christian levantara una pierna y luego la otra, y buscaron una silla.

Ahí, frente a todos, Christian empezó a penetrar a Magnolia en diferentes posturas; unos miraban y otros acariciaban a sus parejas o a las personas con quienes habían asistido. Los que miraban estaban cómodamente sentados, con la pierna cruzada, como si vieran una película; fumaban un cigarro y se echaban una grapa. Nadie se inmutaba; todo era muy normal.

Mi amigo me preguntó que si quería participar. Turbada, le contesté que no. Estaba atónita. Las fiestas en las que yo había participado eran sólo de dos: el otro y yo.

El mesero guapo me dijo que si necesitaba algo sólo lo pidiera. Me dijo: “Lo que quiera”, dándome a entender que estaba para “atendernos”. Unos cogían de trenecito, de a tres, de a dos; algunos gays con hombres. Me fui atrás de la barra, fingiendo que buscaba un vaso; quería mirar, pero no que me tocaran. No podía dejar de ver el espectáculo que ocurría frente a mis ojos. Los que vi siempre serios parecían actores porno, libres de inhibiciones.

La acompañante del actor con el que iba estaba frenética en medio de mi amigo y otro hombre. Era escandalosa; mientras uno la penetraba, ella succionaba el miembro del otro. Sus pujidos eran fuertes; no cazaban con su imagen de tímida y sosa. Tenía unos senos hermosos. Hasta entonces entendí la química entre ambos. Sinceramente hubo un momento en el que no sabía qué me estaba jalando más: si la excitación o el morbo.

No me di cuenta de cómo la actriz famosa, la del vestido transparente, se acercó copa en mano y me dijo: “¡Salud!”, justo cuando estaba pensando en la manera de zafarme. Levanté mi vaso al mismo tiempo que ella.

—¡Salud! —dije.

—Nunca habías venido, Renata, ¿verdad?

—Sí, soy Renata. Y no, nunca había venido —contesté.

—Ésta es tu casa. Generalmente nos reunimos los jueves después de las

diez treinta.

—Ah, sí, gracias —contesté tontamente; me sentía fuera de lugar.

—Como puedes ver, nos divertimos sanamente; nadie hace nada que no quiera hacer —dijo.

—Sí, es eso importante.

Algo me decía que yo estaba acartonada: todos alrededor de mí cogiendo y yo metida en mi vestido apretado. Pero tampoco quería desnudarme ahí...

—Además, aquí todos somos amigos. Lo que sucede aquí, aquí se queda.

—Sí, la seguridad y la confidencialidad son muy importantes...

Yo seguía sintiéndome incómoda.

—Cada quien busca placer a su manera —dijo.

—Y el placer no duele —dije sonriendo.

—¡Exacto! Nos hacemos tanto daño poniéndonos etiquetas. Mío, tuyo, etcétera... Mi marido, mi mujer, mi, mi, mi... —continuó.

—Y ésta es una forma grandiosa de romper el tabú del sexo —dije.

—Mi ex marido fue el que me inició en esto... —comentó.

—¿Fue difícil?

Inhaló profundamente.

—¡Claro que sí! Pero sólo fue al principio —intentó sonreír—. Es como cuando pierdes la virginidad.

—¿Te dolió? —pregunté.

Una sombra cubrió su rostro.

—Sí... —dijo, y tomó un trago que le costó hacer pasar por su garganta—. Amaba a mi marido —confesó—. Y lo encontré con mi hija...

—¿Con tu hija?! —dije, sorprendida.

—Sí, ella no es hija suya, sólo mía —emitió un sonido parco que salía de su garganta.

—¿Y qué hiciste? —inquirí.

Levantó los hombros.

—Nada. Me dijo que si yo no quería que me dañara, lo iba a hacer a mis espaldas. Que me relajara, que tomara lo mejor de la sociedad. Me dijo: ¿tienes una familia ante los demás, tienes todo lo que quieres y necesitas?

—¿Y eso es real? Digo, ¿tienes todo lo que quieres? —dije.

Sacudió la cabeza, como tratando de recuperarse.

—Más o menos —dijo, y suspiró—. En fin, estás aquí para pasar un buen rato, no para escuchar mis dramas. ¡Digamos salud!

—¡Salud! —levanté mi copa y agregué—: Eres una gran actriz, con

mucho prestigio. Muchas de las que estamos en este medio te admiramos. Digo, admiramos tu trabajo, tu desarrollo, tu carrera. Eres una gran figura de México...

—Gracias —dijo, un tanto amargada.

Llamó a un mesero con una seña especial que yo no sabría cómo describir, pero que los meseros conocían muy bien.

—Escucha —dijo—. No soy hipócrita, pero tampoco quiero que seas mi psicoanalista; con la que tengo ya es suficiente. Vamos a divertirnos.

Apareció el mesero guapo, con una copa enorme como de una extramargarita con cápsulas de diferentes tamaños y colores.

—Te recomiendo éstas —la actriz tomó una cápsula azul y quiso ponerméla en la boca.

La alcancé a tomar de sus dedos, sin ser grosera. Me la puse entre mis dientes. Mi interlocutora se volvió hacia el mesero para darle instrucciones que no escuché. Tragué la cápsula con un sorbo de mi “*vodka&tonic*”. Ella tomó una cápsula azul y otra rosa mexicano; ingirió ambas. Levantó su copa y brindó conmigo. Y empezó a bailar al ritmo de la música, frente a mí. Lo mínimo que podía hacer era imitarla. Al principio traté de ignorar la fingida alegría con la que se comportaba, y sólo vi a la mujer; una mujer cuidada con arreglos de bisturí, la piel estirada y maquillada, con ojos enormes color verde-azul como el mar de Cancún y una mirada llena de nubarrones a punto de estallar. Quería hablar con ella, que me dijera lo que sentía. Lo prefería a seguir bailando. Me acerqué a su oído y le dije:

—¿No prefieres que nos sentemos un rato?

Hizo cara de “me vale madres” y buscamos un lugar para sentarnos. Al hacerlo, mi vestido se subió y se me vieron los calzones, pero todo mundo estaba en lo suyo y nadie más se dio cuenta. La actriz y yo éramos las más cubiertas.

—Tienes una piel de *luxé... gorgeous!* —exclamó, al tiempo que acariciaba una de mis piernas.

Impulsivamente detuve su mano antes de que su dedo meñique llegara a mi ropa íntima.

—Cuéntame: ¿cómo arreglaste el asunto de tu hija y tu ex? —dije.

—Renata, ¿verdad? Perdón, pero se me barre tu nombre.

—Sí, Renata. No te preocupes —contesté.

—Renata, Renata, yo no elegí esta vida. Más bien, la vida me escogió a mí. Yo no quería dedicarme a la farándula, y me dediqué a la artisteada.

Quería ser una mujer normal, casada, con un hogar, y cuidar a mi familia... Eso quería... Y mírame ahora... estoy sola —señaló a su alrededor—, compartiendo con una hermosa mujer como tú... —acercó su boca a mi oído y murmuró—: Muero por besar tus senos... —entonces recorrió uno de mis senos con una mano, mientras con la otra seguía sosteniendo su bebida, que poco después dejó en una mesa cercana, y continuó hablando —: Eres una muñeca escultural...

Cerré los ojos. La pastilla estaba haciendo su efecto; la música empezó a cobrar otro sentido. Me levanté rápidamente y empecé a bailar de manera provocativa para ella, que también movía su cuerpo. Dijo que se moría de calor y me dio la espalda para que la ayudara con el cierre de su vestido; lo bajé hasta la cintura. Ella cruzó los brazos y se zafó el vestido; de un solo tirón lo dejó caer al piso y con la punta del pie lo aventó a un lado. Me impactó... No sé, me sentí aturdida; la veía toda y al mismo tiempo no quería verla... Era una sensación extraña. Se pegó a mi cuerpo y metió su lengua en mi boca... Creí que sentiría diferente, por ser una mujer... Efectivamente, sus labios eran muy suaves y delgados. Me jaló nuevamente al sillón, en el que casi me caigo. Siguió cachondeándose. Sus dedos estaban en mi vagina y yo... estaba a punto de turrón... corrida. Así, con el calzón puesto, con el vestido arremangado, con los tacones, con mi sostén... Todo estaba en su lugar, excepto yo misma... Zafé mi vestido y me abalancé sobre ella. Sólo me detenía para tomar un trago de “*vodka&tonic*”. Cuando me di cuenta, ya estaba amaneciendo. No obstante, aún tenía el cabello bastante húmedo, la boca seca, la entrepierna pegajosa. Me incorporé; la actriz ya no estaba. En los sillones más lejanos aún había algunas parejas. Los que habían bajado su ritmo de trabajo eran los meseros. Los feos, porque al guapo ya no lo vi por ningún lado. Mi amigo, el que me había invitado, tampoco estaba.

Busqué mis zapatos, mi brasier, mi vestido, mi bolsa; traté de arreglarme. Pregunté a los meseros si tenían café. Me dijeron que no, así que pedí un refresco de cola; bebí casi todo. Pasé al baño, me lavé la cara... Sentía la boca sucia y no llevaba mi cepillo de dientes. No podía creerlo: el rímel corrido debajo de los ojos, el cabello como un nido de ave, los labios hinchados, el maquillaje y la sombra de los párpados habían desaparecido. Era una verdadera facha. Me arreglé lo mejor que pude y me fui.

Al llegar a mi casa rogué a Dios por que ningún vecino me viera llegar en esas condiciones. Por fortuna, en el auto traía una gorra y unos lentes



oscuros que utilizo cuando hago ejercicio. Con eso llegué.

Me di un baño, mientras daba tiempo a que estuviera listo el café; eran las siete y media de la mañana. Salí, encendí el televisor, me puse un short, una playera, y me recosté en la sala de televisión; el café me supo a gloria. Fumé un cigarro y me quedé dormida.

Cuando desperté me moría de hambre. Fui al refrigerador: sólo había pan de caja, una rebanada de jamón de pavo y queso panela; los calenté y los devoré. Revisé mi agenda: tenía una entrevista para radio a las cuatro de la tarde. Quería ver otro rato la televisión, pero tenía que buscar mi *outfit*. Me di cuenta de que no quería pensar en lo que había sucedido con la actriz.

No quería pasar por el tamiz moral el hecho de que había tenido una noche lésbica. Tampoco quería pensar si me había gustado o no. Tuve muchos orgasmos, pero es posible que hubieran sido provocados por el éxtasis que me tragué. Aún no podía discernir qué quería o qué había significado esa experiencia para mí. Lo que debía hacer era patentar el éxtasis para las mujeres frías. Si existe el viagra para los hombres, pues... un viagra para féminas... mmmhhh... Si tuviera que pagar por cada orgasmo que he tenido, hoy estaría en la ruina. Voy a dejar de pensar tantas pendejadas y ocuparme de lo que tengo que hacer... ¿Es pecado sentir tanto placer? Porque lo de anoche fue pura lujuria... que ni qué. ¿La cachondez será hereditaria?

Cuando era adolescente y empecé a descubrir el placer, según mis cálculos ya andaba yo como en el segundo círculo del infierno. A estas alturas... seguramente no quepo ni en el noveno. ¡Zas!

No sólo me voy al infierno, que es un lugar caliente, sino que, por caliente, voy a dar a un lugar aún más caliente.

Sonó el teléfono de la casa. Era una de mis sobrinas; me pedía que no se me fuera a olvidar que tenía que pasar por ella para que me acompañara a mi entrevista de radio... Amo a mis sobrinas. La chica, la de quince, dice que quiere ser periodista.

En una ocasión me mandaron un auto precioso con un enorme moño a la casa de mi madre; cuando llegué, pregunté emocionada:

—¿De quién es?

—¡Te lo mandaron! Seguramente porque hiciste algo, y ése es tu pago

—dijo mi cuñado.

Insinuaba que había tenido relaciones sexuales con alguien y que así me pagaban. La tarjeta estaba en la mesa. Vi de quién era. Acto seguido tomé el teléfono y llamé a la persona que tuvo la generosidad de enviarme el coche.

—¿Cómo estás? Te agradezco enormemente el detalle del auto, y tu hermosa tarjeta, pero no entiendo para qué me lo enviaste. ¡Ah! Es un regalo de tu parte. Qué detallazo. Te pido de favor que te lo lleves. Sí, sí, no lo quiero, llévatelo.

Al otro lado de la línea, mi interlocutor no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Por lo que terminé diciéndole:

—Tengo un auto y no necesito otro, estoy muy cómoda con él. Gracias —le respondí al dadivoso y colgué.

Mariana y mi “cuñis” no podían creer lo que acababan de escuchar. Mariana me dijo después que ése precisamente era el auto de sus sueños. Una semana más tarde se lo envié a Mariana; al dadivoso le pedí que me lo enviara pero con la factura a mi nombre, para hacer lo que quisiera con él.

Si había algo que pudiera darle a Mariana o a las niñas, sin importar el precio, lo hacía con gusto. Me llenaba de felicidad darles. Resarcir a mi hermana de todos los huecos que nuestras diferencias habían formado. También quería que ella mostrara cierto orgullo por tenerme a su lado. Desde el nacimiento de su primera niña, volqué en ellas cariño, tiempo, atención, amor. Todo.

Mi cuñado se enojó porque le regalé el coche a Mariana. Yo no le expliqué que ella lo quería; en vez de eso le dije que si no le gustaba, que lo vendiera. De esa manera el problema ya sería entre Mariana y él. No había nada que yo pudiera hacer bien. Muchas veces pensé que Mariana le había contado a mi cuñado todo lo que viví desde que nací, y que por eso la agarraba contra mí. Y al pasar los años su actitud hacia mí se endureció; cada vez era más su encono. Pero cuando estábamos solos, para él yo era la mujer más impactante del universo; se sentía orgulloso de mí. Frente a todos, carecía de valor. Luchó de manera denodada por desvalorizar todo lo que yo hacía. No era digna absolutamente de nada, mucho menos de confianza. ¿Por qué despedazarme?

Por otro lado, se aprovechó cuanto pudo de mis amigos tratando de que participaran en sus proyectos, aduciendo que era mi cuñado. Proyectos fantasmas, en los que lo único que quería era ganar dinero fácil.

Estábamos grabando una telenovela en un precioso hotel de Tepoztlán. En el descanso para el cambio de vestuario, un amigo del director de la telenovela, de nombre Guillermo Urbide, se me acercó para hablarme del estatus económico de mi familia. Hice cara de que no entendía a qué se refería. Intentó explicarme que mi cuñado le había hablado acerca de las antenas parabólicas (que apenas se estaban dando a conocer en México) y que seguramente éstas le estaban redituando un considerable éxito económico.

Mientras más explicaba, más me hacía bolas. No entendía de qué hablaba. Lo único cierto era que sólo tenía una hermana, que estaba casada con alguien que era mi cuñado. Pero no entendía la relación entre la profesión de médico de mi cuñado y las antenas; tampoco entendía qué carajos tenía que ver este fulano con mi “cuñis”. ¿Cómo se conocieron? ¿Cómo fue que mi cuñado se acercó a esta persona y, sobre todo, con qué fin?

Entendía bien el cúmulo de sentimientos negativos de Mariana hacia mi persona, e incluso que mi cuñado, por apoyarla, no me bajara de puta; pero, ¿qué tenían que ver personas de mi círculo profesional con él?

Además, el tiempo juntas, la historia de Mariana, las diferencias entre ambas, las muestras de cariño que mi madre me daba, explicaban el odio que mi hermana sentía por mí. Pero en el caso de mi cuñado, ¿cuál era el motivo de sus rencillas conmigo? ¿Qué le hice? ¿Por qué me hostigó? Nunca pude comprender por qué me odiaba tanto.

Puedo entender que alguna vez deseara acostarse conmigo, que frente a mi madre y mi hermana se tomara atribuciones que no le correspondían, o que tratara de ser el padre que no tuve. Pero lo que no me quedaba claro era por qué odiaba tanto que me superara, que me fuera bien, que mi madre me consintiera.

Cualquier peldaño que subiera en mi carrera o cualquier logro económico, él se lo atribuía a que le habíadado las nalgas a alguien; nunca pudo dar crédito a que me fuera bien porque sí, o porque yo fuera buena en lo que hacía. Años después, cuando me dediqué al modelaje y a la actuación, aseveró que mi éxito se lo debía, primero, a que soy mujer; segundo, a que soy una zorra. Que si él hubiera sido mujer, hubiera llegado muchísimo más lejos que yo. Seguramente porque, según sus propios parámetros, hubiera sido bien golfo. O bien puto. De todas formas lo era. ¿Qué? Pues puto, culero, farsante, o cualquier otro adjetivo peyorativo; el

que fuera le venía bien.

Mi cuñado medía 1.85 metros de estatura; era moreno, gordo, bofo, de esos que se desparraman se vistan como se vistan; tenía poco cabello, bueno, tenía las entradas grandes, como la entrada de un tráiler... ¡cargado!; desnalgado, nariz fea y cicatrices de acné. Donde fuera, era el centro de atención. Según él porque vestía bien: usaba un relojazo de marca, sus zapatos combinaban con el cinturón, todas las camisas que vestía tenían sus iniciales bordadas; cargaba la mariconera, la cartera, el clip, la pluma Mont Blanc. El color de sus lentes de sol combinaba con el color de su ropa. Sus chamarras eran de un material hecho con nanosferas, o algo así, una tecnología de punta, de tal manera que, a pesar de ser muy delgadas, no permiten el paso del aire. No tenía la personalidad ni el porte para usar esas monerías, pero él se sentía más guapo que cualquier Agente 007. Todas las pinches viejas se morían por que se las cogiera. Obviamente tenía mucho éxito con las mujeres, por ser tan galán. Las viejas que se le iban “vivas” era porque él no quería con ellas. Procuraba estar limpio y lucir impecable; tenía una enorme colección de lociones de marca. Cargaba con una pequeña toalla blanca para secar el sudor de su nuca, pues le daban bochornos por el exceso de kilos. No soportaba tener vellos en las fosas nasales, ni en las orejas, así que se los arrancaba con los dedos... ¡en público! Le valía madres si estaba en un buen restaurante o en un avión de primera clase. Yo decía que para qué servía tanto adorno, si el árbol estaba tan ancho y pelón.

Supimos que este dulce de almíbar anduvo metido en un lío de venta de huesos. Su caso salió en las noticias, fue más famoso y más importante que mi brillante carrera de actriz. El angelito y otros colegas conseguían huesos y cartílagos de personas muertas, para lo cual contactaron agencias mortuorias que les avisaban de los cuerpos que iban a ser incinerados. Iba algún médico del grupo, cortaba lo que necesitaban y se lo llevaba sin avisar a los parientes, obvio. Cuando no eran incinerados los cuerpos, entraban a un cuarto, sacaban la plancha de metal con el cuerpo, lo abrían con el bisturí de la parte que necesitaran y colocaban PVC en su lugar. Sí, ¡el tubo que se usa para las cañerías! Cerraban el cuerpo, los de la agencia

mortuoria lo vestían, y ni quien se diera cuenta de lo que había pasado. Para hacer el envío, arreglaban los papeles con una causa de muerte, como un ataque al corazón, y le ponían la edad conveniente. Uno de los problemas por los que esto empezó a salir a la luz fue que traspasaron la funeraria a otros dueños. Además, lo realmente malo fue que no les importó si las personas morían de cáncer, sida, tuberculosis, hepatitis o alguna otra enfermedad contagiosa, nada. Lo importante era tener “las partes” que requerían.

El negocio era muy bueno; llegaron a exportar a varias partes de Europa y Estados Unidos. Era tan sencillo como ir a buscar autopartes a la colonia Doctores.

—¿Qué necesita, patroncita?

—Un faro para Chevrolet modelo 2007, Astra.

—Se lo traemos en diez minutos.

—¿Cuánto?

—Mil más la carrera, ¿no?

—¡No mames! Mejor lo compro en la agencia...

—De veras, señito; es que esos carros no son muy comunes... Bueno, se lo dejo en un quiñón, para que vea que soy ley...

—¿Un quiñón?, ¿qué es eso?

—¿Pues cómo qué? Un quiñón es un quinientón.

Así mi cuñado. ¿Qué necesitas? ¿Una rótula? ¿Una tibia? ¿Un fémur?...

¿Cuántas personas se contagiaron con los huesos infectados? Hasta la fecha nadie lo sabe; creo que ni siquiera mi cuñado ni sus colegas. Ellos veían dinero, así que hacían lo que necesitaban hacer para conseguirlo y punto.

Aquí en México no hubo tanto alboroto; en los periódicos el caso apenas mereció una breve nota donde aparecían mi cuñado y sus amigos esposados. Pero la nota ni siquiera llamaba la atención.

El tráfico de órganos es un tema que no nos afecta, y de huesos, menos. Si algo tenemos es mexicanos, y muchos. Si lo que se llevan ya no nos sirve... pues hay mucho más de qué preocuparse. Somos líderes en asesinatos, desaparecidos, tráfico de infantes, narcotráfico y panteones privados —aquí les llaman fosas clandestinas—. Imagínense, no hay registros de los cadáveres de las fosas clandestinas que son descubiertas; nunca se sabe quiénes fueron en vida. No hay listas de desaparecidos... Bueno, sí las hay, pero no están completas ni actualizadas. Una sola

persona desapareció a ¡trescientas cincuenta! ¡Ni siquiera él sabía quiénes eran! Recibía instrucciones: “Te mando uno o dos ‘paquetes’”, y él se encargaba de desaparecerlos en ácido. ¿Qué tanto afectó que se llevaran unos cuantos huesos fuera de México?

Los que sí estuvieron preocupados fueron los vecinos del país de al lado, porque las investigaciones determinaron qué personas habían recibido “material”, en qué hospitales fueron atendidas, cuáles fueron los protocolos que siguieron para verificar la sanidad de los huesos y los cartílagos que utilizaron. Quiénes y cuántos pacientes quedaron bien y cuántos resultaron con enfermedades que no tenían antes del transplante.

Todo empezó cuando a un adolescente le colocaron un fémur y cartílago de un cadáver con sida. obviamente, ese paciente no era mexicano. Pues no hemos tenido ninguna noticia parecida, tal vez porque aquí no contamos con tratamientos de esa naturaleza. Sin embargo, la noticia ocupó los titulares en Estados Unidos y en algunas partes de Europa; por eso dije que mi cuñado fue más famoso que yo, porque de mí nada saben en el extranjero, pero de mi cuñadito sí. No sé de dónde venían las líneas de investigación. No pudieron encontrar la cantidad exacta de personas a las que les fueron extraídos huesos y cartílagos; mucho menos existían documentos de las personas a las que les fueron implantados.

Hicieron allanamientos en las oficinas y en la casa de mi cuñado. Los datos contenidos en una computadora no coincidían con los de otra que tenía en su casa; todo estaba patas arriba.

La Interpol lo estuvo cazando más de un año. Hizo un viaje a Europa y desde allá lo siguieron a Miami; lo agarraron aquí en México. Estuvo bajo arraigo algunos meses, en una casa de alta seguridad; luego lo metieron a la cárcel y de ahí lo mandaron a Estados Unidos, extraditado. Según él andaba escondido, pero usaba sus tarjetas de crédito. Estuvo tan ocupado, que no se dio cuenta de que la tecnología está muy avanzada, o tenía en el fondo de su ser a un megalómano que no le permitía ver sus errores.

Yo había estado siguiendo la noticia por los periódicos pero, como no decían mucho, quise ver a Mariana para que me contara. Ella seguramente tenía una versión más fidedigna.

Lo bueno de todo esto fue que mi hermana se había separado de mi “cuñis” con antelación, así que sólo le tocó comparecer ante la justicia de Estados

Unidos para hacer algunas declaraciones; nada que ver con el asunto de los huesos. Incluso permitió que se llevaran la computadora que había sido de mi “cuñis”, para que la revisaran y obtuvieran evidencias. Mariana, muy preparada en cuanto a documentos se refiere, hasta les llevó copia de la orden de la pensión alimenticia, para que vieran la fecha en la que se separaron y cuándo la había solicitado, así como el dinero que recibían de esa pensión las niñas. De ese modo la deslindaron de cualquier asunto en el que mi cuñado estuviera metido.

Mariana se separó después de catorce años de infeliz matrimonio. Tuvo dos hijas con mi cuñado. Éste no demostró que le importaran las niñas, ni antes ni después de salir de la cárcel. Mi hermana organizó su vida y regresó a estudiar la prepa. Trabajaba en las mañanas hasta las tres, corría a su casa para preparar la comida para sus hijas, las dejaba encargadas con una vecina y corría a la escuela. Estudió psicología en la UNAM. Parecía hormiga, siempre corre, corre, corre.

Regresó junto con las niñas a casa de mi madre porque le quedaba más cerca de la universidad; así podía estudiar, no tenía que pagar renta y mi madre cuidaba a las niñas. Eso fue lo que pensé al principio. Sin embargo, en cuanto llegó, en lugar de saludarme y ponernos de acuerdo sobre qué lugares iba a ocupar, lo primero que dijo fue:

—¿Dónde están las escrituras de esta casa?

Llegó con la espada desenvainada, lista para luchar contra mí.

Yo le había comentado antes que quería solicitar un préstamo bancario para poder ampliar la casa, pero nunca hice el trámite. Así que le contesté:

—En su lugar, nunca las he movido de ahí.

Me dio órdenes de que le entregara los documentos INMEDIATAMENTE. Respiré hondo y fui por ellos. Me sentía otra vez como si fuera niña y me hiciera ir a buscar mi cuaderno de tareas, para reprenderme por los taches que me había puesto la maestra.

—Aquí están —dije.

Buscó las escrituras originales, las revisó, emitió un suspiro de alivio y quedó satisfecha. Ya no dijo nada.

Mariana decidió quedarse en el cuarto de mi madre. A mí no me quedó otra alternativa que apilar mis cosas donde menos estorbaran: en el patio y debajo de una escalera. Para dormirme hacía uso del sillón de la sala. Muchos de mis muebles que no cupieron se quedaron a la intemperie; como era época de lluvias, se echaron a perder, y también parte de mi ropa,



que estaba encimada y húmeda. Mis sobrinas, las hijas de Mariana —Pao es mi sobrina mayor, tiene catorce años; María José, la chica, once—, ocuparon el cuarto que era mío. Mi hermana nunca me preguntó si quería ceder mi cuarto o no; no pidió mi parecer, ella sólo hizo lo que quería hacer.

Dos meses después, mi hermana me dijo que por qué no arreglaba algún cuarto en la azotea, y que me subiera para que estuviera más cómoda.

—Te lo digo por tu bien, no es que me estorbes...

Lo hice. Me fui a la azotea. Mariana nunca levanta la voz, no discute, ni dice groserías; cuando se enoja se pone roja y procura bajar su tono de voz lo más posible; pronuncia cada sílaba como si la deletreara. Cuando ella “sugiere” algo, es una orden.

Mi ropa no cabía y hacía un calor del demonio con el techo de láminas. Colgué mis vestidos encima de mi cama, así que nunca pude incorporarme, ni para ver la televisión ni para leer. Me dio por buscar cafés para ir a leer los guiones que me presentaban para trabajar.

Mariana tenía miedo de que fuera a empeñar las escrituras o a darles mal uso. Pero su temor más grande era que yo me quedara con esa casa. El testamento está hecho a nombre de las dos. Soy muy consciente de que si hay alguien que se sacrificó para construir esa casa fue ella. Así que no tengo ningún interés en hacer valer el testamento.

En esa etapa de nuestras vidas, las cosas entre ambas eran difíciles. Cuando no estoy de acuerdo con algo, generalmente me callo o “pinto mi raya”. No tengo ninguna intención de pelear el testamento de esa casa. Entre mi madre y ella lucharon por construirla; de mi parte no hay más que agradecimiento por haber tenido un lugar donde vivir durante mi infancia y mi adolescencia.

Renté un departamento y me fui. En ese lugar estuve como diez años, hasta que pude comprar la casa de Coyoacán. Mariana, Pao y María José se quedaron en la casa de mi madre. Mi hermana tramitó la pensión alimenticia, con la cual pagaba algunos gastos de las niñas.

Fue difícil para ella trabajar en la mañana como asistente de un diputado de la XLI Legislatura y en la tarde asistir a la universidad. Entretenía a las niñas con clases de música, gimnasia y natación; música en la Escuela de Música de la UNAM, y natación y gimnasia en la Alberca Olímpica. Toda la semana era correr de un lado a otro con sus hijas. No estaba muy segura del asunto de tener entretenidas a las niñas; yo creo que nos entreteníamos más

Mariana y yo al llevarlas a todas sus actividades. Cuando podía pasar por alguna de ellas a su escuela, iba y la dejaba en casa de mi madre o en casa de las tías de mi “cuñis”. Para mí era una forma de ayudar a mi hermana.

Su sueldo no era mucho, pero era una persona muy organizada, así que la pensión que logró la asignó a una cuenta bancaria a nombre de mis sobrinas. Ellas pueden usar ese dinero para transporte o para comprar el material que les piden en la escuela.

Ha invertido una parte de su sueldo para comprar joyería de oro que luego vende a plazos en su trabajo. Viaja en metro con un dineral. Coloca todos sus muestrarios en envases de Tupperware, y éstos, a su vez, en bolsas de plástico. Nada que llame la atención. Empezó con un pedazo de tela de terciopelo negro, y ahora trae como cinco envases de plástico llenos de joyas. Siempre le he dicho que se equivocó de carrera. En lugar de ser psicóloga debió ser contadora o administradora; es excelente en ese sentido. Nada escapa a su libreta de clientes. Hasta maneja un kárdex para controlar a la clientela.

En la prepa la ayudé con algunas tareas, sobre todo de literatura, mi materia favorita. También la auxiliaba en geografía, pintando mapas, mientras esperaba a las niñas. Algunos vecinos llegaron a pensar que eran hijas mías, y que trataba de ocultarlo porque seguramente no convenía para mi carrera de actriz. Y hasta salí en fotografías cuando las recogía. Nunca me di cuenta a qué hora las tomaron; el chiste es que me enteré porque alguien me dijo que ya sabía el chisme. “¿Cuál chisme?”, pregunté. Y me dijeron el asunto de las niñas. Sentí orgullo: mis sobrinas eran todo para mí. Y hubiera estado encantada de ser su mamá.

Por cierto, las tías de mi cuñado fueron quienes enseñaron el catecismo a Pao y María José para que hicieran su primera comunión.

A los treinta años reuní el dinero suficiente para cambiarme a Coyoacán, a una casita rústica con balcones que dan a la calle Tres Cruces, que está a unas cuantas cuabras del centro de Coyoacán. Invité a Mariana y a mi cuñado, aún lo era en ese entonces, a comer para darles a conocer mi nuevo hogar.

—Bonito —dijo mi “cuñis”.

—Agradable —comentó Mariana.

Mi “cuñis” veía todo: los pisos, las paredes, los techos, la madera; revisaba todo, quería encontrarle defectos.

—Con toda la gente que viene en el centro, seguramente no es nada tranquilo, ¿verdad? —dijo mi “cuñis”.

—Sí —contesté—. Es una monserga. Cada fin de semana se llena de gente que viene a comer, a tomarse una chela, a comprar un helado. Los que vienen a misa, a los festejos de la iglesia... Vivir en este lugar... es difícil... sí...

Tenían que decir cualquier cosa negativa.

—¿La adquiriste con préstamo bancario? —preguntó Mariana.

—No —contesté—, la compré de contado.

Pude ver una ligerísima mueca en la cara de mi “cuñis”.

—Dispuse una de las habitaciones para mi vestuario —expliqué—, hay una cama para visitas, pero el clóset lo usé para mis cosas.

Mariana abrió los clósets y se quedó con la boca abierta.

—¿Por qué tienes tanta ropa? —dijo asombrada.

—Porque hay producciones en las que puedo quedarme con la ropa, otra me la mandan los diseñadores para que la use y así se promueven, y la que compro yo —respondí muy orgullosa.

Un “Ah” desangelado salió de su boca.

—También acondicioné un vestidor en el baño de visitas; ahí guardo mis zapatos y mis bolsos.

—¡Todo es de marca! —exclamó Mariana.

—¡No! —me apresuré a contestar.

—No veo ninguna copia, nada es pirata —metió su cucharota el tarado

de mi “cuñis”.

Guardo mis cosas de una manera muy peculiar. Las botas de cualquier color están juntas; las zapatillas de “tiritas”, también juntas. Zapatos de vestir. Zapatos de ejercicio. Zapatos flats. Chamarras de invierno y verano, y chamarras deportivas; blusas sólo con blusas. Suéteres de cualquier color, siempre juntos. Es igual con los perfumes y las cremas: pueden ser de diferentes tamaños y formas, pero todo está según mi clasificación. Lo único con lo que tengo un cuidado diferente es con los vestidos de gala; éstos van en sus bolsas, con una etiqueta que señala el evento en el que fueron usados, y la fecha. Eso con el propósito de no ponerme el mismo vestido para el mismo evento en diferente año, para no aparecer en las revistas con el mismo *look*.

Me fascina el blanco; mi edredón, mis sábanas, mis cobijas, mi sala, mi comedor, cualquier mueble o accesorio, siempre lo elijo en blanco o hueso. Las paredes son hueso. Me da tranquilidad ese color. Los tapetes y las alfombras son color hueso también, porque contrastan con las baldosas de barro rojas.

No entiendo por qué soy tan obsesiva en ciertas cosas, como en eso de los colores. También busco cosas muy suaves; es como una fijación: las sábanas y las almohadas tienen que ser extremadamente suaves. Tengo un perfume, Ángel, del que, si pudiera encontrar un enjuague para ropa, lo compraría. Es excitante, cachondo, intenso. Sólo lo hacen en perfume y crema.

A Mariana le gusta Air du Temps, ése siempre ha sido su perfume favorito; prueba otros, pero siempre vuelve a ése. A mí ni siquiera se me fija; siento que no huelo a nada cuando me lo pongo.

Se quedaron hasta tarde. Ese día, mi cuñado tomó de todo: vino tinto, tequila, agua mineral, whisky y hasta un par de chelas. Parecía que en lo último que pensaba era en irse. Mariana me hizo señas para que ya no le diera nada de tomar. Así que se lo llevó un poco pedo.

Cuando se fueron recogí la mesa, lavé los trastes y me tomé mis pastillas para dormir. Mientras hacían efecto, me recosté a ver la televisión un rato y encendí un cigarro. Me arrepentí de haber invitado a Mariana y a mi cuñado a mi casa. ¿Cuál era el sentido de haberlo hecho? ¿Acaso quería presumir lo que había logrado? ¿Quería restregarles a ambos parte de mi éxito? Era un hecho que yo estaba feliz por haber logrado comprar mi propia casa, quería que todo mundo la viera, quería decirle a Mariana:

“Mira, Mariana, lo logré, lo logré”. Quería que se sintiera orgullosa de mí.

Por un lado, tenía ganas de compartir mi triunfo con ella; por el otro, me sentía mal, porque Mariana se tuvo que casar, no tuvo otra salida para irse de la casa, y la relación con el animal que tenía por marido era pésima, llena de gritos y quejas. No sé si alguna vez hubo golpes, pero gritos sí, muchos, constantes. Era una manera normal de comunicarse con él. Y sentía que ésa era su cruz, que tenía que mantener un matrimonio y una familia a cualquier precio. Yo, en cambio, era independiente, tenía la ropa que quería, autos, tarjetas de crédito... Mi vida estaba llena de hombres, glamur, viajes y, ahora... ahora, mi propia casa. ¡Sí!

¡Putá, qué poca madre tengo! Lo que debo hacer es mantener bajo perfil. Pero, ¿cómo chingados lo hago? Sinceramente no lo pensé, quería compartirlo. Me di de topes en la pared. ¡Ni pedo! ¡La cagué! Una vez más la cagué.

Aunque no era muy necesario, a veces tenía que ir a buscar a Mariana a su trabajo. Al terminar su carrera de psicología, rentó un consultorio en un edificio en Amores y San Borja, en la colonia Del Valle. En el edificio había varias especialidades médicas, y Mariana se dedicaba a la orientación psicológica. A veces tenía que ir a buscarla para dejarle alguna maleta de las niñas o cualquier otra cosa.

Cuando me presentaba con personas nuevas, si podía evitar decir “mi hermana”, ¡mejor! Me presentaba: Renata, fulanita. Punto. Si por azares del destino se daban cuenta de que era su hermana, las cosas se ponían turbias. “¿Renata es tu hermana?! La de la novela de... Naaaa.” Me miraban de arriba abajo, embobados.

“¡No sabía! ¿Por qué no nos habías dicho, Mariana? Qué escondidito lo tenías...”, le decían. “Renata, aconséjame, me urge bajar esta panza, dime qué dieta haces...”, pedía una. “Oye, Renata, aquel chisme de que andabas saliendo con el dueño de la televisora, ¿es real?” “¿Andas o no andas?” “¿Qué tal? Cuéntanos: ¿cómo es en la cama?” “¿Es codo o espléndido?” “¿Te trata como reina o es medio patán?” “Renata, ¿cuándo vienes otra vez? Déjanos tu teléfono para que te podamos llamar...”

Eran las cosas que me decían cuando se enteraban de que Mariana y yo éramos hermanas. Ella mejor se dedicaba a hacer sus cosas, porque las fulanitas se arremolinaban a mi alrededor, por las fotos, los autógrafos, las

dietas, la ropa, el maquillaje, el pelo...

Cuando era al revés, y era yo la que la presentaba con mis amigos, los comentarios eran: “¿Cómo?! ¿Son hermanas?! Pero no se parecen en nada. ¿Por qué son tan diferentes? ¿Ella es la mamá de tu sobrina...?! Ahhh. ¿Ustedes son hijas de la misma mamá?”

Para mí era muy normal contestarles que teníamos diferente padre; en realidad eso no significaba nada. La relación con ella y con mi madre era la misma. Así que no me pesaba ni me parecía extraño decirlo abiertamente. Mariana siempre guardaba silencio y sólo asentía con un ligero movimiento de cabeza. Para rematar yo siempre decía: “Ella se parece a su papá y yo al mío”.

Creo que mi hermana odiaba que nos compararan, odiaba que fuera a buscarla al consultorio y odiaba presentarme. Más, que mis amigos la vieran con detenimiento. Era Mariana la que procuraba evitar que me conocieran. Nunca me dijo que no fuera a buscarla. Pero yo sentía su aversión. Mariana controla con sus silencios.

Cuando era niña me moría por ser como ella...

Desde hacía tiempo quería ir sola a comer a un lugar italiano que me gusta. Andar sola, entrar al cine o ir a una cafetería no me afecta; incluso, comer sola en mi casa, tampoco. Pero ir a un restaurante de cierta categoría, eso nunca lo había hecho. Porque generalmente uno va en pareja o con amigos. El mínimo general es de dos, y no hay máximos, y el hecho de que vaya una mujer sola, no sé, tal vez equivale a someterse a la mirada de las demás mujeres, que pueden pensar que la dejaron plantada, o que no tiene a nadie que la acompañe, o que anda de zorra.

Mi intención es aprender. Aprender que, si se me antojó comer algo, no tengo por qué sentirme cohibida ni darme a la tarea de buscar a alguien para que me acompañe, porque siento feo o raro, y mucho menos sugerirle a alguien del sexo masculino que me lleve. ¡Niguas! Voy a hacer justo lo que se me dé la regalada gana.

Quería ordenar una ensalada con lechuga, queso de cabra, aceitunas negras y trocitos de salmón. Tomar una o dos copas de vino, y de postre, dos bolas de helado; una de chocolate oscuro y otra de vainilla.

Inventaba excusas para no ir; la verdad era que no quería ir sola. Ese día me desperté y conforme fue transcurriendo el día empecé a ponerme de mal humor. Todo me parecía pésimo. Negros pensamientos asomaron en mi horizonte. Estaba de malas. Necesitaba calmar mi mente; de cualquier forma no podía cambiar nada. Quería correr al hospital, estar pendiente de los resultados, pero no... no era eso lo que tú querías...

Caí en la cuenta de que estaba de malas porque justamente ese día te operarían. Tenía que entender que estaba atada de manos para apoyarte.

Esperé con una alergia que inició cuando supe de tus males; mis párpados se movían por sí mismos; no podía controlarlos. Era un tic nervioso. Me enteré por Pao y María José de tus males, porque tú no quisiste decírmelo:

—¿De qué me estás hablando? —le pregunté a mi sobrina.

—¿De qué enfermedad?

—Sí, ¿de qué la van a tratar? —volví a preguntar.

—De cáncer.

—Ahhh —dije.

Me quedé muda unos instantes.

—Sí, ya le hicieron todos los estudios y tiene fecha de cirugía el 17 de mayo. Entonces, a partir del 16, tú te harías cargo de mi abuela —dijo.

—Sí, claro. ¿Es todo? —dije, tratando de mantener el mismo tono, exento de drama.

Era lo que se esperaba que yo hiciera.

—Sí, tía. Es todo.

—Ok. Yo me encargo de mi madre a partir del 16 de mayo. No te preocupes.

En ese entonces me fui a casa, triste por la manera en que se habían dado las cosas. Pero también encabronada, por contatar qué lugar ocupaba en tu vida: ninguno. No me diste ninguna oportunidad de saberlo por ti. De oírlo de tus labios. Seguramente ante tus ojos no merezco esa clase de atención. Me lo dijo tu hija porque necesitabas que alguien se ocupara de mi madre. Y aparte de nosotras no hay nadie que tenga la responsabilidad de hacerse cargo de ella. No me pesa atenderla, ni a ti, ni a cualquiera de mis sobrinas. Me encargo de eso y de más; lo hago porque son mi familia, porque las amo.

¡Qué triste que no lo entiendas!

Hubiera sido más fácil enfrentar el problema juntas, como una familia. Por lo menos no me sentiría tan mal.

Una vez más, choco contra la barrera de contención.

14:45. Veía la televisión sin mirarla, movía el control para saber la hora. Pronto entrarías al quirófano. Debía levantarme y animarme a ir al restaurante. De cualquier manera me hablarían para notificarme los resultados de los estudios clínicos. Podía esperar y esperar y esperar. También podía dejar de respirar, contener la respiración, dejar mis pulmones llenos de aire... Hiciera lo que hiciera, nada cambiaría los resultados. Lo sufras o lo disfrutes, el tiempo es inexorable.

15:30. Inhalé fuerte; más que tomar aire, necesitaba fuerzas para levantarme. Por fin lo hice, y fui a vestirme. Me puse jeans, una playera, una diadema y tenis. Manejé media hora y llegué a Perisur. El lugar no estaba lleno; me asignaron mesa de inmediato.

Tú seguramente estás desnuda en una camilla, con una bata que en unos



minutos más te quitarán. Tienes en el brazo una intravenosa por donde te han estado inyectando suero y algún medicamento. Estarás haciendo un recuento de tus pendientes y mentalmente harás una lista de lo que ya no te fue posible arreglar. Pusiste un gran sobre sobre la almohada de tu cama. Has dejado todo listo: las fotocopias de los documentos del seguro social, a quién deben dirigirse para solicitar las cosas de tu consultorio, los recibos de honorarios de tu empleo en el hospital, tu testamento y una carta en la que indicas que estás dispuesta a que te practiquen la eutanasia en caso necesario, una carta en la que ordenas la donación de todos y cada uno de tus órganos, tanto para la ciencia como para alguna alma en pena que lo requiera. También dejaste pagado el servicio de tu funeral, el transporte, el velatorio, las flores, la misa y la incineración. Dispusiste todo para no molestar prácticamente a nadie.

No sé si en ese “a nadie” habrás incluido a Dios, pues nunca has sido creyente. Nunca te vi invocar Su nombre, tampoco rezarle; es más, creo que, aparte de las ceremonias de tus quince años y de tu boda, nunca fuiste a misa. Pero, bueno, creer en Él es una cosa y hacer *socialité* en la iglesia es otra.

Por más pecadora, golfa y zorra que te parezca, yo sí creo en un Ser Superior. Mi madre primero fue católica, luego evangelista. Y al sentirme confundida, tuve que buscar respuestas a mis preguntas. Busqué con los mormones, después en el hinduismo y en el budismo. Algo me hacía falta, adentro, en el centro del corazón. Busqué ayuda con el psicoanalista, leí libros de autoayuda en espera de respuestas a esa horrible sensación de vacío que me atosigaba el pecho. Algunas veces analicé si cada hombre al que pertenecí se llevó un poco de mí, o si en la resaca de una noche sexual dejé una parte de mi equilibrio. No lo sé. Pero lo que sí sé es que existe algo superior, algo que rige el universo. Algo que mueve mi espíritu. Es como un remolino que hace que sucedan las cosas. Cosas, coincidencias o sucesos que modifican las conductas de los seres humanos. ¿Te suena ilógico? ¿Que alguien como yo, que se pierde en el placer, sea capaz de buscar dentro de sí, de contactarse con su espíritu? ¡Ja! La vida es así: contradictoria. Todo en los seres humanos gira alrededor de un círculo.

Un soldado en plena guerra, el más ruin que te puedas imaginar, ¿cómo puede, en un momento determinado y en ciertas circunstancias, solidarizarse con su enemigo? ¿No es eso parte de la naturaleza humana?

Llegué a pensar que tal vez me hacía falta tener un hijo. Tú morías por

que yo tuviera un hijo, pero no por las razones correctas, sino porque te urgía que “alguien” controlara mis ímpetus, por ver cómo mi cuerpo cambiaba con la maternidad. Me hablabas de las horribles estrías, de la flacidez de los senos, de las desveladas...

Mi psicoanalista me dijo que tenías envidia. Cuando lo escuché, sentí rabia y coraje. ¿Cómo podía decir eso de ti, si ni siquiera te conoce? Esa tarde salí del consultorio encabronada. Ni siquiera sabía de lo que hablaba el méndigo doctorcete. Esa palabra estuvo brincando de un lado a otro, como pelota de tenis, dentro de mi cabeza. ¿Cómo alguien como tú sentía envidia por alguien como yo? ¡Vaya! Ni siquiera podía concebirlo. ¿Cómo aceptarlo?

16:45. No ha habido ninguna llamada. No sé nada de ti. Tal vez debería acudir al hospital, aunque no necesites de mí. Estar ahí, no por un compromiso moral, sino porque eres parte de mí. No necesito justificarme ante nadie. Aunque creo que es mejor respetar tus decisiones. Si no me quieres ahí, ¿para qué chingados voy? Si las noticias son malas, llegarán rápido. Ordené mi comida. ¡Cómo pesa la incertidumbre! Me dueles, a pesar mío, aunque no quiera. También siento cierta necesidad de vengarme y devolverte un poco de tu propia frialdad. Cuando me muera no quiero que nadie te avise. No quiero que sepas que ya no estoy en esta tierra. Me iré con el mismo silencio con el que siempre me castigaste.

Tengo mucho más de lo que pensé tener. Sin embargo, no puedo entender por qué me llena de tristeza que en un momento como éste me ignores. Es increíble cómo los seres humanos necesitamos una atención. Como dice Nietzsche: “La palabra más soez y la carta más grosera son mejores, son más educadas, que el silencio”.

Todo está inmóvil, sin ruido; veo mi sombra inquieta como la llama de una vela que parpadea. No es sólo mi sombra; también es mi alma, mi espíritu, desesperado por escapar del cuerpo que lo contiene. Soy prisionera de la flama que se mueve sin cesar. Quisiera salir y correr, correr y correr, así, sin objetivo alguno; simplemente desafanarme de mí misma, soltar y dejar que sucedan las cosas... dejar pasar el tiempo.

Cierro los ojos, inhalo todo el aire que me cabe en el cuerpo; intento no moverme y trato de dejar todas mis inquietudes suspendidas como una burbuja en el aire. Nada sucede.

17:20. He comido mi ensalada y estoy disfrutando una copa de vino tinto; también he ordenado el helado de las dos bolas. Te han rasgado con

un bisturí, buscan erradicar un mal que se puede extender. ¿Por qué? ¿Por qué nuestros destinos tenían que ser tan diferentes? ¿Por qué la vida es así? Te han recortado el cuerpo y no sabemos si sólo es el principio del fin.

Saco una libreta para escribir mientras pido un café exprés; quizá no logre dormir por causa del café, pero se me hace agua la boca sólo de pensar en saborear uno. Pienso en ti, en mí, en nosotras...

Tus pechos y los míos

Tu cuerpo y el mío  
no son compatibles.  
Pertenece al mismo género,  
nos alimentamos del mismo pecho,  
de la misma madre,  
pero no por ello son iguales.

Nunca albergaron los mismos deseos,  
la misma querencia.

Para mí, el gozo inagotable;  
para ti, el dolor permanente.

Para mí, fuente de placer;  
para ti, no lo sé.

Los míos manoseados por la lujuria;  
los tuyos, no sé.

Te quitaron, de niña, tus alas,  
te cortaron de tajo la piel.

Nunca pensé que el rencor se te fuera acumulando con el tiempo, porque eso quiere decir que no me soltaste. Eso quiere decir que, aunque no estuviera presente, todos los días acumulabas el rencor como una gota que me constante, y no supiste cómo se fue convirtiendo en piedra.

Lloré, Mariana; igual que cuando éramos niñas lloraba si mi mamá te golpeaba. Te molestaba más el alboroto que le hacía a mi madre que los propios golpes. Mis pocos años no me permitían discernir que, si yo gritaba, los vecinos se darían cuenta de que te estaban pegando. Y tú no

querías que se dieran cuenta. Por eso apenas dejabas salir las lágrimas y sólo se escuchaba el fúete, veloz, rompiendo el silencio, tu piel... Yo, en cambio, lo único que quería era que dejaran de golpearte. Me dolía el corazón mirarte. Crecí con remordimiento por tener tanta suerte, por ser bonita, por obtener tantos regalos, por recibir menos golpes. Tú también sabías que yo no tenía la culpa, pero no podías evitar odiarme. Era una contradicción que no podías explicarte; solamente la sentías.

18:15. Salí del restaurante; disfruté la experiencia de comer sola, a pesar de que, cuando más inspirada estaba escribiendo y saboreando mi café, llegó un grupo de jóvenes que me reconocieron, me tomaron fotos — algunos con su celular, otros con el iPad— y me pidieron autógrafos. Era justo el momento para salir huyendo. Cerré mi agenda, en la que estaba escribiendo, tomé la nota para pagar y salí inmediatamente. Voy de regreso a casa, y no ha habido noticias tuyas. Me obsesiono contigo y no puedo dejar de pensar en ti.

Después de todos estos años, de vivir nuestra vida por caminos diferentes, de percibir la vida de diferente manera, de ser y sentir de formas diferentes... sólo ahora me doy cuenta de que ni siquiera pude construir un puente que nos uniera, porque no hay nada que unir, porque para ti no existo. Estuve haciendo peldaños para subir a una torre inexistente. Eso me dolió. Pero yo tengo cómo expresar el dolor, tengo maneras de decir lo que siento; no guardo el llanto ni los gritos, no me encierro en mí misma. Tu cáncer tiene gravado mi nombre.

20:15. He estado en casa toda la tarde y no sé nada de ti; supongo que, como dice un dicho en inglés, “No news, good news”. De repente pienso que tu actitud tiene un propósito. Que la frialdad con la que te trató mi madre me la devuelves a mí. Lo que quisiera saber es: ¿la merezco?

Si yo estuviera en tus zapatos mi respuesta inmediata sería: sí, porque no sólo tuve el inmenso amor de mi madre, la suerte, la buena estrella y los recursos económicos; también tuve y he tenido demasiado amor, y con él, apoyo, comprensión, incondicionalidad, complicidad.

Las personas que me encontré en el camino, con la intención de hacerme daño sólo me ayudaron a crecer. Mientras me defendía me daba cuenta de mi fuerza, de mi vitalidad, de mi entereza. Por supuesto, eso te incluye a ti. Fuiste un pilar en mi vida. Hubo muchas otras personas que abrieron las puertas de par en par para ayudarme y para quererme.

Odiabas con toda tu alma que pidiera ayuda cada vez que no tenía

trabajo. Decías que no me sentía capaz de abrirme paso sola. Nunca vi nada de malo en pedir ayuda cuando lo necesité. Y cuando tuve la posibilidad de apoyarte, lo hice.

Cuando te casaste no estabas enamorada; estabas convencida, que no es lo mismo. Convencida de que tu esposo era la persona adecuada para formar un hogar; convencida porque, según los parámetros de mi madre, era un buen partido; convencida de que, social y económicamente, él representaba la única vía para dejar la casa. Porque si de algo estabas harta era de estar en la casa. Mi madre te hacía cada día la vida más difícil. Trabajabas de lunes a viernes todo el santo día. Los sábados y los domingos tenías que encargarte de lavar tu ropa y cocinar, porque eso era lo que se esperaba que hicieras en tu hogar.

No te gustaba hacerlo y te molestaba la retahíla de mi madre: “Tienes que aprender a ser mujer”. Querías que el tiempo volara y largarte de la casa para siempre; algunas veces dijiste que me pusieran a cocinar a mí, y mi madre te dijo: “La que se casa eres tú, no Renata”. Estabas en el curso intensivo para ser una buena ama de casa.

Yo, en cambio, andaba realizando un reconocimiento exhaustivo a las playas de nuestra República mexicana: subía a un avión, me hospedaba en un hotel, conocía la costa y luego subía a un barco, de regreso a otro avión, otra parada en otra playa. Algunas veces era porque me invitaban y otras porque tenía que ir a hacer pruebas fotográficas o cualquier otra cosa de trabajo.

Conocí hoteles con los mejores colchones —¡sí, hay hoteles que tienen una calidad increíble en sus colchones!—. Y otros que, aun con sus prestigio, no cuentan con lo mejor. Sabía perfectamente cuáles tenían los mejores colchones, y si no los tenían, prefería cancelar. Si vas a pagar, pagas con gusto, pero que sea lo mejor posible.

No me volví exquisita de la noche a la mañana; al principio me decían que tenía que trasladarme a cualquier lugar, y era capaz de ir hasta en calandria con tal de que me dieran el trabajo; el viaje era un pago extra. Pero a medida que fue creciendo mi prestigio, iba subiendo estrellitas a los lugares donde quería quedarme y las nimiedades y sutilezas para firmar un contrato.

Acúsame de buscar el confort, el glamur, el lujo. Pero no puedes acusarme de haberlo conseguido gratis. ¡Ja!

Supe que Mariana había salido bien de la cirugía que la practicaron;

ahora venía lo más difícil para ella: asumirse.

Tal vez mañana te den de alta o quizá toda la semana permanezcas internada. Lo único que puedo hacer es preguntar: “¿Cómo salió mi hermana de la cirugía?” Me doy pena. ¿Cómo voy a preguntar por ti, si debiera estar contigo? ¿Cómo? Me doy vergüenza, pero realmente no sé cómo actuar frente a tus actitudes.

“Tengo que perdonarte, tengo que perdonarte, tengo que perdonarte.” Es la frase con la que me he despertado. Sé que ésta es una oportunidad para que quedemos a mano. Quisiera gritarte a la cara todo lo que nunca pude; gritártelo hasta saciarme. Callé porque te amaba, porque te quería desde lo más profundo de mi corazón; te amaba, te añoraba y tú nunca, nunca, cediste ni un ápice. Nunca te tocaste el corazón.

Sé que ahora que somos adultas ya no tengo que callarme; crecí como persona, y puedo y quiero defenderme. Ya no voy a permitir que me manipules ni me engañes. Eso se acabó. Ya no te admiro porque, a pesar de que ambas vivimos adversidades, tuvimos la misma alternativa para elegir.

Siempre supe cuándo mentías y me manipulabas; yo callaba, fingía no darme cuenta y te daba la razón, aunque por dentro sabía que te equivocabas, pero no quería lastimarte. Es decir, me importaba darte la razón siempre, aunque no la tuvieras, con tal de no contrariarte. Quería ganarme tu confianza, tu cariño, tu aprecio. Pero yo nunca crecí ante tus ojos. Actuabas como si yo fuera uno más de tus súbditos. Cada vez que tenía que obedecerte, me ponía a llorar de rabia, de impotencia, pero no tenía más remedio que hacer lo que pedías.

Tengo que perdonarte, pero aún no sé si quiero hacerlo. ¿Cuál es el sentido? Lavar las culpas y los resentimientos e irnos tranquilas de esta vida. No sabía que te tenía guardado tanto coraje. Ahora lo siento adentro, atorado en el pecho; me gustaría que se me quitara; ojalá fuera como sacarse una costra de alguna herida, pero no es así.

Todos nuestros años juntas, todos los días que me comparaste con la nada, todas las atrocidades que permitiste que me dijera tu marido, por mi bien, ¡claro!, me llevaron a hacer cosas que nunca supiste: me corté las hermosas pestañas que todo mundo decía que tenía, me tragué un frasco de aspirinas con Alka-Seltzer para quitarme la vida (era lo único que había en casa; además, el Alka-Seltzer haría que me saliera mucha espuma por la boca y mi muerte sería más espectacular: mi vena de actriz no lo permitiría de otra manera). Quería romperme una pata; soñaba con morir rapidito... Pero fui muy cobarde; por eso nunca pude aventarme para que me

atropellaran los autos, o subirme a un puente y lanzarme al vacío. Mi adolescencia y mi niñez las llenaste de sufrimiento; al principio sentía dolor por ti, pero luego yo me sentía mal y no sabía el motivo.

Tenía que crecer de manera sigilosa, casi sin que te dieras cuenta, para que no te doliera, así que por dentro era pequeña, pues no quería llamar la atención de nadie. Por un lado, la naturaleza era pródiga con mi cuerpo, con mi sensualidad; por el otro, no quería que nadie se diera cuenta de ese hecho. Debía ser callada como tú, seria como tú, obediente como tú. Crecí insegura. Me costó derramar muchas lágrimas creer en mí, confiar en que las cosas saldrían bien, en que lo que hacía tenía sentido. Crecí con un ego un poco desgastado, pálido, tímido. Fueron necesarias muchas vueltas al psicoanalista para entenderlo, porque no me creía los piropos acerca de mi belleza; me negaba a aceptarlos. Pero a falta de seguridad, tenía arrojo y osadía. Mi timidez la ocultaba con humor negro, pues tenía la capacidad de ser perspicaz, incisiva y atrevida. Por eso preferí la actuación, porque para ser actriz no se necesita ser bella, sino diferente, poseer una chispa “rara”. Traté por todos los medios de esconderme, sobre todo de ti. Tenía miedo de ser. Nunca pude preguntarte algo tan simple: “¿Cómo me veo?” Me parecía una falta de respeto, como si estuviera rompiendo una norma. No podía decirte ni manifestar nada que implicara crecer interior o exteriormente. Era como si tratara de vivir en la sombra. Lo malo es que trataba de hacerlo y, a pesar mío, las cosas siempre resultaban diferentes; parecía que llevaba un ángel protector de manera permanente, de tal manera que la puerta de la fortuna siempre me estaba esperando abierta.

Supongo que, de no haber existido yo, tu vida habría estado llena de paz, porque no habrías tenido parámetros con los cuales pudieras medir el cariño de mi madre, ni el aprecio de los otros. Aparentemente, yo no te hice nada, ni te infligí ningún daño; pero sí te di la oportunidad de que vieras lo que a ti no te tocó. Te generé envidia.

¿Cómo se perdona a alguien? No puedo ir a tu casa, mirarte a los ojos y decirte: “Te perdono”, porque no vas a entender ni madres. Te vas a reír en mi jeta. Me vas a decir: “Tú, ¿perdonarme? ¿De qué?” La garganta se me llenaría del berrinche y no podría enumerar todas las cosas por las que estoy enojada. Más bien, ya no quiero dejarte continuar gobernando y manejando las cosas a tu antojo, obviamente por la historia que tenemos. No estoy dispuesta a seguir apechugando y decirte que tienes razón, porque no la tienes.



Creo que ya me desvié del asunto importante otra vez.

¿Cómo se perdona? No hay fórmulas para perdonar. Como las cosas importantes en la vida, no hay escuela que nos enseñe cómo resolver nuestros conflictos. Sé que tengo que perdonarte, pero no sé cómo; sé por qué, pero no cómo. Algo dentro de mí me dice todos los días que basta de rencores.

A mi cuñado, aun en la cárcel, lo sigo odiando. Odiaba cuando me tomaba de la cintura, odié haber sido su hermanita, detesté cómo empañó mi vida, me arrepiento de los préstamos que le hice. Odié, también, cómo trató a mis sobrinas, y también odié que lo hayas conocido. Él y yo nunca fuimos iguales, nunca luchamos por lo mismo; por eso no entendí cuál era su problema. No podía ser su competencia, ni por edad, ni por género, ni por profesión. ¿Entonces?

Me enteré de que vas a quimioterapia una vez a la semana. No quiero verte pero debo hacerlo. Tengo la obligación moral de ir a visitarte. Aunque no lo creas, se necesita valor para enfrentarte. ¿Y sabes qué es lo peor? Que me vas a ver entera, llena de amor por la vida, plena con mi quehacer y con mis logros, y eso te va a doler más que un reclamo, más que un grito, más que una puñalada. Y ni siquiera podré decirte: “Lo siento, lo siento mucho”, porque no vas a creer que realmente lo siento.

Llamé a mi sobrina para saber si podía ver a Mariana; me indicó el día y la hora que debía visitarla.

Fui a verla. Parece moco de guajolote, toda colgada, suelta en un viejo sillón; no tiene fuerzas ni ganas de incorporarse; sólo se envuelve en sí misma, acurrucada en posición fetal. Tiene náuseas y mareos, y su piel ahora es amarilla, y casi no come. Así no puedo enfrentarla, ni para bien ni para mal. La necesito del mismo tamaño que yo para enfrentarla. Me duele verla así, me pone el corazón apachurrado.

Sólo está con ella una de sus hijas, la más grande. La hija chica está viviendo sola en un departamento en Santa Fe. Mi sobrina se ve triste, deprimida. ¿Y quién no? Vivir con mi madre y con mi hermana enfermas deprime a cualquiera.

Revisé el refrigerador: encontré una enorme olla de aluminio con cinco o seis litros de caldo de pollo, lleno de espuma. En una cacerola de barro había cinco piezas de pollo. Cinco kilos de tortillas. Le pregunté a Mariana para quién era el caldo de pollo y tantas tortillas. Me dijo que era la comida de mi madre. Quería gritarle a alguien; me contuve, fui a la cocina y lo tiré todo. Porque si el caldo tenía espuma era porque estaba podrido. A ella le dije que ya lo había tirado porque estaba echado a perder. Se enojó porque no tenía dinero para comprar más. Sé que no es cierto; cada quien tiene una cuenta bancaria con más fondos de los que yo tengo. Salí a la calle y compré lo necesario. Volví a preparar un caldo con verduras y pollo. Sabía lo que tenía que hacer: ir todos los días y llevar cosas diferentes para comer.

Mariana está petrificada, cubriéndose un seno que ya no existe. Aunque han pasado los meses, dice que le sigue doliendo; no entiendo cómo puede dolerle si ya cicatrizó. Ha de ser el extrañamiento de esa parte de su cuerpo. De cualquier manera, toda la entereza que la asistió, a partir de este golpe se fue al caño. Sí, se quedó sentada viendo hacia el horizonte de la nada; sabe que lo que viene va a ser duro, no sólo porque va a perder el cabello, sino porque no va a poder hacer nada. Se le van a ir las fuerzas. Pero yo digo que ya se le fueron desde ahorita. Ése es el pedo. Si ya te cicatrizó una herida, te vistes y sales como todos los días; ella no. Trae una pijama, pantuflas, y no despega el brazo de su pecho.

Me asombra porque siempre fue fuerte, valiente. Pero el cáncer la sorprendió y está inmóvil, pasmada. No sabe cómo reaccionar ni qué hacer. No sé si llora cuando está sola. Nunca la vi llorar por nada ni por nadie.

Ahora siente que no cabe en ningún lado, pero está tan enferma que no puede estar ni en su casa. Casi con cualquier cosa se le quiebra la voz y estalla en llanto; tiene el pecho lleno de contradicciones: arropó tantos dolores que se le enquistaron por dentro. Lloro por la soledad que la rodeó en manos de nadie. No tiene ningún amor que la sostenga. Ha de ser por eso que se siente tan débil, tan falta de sentido.

Ha guardado todo lo que ha podido, desde dinero hasta cosas que no sirven; se convirtió en una acumuladora. Un intenso olor a humedad llena de golpe los pulmones cuando uno entra a la casa de mi madre. Mariana no tiene la capacidad de tirar nada; todo lo guarda porque puede servir para algo. No se compra una buena cama para su recuperación, aunque deberá estar en ella muchas horas, por no gastar. No tiene televisión por cable ni

pantalla plana; usa un pequeño televisor viejo, pesado, en blanco y negro. Conserva en un folder todos y cada uno de los servicios que le hicieron a su auto, las notas de los cambios de refacciones, llantas y pintura; todo está ahí para que, si un día se vende, se sepa todo de él. No le gustaba usar mucho el automóvil para no aumentar su kilometraje; viajaba en el metro, en peseros, en trolebús, en lo que costara menos.

Su pensión, el dinero de las rentas de los inmuebles que tiene, los mantiene celosamente en el banco, “porque nunca se sabe”, dice. Su ropa, en lugar de estar colgada en un clóset, está guardada en bolsas de plástico; las abres y encuentras tres suéteres, dos blusas; abres otra, y lo mismo. Luego se enoja y pregunta dónde guardaron su ropa de invierno. Cualquiera que la escuchara pensaría que la tiene guardada por secciones: invierno, otoño, verano y primavera.

Es muy estricta para lavar los trastes: primero se tiene que depositar la basura orgánica en un lado y la inorgánica en otro; luego, acomodar todos los platos por tamaños; los vasos, los cubiertos, todo en orden; después, cada trasto es friccionado con una escobeta sin jabón, empezando por los trastes con menos grasa, que son los vasos; la tercera vuelta es con un estropajo con jabón; cuando todos están enjabonados, ahora sí, a enjuagar todo, al final las ollas. Piensa que es muy limpia. Lava las zanahorias con escobeta y jabón, luego les quita la piel, después las parte y sólo entonces las pone a cocer.

Los estantes están llenos de recipientes viejos de yogur, sin tapas; están amarillos por los años. Hay trastes que tienen cuarenta años, viejos, inservibles. La campana de la estufa también es muy vieja, llena de cochambre y telarañas. El estropajo para los trastes parece un pedacito de trapo deshilachado, y la escobeta está despeinada y sostenida con un alambre. Incluso tiene los mismos mantelitos de cuando era niña. Están descoloridos y con las puntas raídas.

Guarda cada uno de sus pares de zapatos en la misma caja de cartón en los que los compró; por fuera las rotula con un marcador negro: “zapatos descubiertos color café”, “botines negros”, “zapatos plateados”, etcétera. Hace torres de cajas de zapatos. Me siento y busco “zapatos café”; voy analizando por filas para encontrar lo que busco. Lo increíble es que no siempre encuentras lo que dice la caja en su exterior. La caja incluso puede estar vacía.

En el patio puedes encontrar de todo. No hay que mover nada; tal vez

algún día lo necesite. Discos compactos, escritorios, asientos de camioneta, floreros, libros, anaqueles de metal, una cabecera de cama, recipientes de agua llenos de moho, un restirador, cortinas de petate, un sillón, otro sillón, herramienta, pedazos de alfombra, sillas con patas y sin patas, trapos, todo en absoluto desorden, lleno de tierra. Si tomo algo y me ve, es como si quisiera quitarle de las manos un millón de pesos; puede llorar, gritar. Hará lo que sea con tal de que no me lleve nada, no porque lo vaya a usar, sino porque no es mío. ¡Le he quitado tanto! Son cosas viejas que le han regalado, porque no compra casi nada para ella, y todos los regalos y los adornos que llegan a la casa se van a quedar ahí por años; aunque sea una bolsa de regalo, de ésas que venden en cualquier papelería, igual que el moño, no la puede tirar. Todo lo guarda celosamente. Si llego a buscar algo para una emergencia, obviamente no lo encuentro, y si lo hallo, es inservible o está roto.

La cabecera de su cama nunca la ha sacudido; gruesas capas de polvo la cubren; no le molesta. Va acumulando a su alrededor todas las botellas, cajas de cremas sólo con residuos, no se atreve a tirarlas. Da una gran tristeza mirarla tirada en el abandono, con depresión, hundida en medio de basura y escombros. Así como se aferra a las cosas, así se aferró a sus odios, a sus dolores, a sus recuerdos.

Mariana no sabe por qué está enferma ni cuál fue el origen de su enfermedad. Y si alguien se lo explicara, tampoco lo entendería. Su cuerpo no tiene otra manera de soportar el rencor que lleva dentro. Es como cuando te das un golpe muy fuerte y la sangre se queda en lugar de salir y el área donde te golpeaste se pone negra. Ojalá hubiera aprendido a gritar, a correr, a golpear, a hacer algo que la ayudara a sacar todo ese coraje, impotencia y aridez que sembraron en su corazón desde niña.

Ella cree firmemente en que su cuerpo está enfermo, porque tuvo la mala suerte de tener este mal. En ningún momento piensa que castigó a su cuerpo guardando tantas cosas negativas. Cuando estudió psicología, creí que su forma de ver la vida cambiaría, que pondría en una balanza su proceder en este mundo, que se llenaría de discernimientos que la hicieran entender la actitud de mi madre y la suya, e incluso la mía. Así como en contabilidad te dan herramientas para determinar los desajustes financieros de una empresa, así a los estudiantes de psicología les dan recursos para

adentrarse en la psique de las personas. Pero, claro, el hecho de que uno sea contador no significa que siempre tenga en orden las finanzas; de igual modo, para ella no tiene que ser claro por qué la educaron de esa manera. No puede hacer un raciocinio de sí misma. No sé si por indulgencia o por evasión. ¿Significaría algún avance el hecho de tomar distancia de su propia vida, para analizarla y asumirla sin ambages, sin ponerse piedras a sí misma en el camino?

Traté de escombrar algo sin que Mariana me viera. Encontré esta carta que escribí para mi padre hace algunos años:

Padre:

Pasé muchos años extrañando tu presencia en mi vida; anhelé con toda el alma que me señalaras el camino correcto. Quería que me dieras consejos sobre cómo tratar a los hombres. A veces porque quería llamar su atención, y otras porque no entendía qué es lo que quieren los hombres de las mujeres. Pensé que cuando entendiera eso, podría encontrar el sentido de la vida. Puesto que mi vida, mi destino, según las reglas, debía ser con un hombre a mi lado. Tuve hombres a mi lado, pero nunca uno permanente; no podía, a menos que juntara tres e hiciera uno.

Después de tanto esperar una respuesta a todas mis preguntas y encontrar el vacío, empecé a odiarte. Te odié por dejarnos solas, te odié porque nuestra vida podía haber sido distinta; más llena de amor, más llena de ti. Te odié porque a veces necesitaba que algún muchacho te pidiera permiso para salir conmigo y tuve que construir una figura que ocupara tu lugar; mentía. Te necesité para que fueras mi punto de apoyo y no estuviste. Cuando te fuiste te llevaste el sol; nos dejaste en eclipse de luna.

Mi madre te extrañó de otras maneras. Después de ti, no quiso ver a los ojos a nadie; no quiso saber nada referente al amor. Cuando te fuiste te llevaste toda la miel de su corazón. No hubo una sola mano que tocara su piel, ni hubo labios que llenaran su sed, ni quien entibiara su cama.

Pasó el tiempo y cuando me di cuenta ya no te odiaba. El coraje se me fue saliendo de a poquito. Crecí por dentro y también por fuera. Entendí todos los adornos que mi madre te había colgado; fue entonces cuando pude verte realmente. Sí, te vi con otra mirada. Siempre fuiste el hombre alto y guapo que dijo mi madre. Lo que nunca dijo es por qué te fuiste ni por qué nos dejaste.

Un accidente automovilístico, eso me dijeron. Y yo lo creí. Creí, como dijeron todas las personas que fueron a tu entierro, que te fuiste al cielo. Ahora que sé la verdad; ya no creo que estés en el cielo. Francamente no creo que Diosito te haya perdonado.

No creo que sepas que, cuando me quedaba sola en la casa, sacaba tu ropa, la ponía sobre la cama y lloraba tu ausencia mientras olía tu aroma. Ya sé que mi mamá me educó bien. Me enseñó la disciplina, a pesar mío, a pesar de cualquier cosa. También trató de llevarme por el camino del bien, pero no me gustó andar de católica. Te digo que ella me educó bien; la que no hizo las cosas como se debía fui yo. ¿Habrán influido tus genes?

Padre, ignoro cuál es tu castigo, y yo soy quien menos puede juzgarte. ¿Qué pecado es más grande que el otro? ¿Cuánto tuvo que ver tu conciencia con tu

muerte? ¿Pensaste alguna vez en el abandono en el que nos dejaste? Embarazaste a mi madre más de tres veces, es decir, tuviste la oportunidad de contenerte y no buscar mi vida. Pero no lo hiciste, querías incubar lo que mi madre te hacía sentir. ¿Cierto? Aunque también es cierto que no pudiste discernir qué significa una vida. No pudiste sopesar el peso exacto de la existencia... la nuestra, por supuesto.

No había un solo rincón donde esconderte; querías cerrar los ojos y desaparecer de la faz de la tierra. Papá, no puedo perdonarte, porque si lo hiciera justificaría el vacío. Y no quiero, no quiero aceptar que no nos hiciste falta; no quiero entender tus razones.

Mi madre, una vez más, perdió a su hombre, perdió el equilibrio; quiso perder la razón, pero no pudo, tuvo que ser fuerte. Lloró por las tres. Porque ni Mariana ni yo teníamos la capacidad para entender lo que habíamos perdido. Pero ella sí lo entendía. Yo la miraba desde mis ojos de niña, y veía en los de ella un pantano profundo en el que se iba hundiendo. No quiero decir ni pensar que las cosas para ti fueron distintas, que no sufriste, que te fue fácil, que tomaste la decisión y ya. No, más bien yo no puedo decirlo.

Papá, tú tenías un compromiso conmigo, tenías una responsabilidad que cumplir y no la cumpliste. No creo que quitarte la vida haya sido fácil. Pero tuvo más peso que nosotras. Eso fue lo que me dolió. La levedad de nuestra existencia en tu vida.

Renata

Antes de que Mariana supiera que tenía cáncer, era ella la que cuidaba de mi madre; luego, durante su enfermedad, yo me hice cargo de mi mamá y de su casa. Y Mariana se quedaba en casa de una de sus hijas. Cuando tenía compromisos con alguna gira o con la grabación de alguna película, contrataba a una enfermera particular que, bajo supervisión médica, cuidaba a mi madre en su propia casa.

Mariana siempre ha preferido llevar a mi madre al ISSSTE. Recoge sus medicamentos, se los da puntualmente, pero en esta meticulosidad de cumplir con los requisitos oficiales, me parece que hay un sentimiento de lavar culpas o de no quedarse con ellas. Conseguir una cita con el dentista del ISSSTE es bastante engorroso.

Sacar a mi madre de su casa es un lío; yo prefiero llevarla con mi dentista: en dos visitas queda su puente y listo. Pero Mariana está dispuesta a dar todas las vueltas necesarias; no le importa cansarse, prefiere el desgaste físico a pagar un particular. ¿Por qué? ¿Por qué no quiere gastar un peso? ¿Porque para eso está el ISSSTE? ¿Por avaricia? ¿Por qué ese sentido estoico?

Cuando se tienen los recursos, ¿por qué no usarlos? No entiendo la necedad de guisar todos los días, de viajar en camiones en lugar de usar el auto, de ir hasta la Central de Abastos a comprar la verdura de la semana, de usar las colchas y los edredones hasta que se deshilachen, de no usar la vajilla nueva porque “es para visitas”, como dice ella.

Me considero manirrota: dinero que tengo, dinero que gasto. Compró, sobre todo, cremas, muchas cremas para el cuerpo; siempre he tenido una piel hidratada, así que todo lo que sea para embarrarse, me lo compro. No me baño en leche de burra, como Cleopatra. Seguramente en sus tiempos no existía el avance cosmetológico que hay ahora; pero de haber vivido en su época, seguramente me hubiera embarrado hasta el excremento de la burra y el burro juntos.

Me inyecté unas células suizas que costaban pinche mil pesos. Me las ponía y sentía que volvía a la vida, ¡son una maravilla! Hasta que se me ocurrió meterme a internet para saber de qué eran. Eran de neonato de

becerro. ¡Zas! Ya no me las volví a meter; imaginaba a los pobres becerritos sacados a huevo antes de nacer, en un laboratorio suizo, para conservar suave y libre de arrugas mi linda pielecita. Mejor me sigo poniendo lo que puedo traducir, antes de seguir llenando mi cuerpo de células de no nacidos o sabrá Dios de qué. ¿Qué tal si en lugar de becerros son ratas? Guácala.

Veo a mi madre y tengo miedo de lo que viene. La veo caminar lastimosamente y pienso en los días que le faltan por vivir; me pregunto cómo le va a hacer para desplazarse: ¿arrastrándose? Nunca quiso usar un bastón; prefería el palo de una escoba, para esconder su falta de fuerza. Es una excusa pueril la de andar todo el día ocupada barriendo la casa.

Tuvo una embolia a los cincuenta años; en el hospital 20 de Noviembre la dieron de alta como una planta. Tenía la mitad del cuerpo paralizada. No masticaba, ni caminaba; siempre estaba sentada en un reposet mirando hacia la nada, ida, vacía de emociones y de sentimientos. Comía a través de una sonda. Según nosotras veía con los dos ojos, pero en realidad sólo veía con uno; el otro con el tiempo se le fue haciendo cada vez más y más grande; daba la impresión de que se saldría de su órbita. Mariana la llevó al hospital para evitar la ceguera, en Coyoacán; la revisaron varios especialistas, quienes dijeron que tenía una vena fuera de lugar, que estaba irrigando el ojo. Operaron una parte del cerebro para corregirlo. Por lo menos el ojo dejó de crecer y con el tiempo volvió a su lugar. No sabemos de dónde sacó la fuerza para incorporarse y caminar con un solo lado; lavaba sus trastes con un solo brazo mientras con el otro se ayudaba. Algunas neuronas siguieron funcionando. Sabe que tiene dos hijas, sus edades; y dos nietas, aunque no recuerda sus nombres. Se queda pensando mucho tiempo y horas después se alegra de haber recordado el mío. Ignora a qué me dedico, sólo sabe que trabajo muy lejos. No se pregunta por qué no me ha visto; sólo me disfruta cuando me ve. Le da gusto ver que manejo una enorme camioneta, y dice: “Mucho dinero, mucho dinero”. No sabe el valor nominal de los billetes, sólo sabe que es dinero. Le gusta comer en restaurantes; piensa que Vips es un restaurante elegante. Le gusta que la lleve al súper. Se le van los ojos con todo lo que ve. Parece una niña; va señalando la fruta, los cereales, los trastes, el queso, el pan; ve todo con mucha alegría y tiene una enorme capacidad de asombro. Algunas veces,



por casualidad, se ve en un espejo y dice: “¡Ya estoy viejita!” Se mira sus arrugas, las estira, cierra los ojos y suspira. ¿De qué se acordará?

Me pregunto qué karma estará pagando. Todos los días iba a ver a mi madre una o dos veces al día, para dejar comida, para asistirle, para lo que fuera. Hablaba con la enfermera para verificar su ingesta de alimentos y de medicamentos, para saber si dormía su siesta, etcétera. Irme me daba angustia, pero no tenía alternativa; debía hacerlo.

Mi madre me hace pensar en lo que me falta para que me llegue la muerte; ojalá que no mucho, porque no quiero estar así. Me da miedo no tener fuerzas para valerme por mí misma, necesitar la compañía de otros, ser una carga.

Mi madre va y viene sin acordarse de nadie; sólo sabe que le falta lavar los trastes, que hay que calentar agua para bañarse. “¿Dónde se habrán quedado el fondo y los calzones que traía hace rato?”, se pregunta. “El piso está sucio y nadie lo ha limpiado.” “También hay que coser el delantal de tela de mascota. ¡No tiene bolsas! Vaya, hay que hacerle unas.” Camina y busca un retazo de tela para las bolsas, empieza a revolver todo y encuentra una fotografía, se reconoce, pero al hombre a su lado no: “A menos que sea... ah, quién sabe”, y termina por romper la foto para que sus hijas no la vean. La rompe presurosa y la guarda en el brasier; se va a la cocina para lavar los trastes, pero no hay jabón; tiene que ir a buscarlo. Las bolsas del delantal las ha olvidado y también el trapo para remendarlo. Se ocupa de ir a buscar jabón en polvo y no vuelve a acordarse de la fotografía hecha pedazos. El que la acompaña un hombre que hubo en su vida; por eso no quiere que nadie se dé cuenta. No sabe cuánto amor le prodigó en vida. No recuerda cuánto le lloró a ese ser amado ni cuánto le dolió su muerte. No sabe que fue mi padre.

Se queda dormida en todos lados; cuando desayuna, cuando come; está masticando y de repente sus ojos se cierran y el peso de su cabeza hace que la cara aterrice en la comida. Abre los ojos y trata de mirar alrededor a ver si alguien la vio; pero sólo ve sombras, así que vuelve a masticar y a quedarse dormida.

Cada día le es más difícil soportar el peso de su cuerpo; va apoyándose en los muebles que encuentra a su paso. Tiene costras en los antebrazos como huellas de sus apoyos. No puede levantarse por sí misma; parece una tortuga que cae de espaldas, sobre su caparazón, impedida para incorporarse. Cuando se siente sola y libre, decide bañarse; se quita la

ropa, contenta de darse un baño. Cuando termina de asearse, cae en la cuenta de que no puede levantarse de la tina y debe esperar a que llegue alguien a casa que la escuche y vaya a rescatarla del suelo. No alcanza ni la toalla, así que pasa horas sin poder hacer nada que no sea desesperarse y llorar, pero de nada le sirve. Siente frío y al menor ruido del exterior, vuelve a gritar: “Ayuda, ayuda, ayuda”. Mientras, el silencio se cierne sobre ella.

En una de tantas caídas se golpeó la frente y le salió un chipote; debajo tenía una cortada de un centímetro y el ojo totalmente cerrado; ignoraba entonces que del otro ojo no veía nada. Insistía en que prendieran la luz, porque quería ir a desayunar a la cocina; se desesperaba porque no podía encontrar la puerta del baño; balbuceaba palabras que no alcanzaban a formarse. Pasamos muchas horas cubriéndola de hielo; nos acostamos con ella, acurrucando sus golpes. No podíamos dejarla sola, así que le pusimos una tira de Micropore en el párpado, obligando a su piel a abrirse. Ella trató de mirar y las siluetas empezaron a tomar forma; se dio cuenta de que era de día, y aunque ya estaba comiendo, se apresuró a decirnos: “Buenos días” con una enorme sonrisa.

Sería muy fácil para mí llevarla a mi casa, pero no quiere. Ama la suya, la que construyó con tanto sacrificio; sabe la altura exacta de cada escalón, conoce la mesa del comedor, cuántas sillas tiene, cuál es su lugar, dónde está el baño, dónde sus toallas, su ropa, su jabón, su champú. En cambio, en mi casa se pierde entre tantas puertas. Alguna vez la detuvimos en la puerta de salida, cuando buscaba el baño. Cuando empieza a anochecer se preocupa; dice que tiene que ir a su casa. Que su casa está sola, que tiene que irse. No, no puede vivir en mi casa. Buscamos a una persona que la cuide, por lo menos de día; que le tenga paciencia, que la ayude. Es difícil, pero ya encontraremos a alguien.

Duele ver cómo se va extinguiendo, cómo se empequeñece; duele que no me entienda, duele dejarla. Quisiera decirle lo que ella me decía cuando me dejaba en la guardería: “No vas a estar sola, tu ángel de la guarda va a estar contigo”. La imagino con el corazón empequeñecido por dejarme y angustiada por correr al trabajo. Ahora la dejo con su ángel de la guarda para que no esté sola y corro al trabajo con el corazón apachurrado.

He estado tirando todas las cosas inservibles en la casa de mi madre. Me da gusto hacerlo; quisiera tirar absolutamente todo; no dejar más que lo necesario. Sé que no le va a gustar a Mariana; cuando pasen las

quimioterapias, regresará a la casa de mi madre y se dará cuenta de que tiré muchas cosas y limpié otras tantas. Se va a encabronar, aunque las dos necesiten una casa limpia.

En cuanto entro a la casa empiezo a hacer cerros de basura, llamo al camión para que me ayude a sacar todo lo que se pueda. No me fijo ni siquiera en cómo ando vestida; no importa que traiga tacones; tengo una furia descontrolada por acabar rápido con todo; también percibo cierta felicidad de saber que no le va a gustar a Mariana. ¡No me importa! Lo sé. Es ahora o nunca. Tiro todo, todo.

Después de la cirugía y de la quimioterapia, Mariana regresó a la casa de mi madre. Sí, ahora están juntas. Mariana y mi madre. Pao y María José ya no están aquí. Pao se fue a España a hacer una maestría y María José se casó y vive con su marido.

Se han quedado solas. A gritos apenas se entienden. Mi madre dice una cosa y Mariana se enoja y vuelve a gritar; la casa se podría levantar como un globo con el aire que sueltan sus pulmones. No sé por qué están juntas. ¿Por qué mi madre tiene que estar a su lado y no conmigo? ¿Por qué mi madre tiene que vivir sus últimos años junto a alguien a quien nunca amó? Se enfrentan todos los días y por cualquier cosa: una quiere ir al baño y la otra le grita para que deje de ensuciar. ¿Qué lectura puedo darle? Están juntas. Ahora Mariana es la grande, y mi madre, la niña. Mariana le agarra la oreja, la jala y le grita: “¿Qué no entiendes que está echado a perder?” Mi madre llora al sentirse impotente; se sienta y, aun cuando no termina de llorar, se queda dormida sobre la mesa y grandes suspiros le salen del pecho, igual que a Mariana, cuando la abandonó. Despierta, ve hacia todos lados; ya no hay nadie. Su carita está roja y sus ojos hinchados.

Mariana la sienta en un sillón reclinable, le enciende la televisión; mi madre sólo la ve por momentos; a veces mira una película donde hay un incendio y mi madre piensa que está sucediendo en la vida real. Se asusta y trata de platicarle a quien puede que hubo un incendio, que se quemó un edificio completo y que explotaron los autos. Si hay alguien de la familia cerca, no la entiende. Emite sílabas que no llegan a convertirse en palabras; trata de hablar acerca de la cantidad de personas que salían corriendo para salvarse; no sabe en qué colonia sucedió, pero sabe que fue horrible. Otras ocasiones apenas se recuesta y se queda dormida, hasta que un calambre en

sus piernas la hace despertar y grita: “Ay, ay, ay, me duele, me duele”. Mira a su alrededor: sólo la televisión encendida le hace compañía.

Ellas nunca se abrazan; nunca se han besado. Son madre e hija, pero más parecen un par de enemigas, una se ensaña con la otra. Una abusó de la otra, ahora la otra abusa de la una.

Mi madre no se deja bañar por nadie; su pudor es inmenso. Grita, llora como si la estuviéramos martirizando cuando queremos ayudarla a tallarse. Ya no puede bañarse sola, se deja rincones sin asear, es necesario ayudarla. Entre dejarla sucia y apestosa a bañarla a pesar de sus gritos, no sabemos qué hacer. Mariana utiliza una estrategia. A gritos le dice que vaya a bañarse; mi madre prepara su toalla, un calzón, un brasier, un fondo y un vestido. Después de media hora ya está lista para bañarse. Mariana se mete con ella; mi madre empieza a gritarle que la deje sola, que se vaya. Mariana, como si sacara una espada, se quita la pañoleta de la cabeza, dejando expuesta su calvicie; acto seguido se quita la blusa y el vendaje: una cicatriz como de veinte centímetros atraviesa el lado izquierdo de su pecho. La cortada está unida por puntos aún rojos, carne fresca; hay manchas oscuras donde hacen la quimioterapia.

Mi madre no alcanza a comprender; mira a Mariana sin mirarla. Mariana le agarra la cara y le dice: “Mírame”; toma su mano y le dice: “Tócame”, poniendo su mano en su propia cabeza. Mi madre trata de afinar la vista del único ojo que le sirve. Cuando lo hace, emite un “¡Ah!”

Mira primero su cabeza, la siente; no entiende por qué Mariana ya no tiene pelo. Luego Mariana le lleva la cara a la altura del pecho, y también le pone su mano encima de la cicatriz. Mi madre emite otro “¡Ah!” de admiración. ¡Mariana está cortada! Es una cicatriz gigante. No entiende.

—Si no te dejas bañar, te van a cortar así —dice Mariana mientras agarra su inexistente pecho.

Mi madre no entendió por qué cortaron a Mariana, pero era algo feo. Así que ya no dijo nada, dejó que Mariana metiera la mano por todos los rincones de su cuerpo para asearla. Esa vez no lloró.

Me hubiera gustado verla enamorada y feliz. Porque entonces su vida y sus sueños se hubieran llenado de una luz brillante y no de mi sombra. No hubo un equilibrio entre nuestros destinos. Le tocó estar parada siempre en

la impotencia y no sé si algún día quiso o intentó saltar ese puente. ¿Cuántas veces se permitió sentir ese deseo, esa humedad que te palpita en el sexo? ¿Cuántas veces se permitió besar, morder, acariciar, rasguñar una piel ajena, un cuerpo masculino? ¿Arrastrar la lengua por una hermosa piel que se derrite a tu contacto? ¿Dejar que un puñado de mariposas revolotee por tu estómago cuando sabes que ese alguien te espera? ¿Cuántas y cuántas de cuántas dejó ensordecen sus pensamientos para dejarse penetrar una y otra vez, hasta que un estallido te acerca al infinito? ¿Habrá experimentado un orgasmo en su vida? ojalá que sí. Nunca iluminó su vida el andar de nadie; tal vez creyó que no lo merecía.

Mariana es muy recatada. Estoy absolutamente segura de que ni una sola vez se dio un revolcón por puro gusto, ni con su marido ni muchísimo menos con alguien más.

Se quedó con la idea de que la mujer debe resguardar su cuerpo, respetarlo, darse a respetar y sólo sucumbir si existe un compromiso escrito de por medio. Pero nunca porque su cuerpo requiriera un sexo-servicio. ¡Jamás!

Yo no sólo tuve más de todo; disfruté de mi cuerpo y permití que otros también lo disfrutaran. Me fui a mi casa con una enorme sonrisa por sentirme plena y bien cogida. Sin pensar en ninguna retahíla moralina: “¿Qué pensará de mí?” Me valía un reverendo cacahuete si me volvían a llamar o no. Era mi momento y lo disfrutaba. Como un animal que come y, una vez satisfecho, se relame el hocico y se va. Había una sensación de travesura cuando me llamaban nuevamente y se morían por verme.

Lo hacía cuando se me daba la regalada gana, sin importarme lo que sentían y mucho menos, pero muchísimo menos, lo que pensarán los demás. Fueron muy pocas veces las que me quedé esperando junto al teléfono una llamada; aprendí que es más fácil salir a distraerse con cualquier cosa. ¿El amor? El amor es otra cosa.

Los más tontos e imbéciles pensaron que me usaban; nunca se dieron cuenta de que yo los usé más a ellos. Porque lo hice con conocimiento de causa; ellos fueron elegidos por mí. No existe ninguno que recuerde que no haya sido previamente analizado, deseado o motivado por mí. Abrí las piernas cuando quise, no cuando me lo pidieron.

Nos enviaron a esta tierra con diferentes tareas y con diferentes

herramientas; de eso, ¿quién tiene la culpa? Contestar de mi lado es sencillo; de tu lado, no lo sé.

Mi novio, Octavio Azhur, el productor que me acompañó durante una parte de mi vida, en algunas ocasiones ponía a mi disposición su avión cuando tenía alguna gira. Acababa de filmar una película que para mí fue difícil porque no estuve muy de acuerdo con el elenco. Ya tenía el contrato firmado, así que hice de tripas corazón y trabajamos a marchas forzadas durante cuatro meses. Estaba harta; ya no podía conciliar el sueño, aquello se convirtió en un verdadero infierno. Parecía que nadie podía entender que cada vez que decido trabajar en un proyecto está mi carrera y mi prestigio de por medio. Estaba harta de aguantar al pendejo del director, enculadísimo con una jovencita a la que le toleraba todo. Llegaba tarde al plató, no le gustaba el vestuario, podía que le hicieran más tomas porque no se sentía segura, bla, bla, bla.

Nadie estuvo más feliz que yo cuando terminamos de filmar. Moría por ir a la playa, así que Octavio me prestó su avión por tres días. Iban conmigo Guille Hernández, amiga del alma; Arturo Zepeda, mi asistente, el piloto y el copiloto...

## Muere la actriz Renata Alcira

La Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT) confirmó el hallazgo de los restos del Lear Jet matrícula N2589WC en el que viajaba la actriz Renata Alcira.

Las autoridades explicaron que el avión se precipitó de una altura aproximada de 27 000 pies y que encontraron partes del artefacto hasta a 400 metros de la zona de impacto, por lo que descartaron que hubiera sobrevivientes, de acuerdo con el titular de la SCT, Carlos E. Martínez, durante una intervención en el canal de noticias.

El choque del avión con la superficie se registró en el municipio de Iturbide, Nuevo León; la aeronave dejó el aeropuerto de Monterrey al filo de las 3:00 horas de la madrugada de este domingo.

Renata Alcira se dirigía en un vuelo privado a Playa del Carmen. Ejidatarios del municipio de Iturbide, en Nuevo León, encontraron los restos de una aeronave en la que presuntamente viajaba la cantante Renata Alcira Rivera, en compañía de cuatro personas.

La aeronave la reportaron como desaparecida durante la madrugada de este domingo, y las autoridades estatales y de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT) comenzaron las investigaciones para localizar el artefacto y el posible accidente.

Mariana se acercó a mi madre, que dormía con la televisión encendida; iba a apagarla cuando escuchó la noticia. La repitió en voz baja: Renata ha muerto. “Pero si apenas el fin de semana nos vimos, ¿cómo?”, se preguntó. Subió el volumen del televisor y se sentó en el sillón a ver la noticia completa. Sí, Renata ha muerto. Se repetía una y otra vez, y cada vez que lo oía iba encontrando más aire para respirar. Buscó en su interior algo que le doliera: no sentía ningún sufrimiento; al contrario, la acompañaba una serena alegría. Cerró los ojos, se reclinó en los cojines y se quedó dormida plácidamente. Despertó cuando mi madre lloraba porque se le había caído el jabón de los trastes en los pies y los zapatos. Repensó la noticia de mi muerte y esta vez no le gritó a mi madre. Fue hacia ella y la ayudó a levantar el jabón; se ocupó de limpiar afanosamente. Al terminar, le ofreció a mi madre un vasito de tequila; mi madre hizo gestos, pero se lo tomó de dos sorbos. Mariana se tardó más en ingerirlo. Le dijo a mi madre: “Por primera vez en la vida tenemos algo que celebrar”. Mariana se dispuso a servirle a mi madre de comer; ambas comieron, en silencio. Mi madre buscó en su delantal algo para limpiarse la boca. Sacó un pañuelo, se lo pasó por los labios y lo dejó sobre la mesa. Mariana se quedó mirando el pañuelo fijamente; lo tomó despacio, lo desdobló. Un pañuelo que ya no era blanco; le habían pasado los años encima. Tenía bordadas dos iniciales: “F&R”, un pañuelo que yo bordé, hacía muchos años que no lo veía. No sabía de dónde lo había sacado mi madre para traerlo en la bolsa del mandil. Mariana presintió que era una señal, pero no permitió que su espíritu interfiriera en su razón.

Durante mi sepelio, Mariana recibió muchas atenciones de las personas que me conocían; llevaron flores, coronas; llegaron los medios de comunicación al velorio y la entrevistaron por radio, televisión y para alguna que otra revista. Sus amigas decían: “¡Pobrecita!” Porque además del dolor de perderme, tenía que lidiar con la prensa. Al principio se sintió apabullada, pero no tardó mucho en sentirse cómoda; era el centro de atención. Le pedían autorización para todo, para incinerarme, para la colocación de flores, para definir la hora de la misa, el lugar, el sacerdote y el tipo de urna. Hubo instantáneas en las que, para las personas que no la conocían, su cara tenía una mueca, una ligera sonrisa. Un gesto que oscilaba entre la burla y el vale madres.



Mariana, Mariana, ¡qué dolor para ti pronunciar mi nombre! Hasta ahora me doy cuenta de que la envidia es el origen de los siete pecados capitales.

Después de mi muerte, a Mariana le siguió mi éxito, mi popularidad, mi recuerdo, como una sombra. Dondequiera que iba era “la hermana de Renata”; mi felicidad siempre fue la medida exacta de su infelicidad.

Soy una zorra porque me siento identificada con su astucia para adaptarse a cualquier situación, a cualquier ambiente. La diferencia con una golfa es que ella coge por coger. Se dice zorra a una mujer que olfatea primero a su presa, la mide, la valora, y una vez hecho un concienzudo análisis, se lanza sobre ella. No hay golfas con clase. Una golfa es alguien que va por el mundo cogiendo sin ton ni son. Es un poco parecida a una ninfómana. No es puta, porque no cobra. En cambio, la zorra mide el terreno que va a pisar; no se da sin un motivo. Una zorra no ladra; una zorra es alguien con clase, y con actitud.

Hay mujeres que piensan que lastiman mi ego cuando me dicen zorra. No saben que lo enaltecen; mientras ellas lloran por su soledad, yo la disfruto; cuando ellas lloran por un amor, yo me río porque ya fue mío. Me comí lo que quise; lo que no, lo dejé. Yo siempre fui una zorra; tú, una niña bien.

## **Yo zorra, tú niña bien**

Primera edición digital: octubre, 2013

D. R. © 2013, Elena Sevilla

Diseño de portada: Random House Mondadori / Ramón Navarro

Fotografía de portada: ©Shutterstock

D. R. © 2013, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,

Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

[www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:

[megustaleer@rhmx.com.mx](mailto:megustaleer@rhmx.com.mx)

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-311-876-7



/megustaleermexico



@megustaleermex

*Conversión eBook:*

*Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.*



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com.mx](http://www.megustaleer.com.mx)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede México:

Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales

Delegación Miguel Hidalgo,

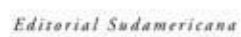
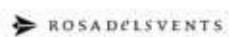
11570 MÉXICO D.F.

México

Tel.: 51 55 3067 8400

Fax: 52 55 5545 1620

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).



# Índice

[Cubierta](#)

[A Mariana](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Créditos](#)

[Acerca de Random House Mondadori](#)